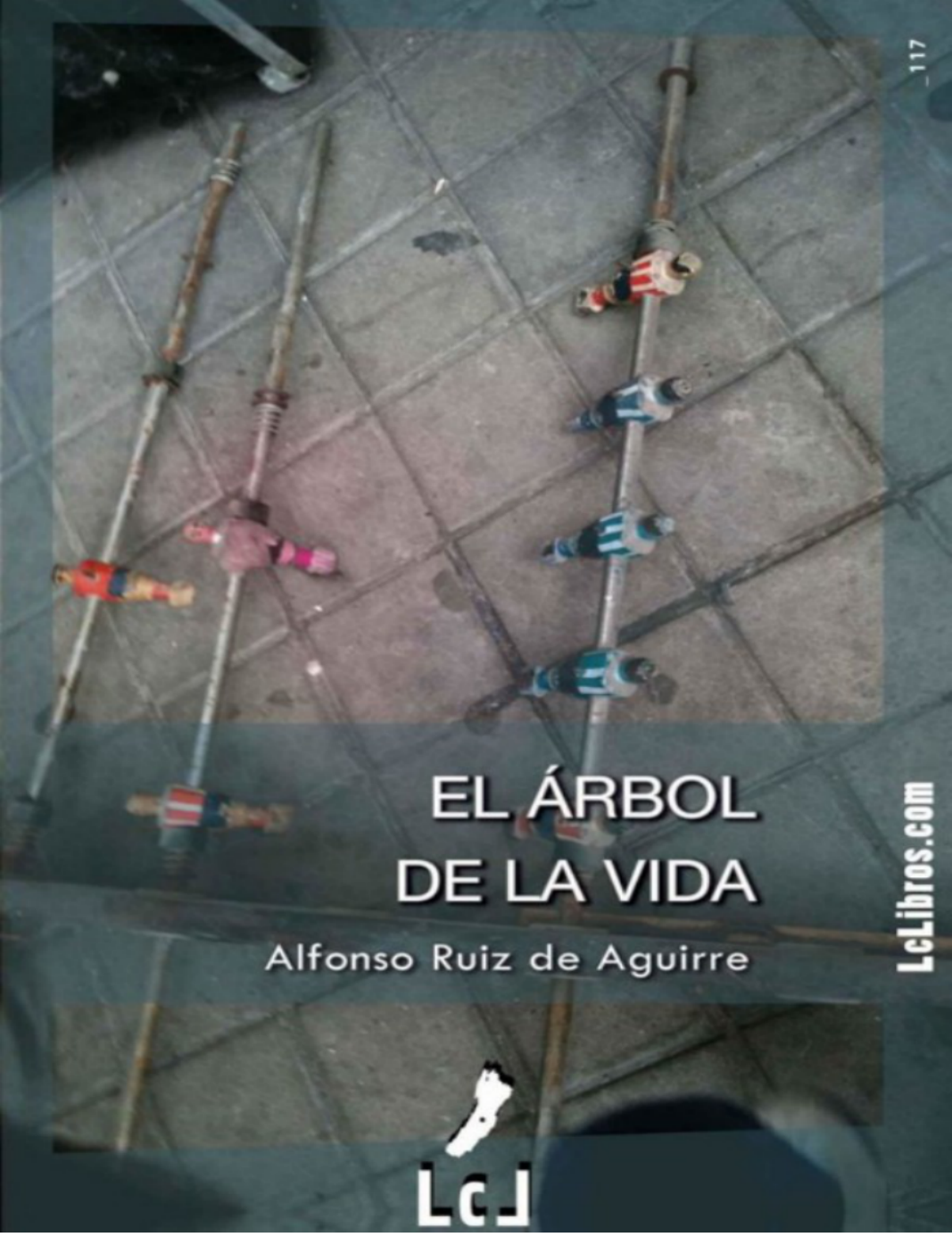

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Alfonso Ruiz de Aguirre

LcLibros.com

_117

LcL

El árbol de la vida

Alfonso Ruiz de Aguirre

1ª Edición Digital
Abril 2014

© Alfonso Ruiz de Aguirre 2000
© de esta edición:
Literaturas Com Libros
Literaturas Comunicación, S.L.
Parador del Sol 9. 28019 Madrid.
http://lclibros.com

ISBN: 978-84-15414-95-7

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla
Fotografía del autor: Mario García Bullido

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Copyright
Dedicatorias
Preludio: Felicidad
I. Las puertas del edén
II. Muerte y resurrección
III. ¿Cuándo la jodí?
IV. La Séptima
V. Una idea genial
VI. La Octava
VII. El juicio
VIII. Todos los caminos conducen a Roma
Sobre el autor
Sobre la editorial

Premio Diputación Provincial de Guadalajara de Narrativa 2000

A Isabel, a Carmen, a Alfonso.

A todos los que viven en mi barrio, San Ignacio de Loyola, tierra mítica y remota donde las haya.

A todos mis alumnos, presentes, pasados y futuros: ellos me ayudaron a paladear la sustancia con la que se construye la Literatura.

Puedes comer de todos los árboles del huerto; pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio.
Gn 2,16b-17

No moriréis. Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.
Gn 3,4b-5

«La mayor parte de los personajes y situaciones de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es, más que una pura coincidencia, una pura desgracia.»
Miguel Ángel Carcelén Gandía

Preludio: Felicidad

Si el dueño del bar Los Amigos se llama Galán, tal paradoja se debe a que heredamos nuestro apellido antes de nacer, sin que en él tenga nada que ver nuestro talante, apostura o condición. Es esta una convención tan arraigada, que no admite cambios ni devoluciones.

Galán es un individuo desconfiado y de mirada oblicua, que entiende que el verdadero ahorro empieza por uno mismo y por eso jamás derrocha una palabra. Ojeras pronunciadas, papada prominente, brazos fornidos y peludos, son su tarjeta de presentación. Por los lados del apretado cinturón se desparraman unos puñados de michelines. El cinturón se ve impotente, ha claudicado ya, no puede seguir calzando aquella barriga asimétrica y caprichosa. Siempre bebe solo y a escondidas. Nadie puede jactarse de haberle visto invitar, por más que se remonte su memoria hasta los orígenes. Sus uñas, enlutadas y mordidas hasta la raíz, disuaden a los clientes ocasionales, pero no han podido aún socavar los cuajados cimientos de la fidelidad que le profesan un par de docenas de heroicos parroquianos, más preocupados de cobijarse del frío en compañía que de los entreverados senderos de la higiene.

Apenas entra el novato en Los Amigos, adquiere la conciencia de enfrentarse a un microclima hostil en el que deberá luchar sin descanso para extraer, trece veces por minuto, de aquella nube espesa de anhídrido carbónico que sepulta el local, la dosis que le exigen sus castigados pulmones para seguir tirando de la osamenta. El aire puede esculpirse sin dificultad. Un ejército de inquietas partículas en suspensión va degustando con morosa persistencia los aperitivos que se hacinan detrás de un pegajoso cristal, para amenaza del incauto hambriento cuyo estómago le permite disputar el alimento a las moscas. Hay albóndiga que antes quiso habitar otro cuerpo y guarda aún el recuerdo del mordisco, pero son éstos detalles, junto con los que tocan a la preparación de las croquetas, en los que no abundaremos para no herir la sensibilidad del lector. Constituyen, en cualquier caso, tales viandas, una firme promesa de nuevas y apasionantes dolencias que espolearán el talento de los investigadores del siglo venidero.

Cuelgan de las paredes bufandas del Real Madrid y del Atlético que parecerían de algún desastrado colegio de árbitros de no presentar jirones rojos y morados. Alguno poco observador juzgaría

que las han almidonado, pero no es así. De un lado al otro, se desparraman fotos de patéticos equipos de fútbol sala, convocatorias para torneos de mus, un artículo de periódico que explica cómo recurrir las multas, propaganda repetida de una conocida marca de cerveza que no debe de conocer el local que patrocina, un póster de palmeras, un espejo opaco. En las esquinas descansan apiladas cajas de vino tinto y refrescos de cola que han colapsado la exigua capacidad del mezquino almacén. Unos cuantos trofeos deportivos recuerdan a la posteridad gloriosas hazañas de barrio, hoy justamente olvidadas víctimas de la ingratitud y la envidia.

Sabemos que las paredes fueron pintadas en su día de un deprimente color verde quirófano, porque así lo denuncia el hueco que ha dejado un cartel. Demos gracias de que apenas queden ya vestigios de aquel plausible pero fallido intento de dignificación: una pasta oscura de imposible catalogación cromática recubre las paredes del local.

Por todas partes aparecen, escritos en sudorosos platos colgantes, jugosos pensamientos que conforman el meditado ideario que condujo a Galán al disfrute de su privilegiada condición de empresario. Son flores filosóficas que agotan con sus sentenciosos aforismos los problemas a los que puede enfrentarse el propietario de un bar a lo largo de toda su existencia. Unos aluden, con singular ingenio, a los problemas que acarrea el santo sacramento del matrimonio («Si quieres tener dinero, quédate siempre soltero»); otros nos deleitan con escogidos retruécanos («La paloma es el pájaro de la paz; la mujer es la paz del pájaro») o con sabrosas dilogías («La viuda no tiene paz sin el pájaro»); otros nos edifican con severos consejos morales («Si el vino perjudica tus negocios, deja los negocios»); otros ofrecen un consistente ideario político de democrático ejemplo («Con Franco teníamos dinero en el banco; con Suárez, letras a pares; con Calvo Sotelo, todos al suelo; con Felipe, todos a pique»); otros sirven de perpetuo recordatorio a la necesaria cautela del buen posadero («Ángel de la guarda que guardas los pecadores, libra a esta casa de los malos pagadores»; «Si fío, pierdo lo mío»); otros apelan a la honestidad del parroquiano («Si bebes para olvidar, antes de beber, pagar»). Constituyen en fin, en su conjunto, un sintético pero completo compendio de toda la sabiduría acumulada en tabernas y bodegas desde nuestros primeros ancestros.

Sería deseable que todos los clientes se zambulleran en tan luminosos adagios, pero lo cierto es que sus ojos descansan con mayor regocijo en el procaz calendario, renovado con puntualidad cada año, que pende de la esquina, contra el que tantas veces ha

protestado, sin el menor éxito, la comprensiva esposa de Galán. La musa de sus manoseadas páginas debió de pasar un sinfín de calamidades (no de índole alimenticio, eso queda descartado por la magnitud de sus pectorales) antes de consentir que la imprimieran en aquel monumento al mal gusto que adorna el local. Entra corriendo el hijo de Galán. De repente, se frena en seco y se queda embobado mirándolo. No repara en que tiene a su padre justo detrás, preparado para arrearle una pedagógica colleja.

—Niño, te he dicho mil veces que no mires cochinadas.

Todos los golpes educativos que le propina su progenitor aterrizan en su cabeza: la experiencia ha enseñado al padre que es el apéndice que menos necesitará su vástago para llevar el negocio.

Al otro lado, inútil competencia, descansa el torpe dibujo de una mujer desnuda, enmarcado con plástico: su confección es tan tosca y los colores tan inoportunos y turbios que uno se pregunta si no será la estratagema oculta de alguna orden mendicante y castísima para prevenir los desmanes sexuales, las malas tentaciones y la terca lascivia entre la población civil.

Dos mesas diminutas se agolpan entre un desorden de sillas infantiles, incapaces de contener un cuerpo adulto sin que se descoyunten las piernas. Desparramados por el bar, como islotes o restos de un naufragio, tres taburetes altos: flores de lis sobre fondo azul conforman el dibujo de la tela, pero la ilusión de realeza queda de inmediato disipada por los muchos tomates, remiendos, manchas de todos los pelajes y recosidos que acumulan por doquier.

El bar tiene forma de pasillo, rematado por dos servicios minúsculos. Al empujar la puerta cuando se sale es conveniente tomar ciertas precauciones si no se desea empotrar contra la máquina del tabaco a algún desesperado fumador. Al lado, otras dos máquinas luminosas, como faros que anunciaran su cebo sobre el marinero desprevenido. Tienen nombre: *La conquista del Oeste* y *La cueva de Aladino*. De todas partes surgen rayos y sonidos que hipnotizan como cantos de sirena. Los servicios de hombres y mujeres quedan identificados por caricaturas de descoloridos culturistas de distinto sexo. Suponen una prueba de los avances de la arquitectura durante el siglo XX: no es posible disponer una taza y un lavabo en un espacio menor. Pero lo que de verdad resulta sorprendente es que, en buena lógica, tampoco es posible en ese espacio.

Una mujer de edad indemostrable y otra, entre los cuarenta y los cincuenta, tienen monopolizadas las tragaperras desde hace más de una hora. Ambas refunfuñan alternativamente. A veces, un cambio de ritmo hace que coincidan sus gruñidos de decepción. La primera tiene los incisivos centrales cruzados entre sí como espadas y

hundidos en el paladar. Sus colmillos, afilados y amarillentos, inspiran cierto recelo, sobre todo si se esfuerza en sonreír. Se ha pintado los labios con furia, para que no quepa duda de que le gusta el rojo chillón. Se diría que se dirige a una batalla en la que resulta de capital importancia intimidar al enemigo. Luce unos labios pequeños, que no parecen diseñados para contener unas piezas dentales tan desproporcionadas. Sus ojos pequeños y achinados chuparían las luces de la máquina si supieran succionar. La otra mujer cruza los brazos, apretándolos como si alguien fuera a robarle los pechos en un descuido, y alza el cigarro echando la cabeza para atrás, en un gesto decidido que recuerda a James Bond. Sus dedos han sido devorados por la nicotina y sus uñas presentan escamas de distintas pinturas. Se ha maquillado con desgana, se nota. Mantiene la cabeza alta y a veces la sacude para mostrar contrariedad. Su mirada trasluce el desafío: por fortuna, ahora solo está desafiando a la tragaperras. Un vistazo a los ojos basta para descubrir su pensamiento:

—Aquí estoy yo, ¿qué pasa? Y si tengo mal genio, te aguantas, que yo soy así y no puedo evitarlo, ¿vale? ¡Mierda de máquina! ¡Mierda de vida!

Un querubín osado e imprudente atraviesa la nube tóxica con naturalidad, como si estuviera acostumbrado a afrontar el peligro cada tarde de domingo. ¿Aún no he dicho que es domingo? Pues bien, lo es. Nos encontramos en San Ignacio de Loyola, ilustre barrio, si bien poco castizo, de la Villa y Corte de Madrid, en una invernal tarde de domingo. El narrador renuncia a imitar la fonética popular para no desgastar los botones de cursiva de su amado ordenador.

El tierno infante escarba con una mano en las misteriosas cavidades de su nariz y con la otra palmea las nalgas de la señora del corrompido esmalte de uñas. Luego tira con fuerza del pantalón de su chándal. Al levantarlo, deja ver unos elegantes calcetines de hilo y unos sorprendentes zapatos de tacón.

—Mama, dame veinte duros para chuches...

—Déjame en paz, ¿no ves que estoy ocupada? No tengo dinero, ¿qué te crees, que soy el Banco de España, o qué?

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Cosas de mayores, que pareces tonto. Vete con tus amigos a jugar al parque.

—Mama, ¿te vas a quedar mucho rato aquí?

—¡Y yo qué sé! Joder, la hostia. Esta máquina la tienes trucada, Galán, que no da un especial así la escuernes.

—Pues nosotros nos vamos a jugar a casa del Fran.

—Haz lo que te dé la gana. Pero, mira, que luego tienes que

hacer los deberes, que ya me tienen harta los del colegio, con tanta llamada. Y que sepas que esta noche vuelve tu padre con el camión, a ver qué tal le sienta cuando se lo cuente.

Requiere la centenaria costumbre del local que vayan entrando los parroquianos dando voces que los identifiquen como clientes habituales, miembros de la celosa y exquisita cofradía de Los Amigos. Dan ruidosamente las buenas tardes y, si el ingenio lo permite, gastan alguna broma algo desgastada. Esto último no es obligatorio. Galán, firme en sus convicciones democráticas, responde a todos con un bufido gutural y huraño. Eso sí, a los clientes fijos los obsequia con un aperitivo en honor a su demostrada fidelidad, que solo por razón de su demostrada fidelidad se aventuran a engullir. Los novatos no adquieren el derecho a aperitivo hasta pasados varios años. Los novatos prudentes saben valorar esta penitencia.

De un transistor salen atropellados los aullidos y las voces incomprensibles de un locutor que retransmite un partido. A juzgar por los alaridos, deben de dolerle horrores las muelas. El hombre parece sofocado y al borde de la afonía, que sin duda le supondría el despido inmisericorde y fulminante: si sus oyentes fueran buenos católicos, rezarían sin descanso para que el equipo local no acertara a marcar gol, En fin, ya se sabe, uno elige a los amigos, pero no a los oyentes.

Un anciano con desmesuradas gafas de pasta marrón despotrica contra su equipo y rumia la desdicha de ser colchonero mientras apura la copa. Al hablar mueve las manos, ciruelas pasas con largas garras. Con expresión de desconsuelo, pide otro sol y sombra mientras recuerda mejores tiempos: antes eran más guapas las mujeres, y se marcaban más goles. Pero siempre ha habido domingos y lunes. Siempre ha existido ese vacío amargo del domingo por la tarde, que nunca se llena con goles y pocas veces con mujeres. De aperitivo le han puesto un sospechoso amasijo colorado que guarda cierta relación con lo que hemos dado en llamar salchichón. Con un palillo, va hurgándose entre las pocas muelas que le quedan en busca de los restos del festín. Tiene unas ganas locas de escupir en el suelo, como en los años mozos, pero el Galán se lo tomaría a mal y a él no le apetece discutir con nadie. A ver si su Atleti termina bien y se puede acostar tranquilo.

A medida que se va acercando la hora del esperado partido de Liga que retransmitirá un canal de pago, los varones se van agolpando en el estrecho recinto. Los que se acodan en la barra no dejan espacio para que nadie alcance el fondo y las mujeres, que siguen enfrascadas en su obstinada búsqueda de El Dorado, los ayudan a cerrar filas. Algún valiente se abre paso a discretos

empujones. Otros prefieren buscarse sitio cerca de la puerta.

Un cliente pide a voces una Coca-Cola; con aceitunas, para matar la cafeína, dice mientras guiña ostensiblemente un ojo al camarero. Galán resuelve el acertijo, aunque no comprende la broma, mil veces repetida, y le pone sus tres dedos de ginebra reglamentarios antes de que el refresco se escurra entre los hielos. Otro de los habituales le pide un pan y Galán le despacha, con su sempiterna y proverbial facilidad para el trato humano, un botellín de cerveza. Lo ha puesto allí, sin vaso. Lo ha abierto sin arriesgar una sonrisa. Un novato mira con sorpresa, tal vez con inquietud. No sabe lo que se le viene encima: es justo la ocasión que esperaba el demandante para predicar.

—El pan nuestro de cada día, ¿me entiendes? El botellín es el pan. Porque es el pan nuestro de cada día, ¿me entiendes? Es por eso. Por eso lo llamo pan. Prueba tú también, pídele un pan al Galán. Sí, hombre, no te cortes. Ya verás como te pone un botellín. Es que esto es como el pan de cada día, ¿me entiendes?

Nadie le afea la blasfemia. Está visto que el bar está abarrotado de gente sin ley ni temor de Dios, o bien que el poder irrefutable del razonamiento los ha dejado confundidos, o bien que la prudencia más elemental les recomienda silencio y mirar hacia otro lado.

El partido ha comenzado. Las mujeres abandonan las máquinas tragaperras: imposible jugar achuchadas por el tumulto. Los hombres cierran filas, cruzan los dedos y sueñan con una victoria que les conduzca a saborear los ocultos secretos de la gloria.

—Joder, qué vicio tenéis con el fútbol —corrige, maternal, la reina de la tragaperras.

Los entendidos empiezan ya a mostrarse disgustados e impacientes ante la indigna conducta de los jugadores, si es que no corren, si es que no saben. Los hay que invocan a la progenie del colegiado. Otros pronostican un sin cuento de desdichas, tal vez para exorcizarlas. Todos son abnegados seguidores del Real Madrid que exigen con urgencia goles y victorias: ninguno las tiene todas consigo. Llevan varias semanas viviendo entre la zozobra y la esperanza, y eso mella el espíritu más aguerrido. Cada uno propone su alineación. Los otros asienten, pero al rato descubren su traición defendiendo una contraria.

Acodado en la barra, un hombre taciturno despacha su bebida sin dirigirse a nadie, mientras acumula un rencor ciego contra el jugador que acaba de fallar una ocasión *clamorosa* de gol. Aunque mira con terquedad la pantalla, parece que su mente estuviera muy lejos, en otro país donde los goles crecen en los árboles y basta con alargar la mano para saborearlos.

Aún no lo sabíamos, pero el bar está abarrotado de profetas. No

han pasado quince minutos y los suyos han encajado el primer gol, que les duele en el alma mucho más que cualquier subida del IPC. Apenas se perfila en escorzo el jugador rival para lanzar, la mujer de edad indefinida cuya boca merece mejor suerte que la de este pobre relato se vuelve de repente, se agazapa al acecho y, por fin, salta de alegría como si le diera un calambre, levantando los brazos y aireando las axilas. Sus alaridos queman en los tímpanos de los otros clientes, se repiten en forma de eco que rebota en aquella sala de velatorio.

—¡Goooooooooool! Gol, gol, gol, gol —canta, con una música desconocida para el humilde narrador pero, eso sí, festiva y carnavalesca—. ¡Hala, chupaos ese gol!

—Cuidado, Fina, a ver si vas a salir agredida, que están los ánimos muy exaltados. Repito, muy exaltados. Un respeto.

—Os jodéis vivos. Anda, ¿no voy a poder yo animar a mi equipo?

—¿Tu equipo? ¿Cuándo has sido tú del Zaragoza?

—Anda este, yo he sido maña de toda la vida.

—Tú lo que eres es antimadridista.

—Yo soy lo que me da la real gana, no te giba.

—Anda, que cuando juegue el Atleti me lo vas a contar. Te vas a enterar tú...

—Gol, gol, gol... —canta con vehemencia, canta con imprudente delectación, con regocijo, y yo diría que hasta con recochineo.

Van pasando los minutos y la solidaridad en la desgracia de los cofrades de la sufrida hermandad del gol fallado ha ido apretando los corazones de los apesadumbrados forofos hasta hacerlos uno. Los lamentos y las quejas siempre encuentran un comprensivo foro de aquiescencia.

—Menuda panda de cabrones.

—Todos unos señoritos.

—Mira el marica ese de los cojones, el inglés, si es que no es jugador para, para, para...

—Menos millones y más cojones, leche.

—Nosotros con una pensión que da vergüenza, después de toda una vida pagando impuestos, y ellos se chupan trescientos millones de ficha.

—Natural, si todo es política.

—Ya te digo. Así se iguala la Liga y venden más periódicos.

—Y luego van sextos, con lo que cobran. Y la culpa de todo, ya se sabe quién la tiene... los de arriba, que nos quieren tener callados.

—Este tío de la tele es gafe, Galán. Galán, joder, escúchame. Quítale el volumen a la tele y pon la radio, que este tío es gafe.

Hazme caso, que si no no empatamos ni *patrás*.

—Callarse, que no lo oigo, hostias —replica el señor malhumorado que apura el segundo cubata.

Galán obedece y enciende la radio, pero la ingeniosa artimaña no produce el efecto apetecido: cero a dos. Nuevo paseo triunfal de la atlética empedernida e irredenta. Un cobarde sin escrúpulos morales paga su gin-tonic y abandona la nave que zozobra. Las ratas, ya se sabe... Es el primero: no será el último. Los madridistas de ley se quedan a aguantar el chaparrón. La mayor parte jura ya en arameo y en otras lenguas que el narrador desconoce.

Todavía no ha empezado lo peor del calvario. Uno de los jugadores blancos se lanza al suelo y caza con la pierna la rodilla del delantero rival que enfilaba solo el camino hacia la portería. El árbitro corretea hacia el lugar de la infracción, se interesa por la salud del caído, autoriza la entrada de las asistencias sanitarias y extrae con fingida autoridad la tarjeta roja, que le muestra al defensor merengue. Impasible y ajeno, como un espía descubierto con las manos en la masa en territorio enemigo, el colegiado soporta con heroica dignidad los insultos e improperios, la sonora pitada del público. El estadio se cae, exclama con histriónico contorsionismo de falsete la voz del locutor.

—Los de la Peña las estarán pasando putas en el Bernabéu —se complace una voz que intenta aparentar compasión.

—Como si aquí no se sufriera.

—No es lo mismo.

—Lo que tienes tú es envidia porque no puedes ir al campo.

—Yo tengo lo que me da la gana.

El caballero malhumorado se agita con verdadera indignación mientras deglute con vengativa avidez el tercer cubata. Las venas del cuello se le hinchan. No puede tener la cara más roja. Lleva varios minutos murmurando, como si fuera una letanía: «Hijo puta, hijo puta, hijo puta...».

Poco a poco la calamidad va endureciendo los ojos enrojecidos por el humo. Algunos se plantean en secreto la deserción, pero se acuerdan del aburrido panorama que los espera en casa y deciden aguantar el tipo aunque caiga el quinto.

—Joder, y mañana a currar, me cago en la leche puta.

—Si es que el fin de semana se pasa volando.

Pero entonces se produce la gesta inenarrable por todos esperada, ya sin apenas esperanza: desde lo profundo del área propia, Fernando Hierro se hace con el cuero, se alza como un titán esforzado e impávido, como un Caupolicán moderno; controla el balón; alza la vista para que resalte más su gallarda aureola semidivina de capitán: el brazalete refulge en su brazo; regatea a un

contrario cerca de la línea divisoria, sobrepasa el círculo central, otea un horizonte plagado de amenazadores contrarios que cierran sus líneas y se aprietan para achicar espacios y dejar en traicionero fuera de juego a los delanteros madridistas; ve a Raúl, escurriéndose como una lagartija entre las espaldas de los dos defensas centrales, y concibe la genialidad; como quien no quiere la cosa, dibuja una parábola perfecta para que el cuero vaya a caer, firme, sutil, seguro, sobre el pecho del delantero; Raúl recibe, controla, se adelanta en velocidad a sus marcadores y, ante la salida del portero, eleva el esférico. Pero, ay, que el cancerbero enemigo alza un brazo poderoso como el destino y el balón se detiene asustado, afilando el puñal de la duda, que se clava en los corazones de todos los merengues de pro. Entonces se aproxima... ¡Morientes! ¡Vamos, Moro! Es Morientes, que esprinta, se desmelena, se estira hasta el descoyuntamiento y, jugándose el tipo, se lanza como una exhalación sobre el balón dividido y lo golpea con furia para que se estrelle contra el fondo de las mallas.

—¡Ha sido un gol histórico — brama desde un océano de jadeos la voz cascada y furibunda del locutor—, que demuestra el talento sin límites de la delantera madridista!

Quizás al esforzado comentarista alguien del equipo rival le debe dinero. No es posible si no que se ponga así de nervioso por tan poca cosa. Los contertulios se afilan los dientes y se aprestan para la viril remontada: quieren contarles a sus nietos que ellos también estuvieron allí. Pero no da el tiempo para más. Llega el descanso.

Renovación de las consumiciones, como si fueran votos monacales. Galán se multiplica, recorre la barra con agilidad, si no felina, al menos orangutánica, lo que no es poco para su edad y condición física. Distribuye los hielos con las manos, amparado en el disimulado recato que le ofrece la protección de la barra; después se rasca las nalgas con fruición. Uno que lo descubre finge mirar para otro lado. No hay cuidado: acto seguido se pone a lavar unos vasos. A los que piden un cubata les pone unos boquerones con patatas fritas o unos berberechos en vinagre de los que tiene que deshacerse cuanto antes. Para los de café, refresco o caña, no hay tu tía: que se estiren; a pedir mariconadas a su casa, piensa Galán, mientras hace un somero cálculo de la recaudación, una vez descontados los casi dos talegos que le soplan por ponerles el partido a esos zoquetes. Galán guarda con celo un secreto: el fútbol le aburre a morir; aún no se ha enterado muy bien de qué es eso del fuera de juego; sin embargo, le apasionan las recaudaciones sustanciosas.

La segunda parte. Un joven voluminoso que ronda la treintena

deleita a la concurrencia con una ruidosa imitación del cómico televisivo de moda. A un calvo prematuro de voz acazallada que siempre lleva unos vaqueros renegridos no le parece oportuna o amena la actuación y le suelta una alevosa colleja.

—Cállate, joder, Paquito, que no nos dejas ver el partido, la madre que te parió. Joder con el que no le gustaba el fútbol. ¿Por qué no te has ido con los otros de la Peña al campo?

—¿Me pagas la entrada tú?

—Una polla te voy a pagar yo a ti. Que te la pague tu don Emilio del alma. A ver si adelgazas, copón, que carne de burro no se transparenta...

—¡Mira, mira, mira...! —grita, con la furia entre los dientes, el hombre taciturno—. Me cago en tu padre, cabrón, cómo puedes fallar eso. ¡Hijo puta, desgraciado, me cago en todos tus muertos! ¡Cómo puedes fallar eso!

Este caballero, que antes oficiaba la letanía de la injuria, ahora tiene el rostro desencajado y es capaz de la peor atrocidad. Todos se apartan de él, pensando que está borracho. Sin embargo, aún le quedan tragaderas para muchas más consumiciones. De repente, le empiezan a manar lágrimas y chilla más fuerte. Se ha tenido que hacer daño en la garganta. El bar se queda un instante en silencio. Es un instante eterno. Más que un ángel, parece haber pasado el Demonio en persona. Cuando oye en el recuerdo su propia voz, se da la vuelta y comprende que todos lo estaban mirando. Clava los ojos en el suelo y murmura una maldición. Los demás clientes, tan incómodos como él, vuelven a disertar acerca del partido.

—Nosotros todo el día dando el callo por una miseria y van estos señoritos hartos de millones y encima lo fallan todo. Si es que no puede ser.

—Don Emilio, que usted currar no curra hace mucho tiempo, que está jubilado...

—Pues por lo que trabajé, cojones con la juventud, qué listos sois todos...

—¿No ha ido hoy al Bernabéu?

—Sí que he ido, lo que pasa es que tengo el don de la ubicuidad, no te jode.

—Coño cómo se las gasta el viejo.

—Dejad de discutir ya, leche.

—La culpa la tenemos nosotros, que los vemos.

—Pues también tienes razón...

—Hostia, toda la semana trabajando, algo hay que hacer el domingo, ¿no?

—Joder, y mañana de vuelta al tajo.

—Cállate ya, hostia, no nos andes amargando la fiesta.

—¡Fiesta! Si esto parece un entierro.

—Como no saquen a Savio la cagamos.

Nueva profecía de obligado cumplimiento. No sacaron al sabio: la cagaron. Tercer gol del Zaragoza. Suma y sigue.

—Si es que este año no levantamos cabeza.

—Otra liga que se lleva el Barça, como si lo viera...

—Toma, Galán, cóbrate.

Otro cobarde que abandona el campo de batalla. Es el hombre que lloró. Apenas se cierra la puerta del bar, los parroquianos comentan el acontecimiento atónitos.

—Joder, qué tío más raro. ¡Ni que el fútbol le diera de comer!

—Algunos no entienden que esto es un juego.

—No es un juego. Es un deporte.

—Ni deporte ni juego. El fútbol es un negocio.

—Pues lo que coño sea.

El partido cobra un aire lánguido y marchito, como si los focos del estadio bostezaran. El síndrome del lunes incipiente se trasluce en las caras aburridas y desalentadas de los sufridores, pesa en su ánimo como una lápida de mármol. Si Dios existe, se esfuerza en disimularlo. Pero tiene que existir: aún es posible marcar tres goles, empezar la semana con fuerza, proclamando con orgullo, con la cabeza bien alta: «¡Le ganamos al Zaragoza! Nos llevaba dos goles de ventaja, pero sacamos la casta y se los remontamos». Una semana de tedio, monotonía y rutina se cierne sobre ellos. ¡Ni siquiera va a ganar su equipo! Al menos el miércoles hay Copa del Rey. Solo faltan tres días.

—Míralos, si es que están perdiendo tiempo. Como si fueran ganando.

—Y el árbitro no pita nada, me cago en su padre.

—Esta noche toca acostarse sin ver *Estudio Estadio*.

—Macho, yo, con tal de no oír a la parienta, me trago lo que me echen.

—Y mañana otra vez al tajo.

—Eso ya lo has dicho, macho, que te repites más que los pepinos en el gazpacho.

—Si es que no dura nada, el fin de semana.

—¿Os queréis callar? Ya vale de amargarle la vida al personal.

—Pues yo estoy deseando llegar mañana al curro, porque mi jefe es del Madrid. Se va a enterar, con lo chulito que se pone él cuando gana...

—Tú, niña, ¿por qué no te dedicas a lo tuyo, que es la maquinita, y dejas de fastidiar de una vez?

La niña, no es menester aclararlo, es la atlética incombustible. Nuevas iras calladas y anodinas promesas de venganza. Miran el

reloj abrumados por el peso de la derrota, muy concentrados en su dolor, como si, juntando el esfuerzo de todos, pudieran volver las manecillas hacia atrás, hasta el punto en el que todavía era posible la esperanza. Una vez suenan los tres pitidos que anuncian el *ite, missa est*, Galán va recogiendo el importe de las consumiciones. Entre los vasos sucios y rechupados se han ido escurriendo las ilusiones y los sueños de los clientes. Uno por uno, van abandonando el bar. Son las once. Mañana hay que trabajar. Solo queda la señora de la máquina, que recupera la intimidad de su reino. Los sonidos del dinero que se consume en la tragaperras anegan el local con su redoble fúnebre.

—¡Me cago en la hostia, Galán, la tienes trucada!

Las lágrimas brillan en sus ojos y el brillo de la tragaperras ilumina su cara desencajada.

—Margarita, hostia, te he dicho que no le arrees esos meneos a la máquina, que un día me la vas a joder. Si no sabes perder, pues no juegues...

Entra el niño otra vez. Vuelve a tirarle de los pantalones y descubre un pedazo de nalga blanquísima llena de lunares y unas bragas de color carne. El chándal es azul verdoso, los calcetines son violeta, los zapatos marrones.

—¿Ya ha terminado el partido?

—Déjame en paz, niño, que me traes mala suerte. ¿Has hecho los deberes?

—No, es que nos hemos ido a casa del Fran.

—¡A casa del Fran, a casa del Fran...! Qué te darán a ti en la casa del Fran. Mañana ya me está llamando otra vez la pesada de la maestra... ¡A casa a hacer las cuentas! ¡Maldito crío! Galán, déjame mil pesetas en monedas, mañana te las devuelvo, que hoy no llevo.

—No se fía para la máquina, lo pone en el cartel —señala uno de los que contienen los diez mandamientos y el deuteronomio de la casa.

—Pero hombre, Galán, que yo soy clienta de toda la vida. Que ya nos conocemos... Que somos amigos...

—Pues por eso.

—A ver, ¿te he dejado yo alguna vez algo sin pagar?

—Ya vale, Margarita. Mira el reloj: son las doce. Y mañana, lunes. Ve terminando que voy a chapar.

—Claro, como que te vas a hacer millonario con la máquina trucada esa que tienes. Así puedes cerrar a la hora que a ti te dé la gana. Y mañana lunes otra vez...

Fuera hace frío y empiezan a caer diminutas gotas de lluvia que golpean con un tintineo apático la plaza de Garrovillas. Dentro resuena un anuncio: un hombre se duerme en el sofá con la

televisión puesta. Su mujer la apaga. Una voz en *off* dice algo parecido a esto: «¿Otro fin de semana igual? Ven a Madrid, la capital de la diversión».

Galán no puede reprimir una sonrisa. Eso, que vengan todos a Madrid, y que se den una vueltecita por el bar, a ver si se monta en el dólar y se puede jubilar, que ya va siendo hora.

Margarita se marcha refunfuñando. Jura que no volverá, ni mañana ni nunca. Al salir, pega con disimulo una última patada a la máquina. Como todos los domingos. Y encima hoy toca bronca en casa porque viene el del camión. ¡Dos mil duros se ha dejado en la máquina! ¡Dos mil duros! Con tal de que no se entere...

Galán echa el cierre al local. Mañana hay que levantarse a las seis y tener preparada la lista para los proveedores.

I Las puertas del edén

Tengo 34 años y nunca he besado a una chica, ni he visto al Real Madrid ganar una Copa de Europa.

A Cristo lo crucificaron con un año menos que yo por tocarles las narices a los capullos de su época, pero ya había montado un chiringuito que va camino de los dos mil años.

Alejandro Magno a esta edad llevaba ya un año criando malvas, pero le había dado tiempo a construir un imperio que se extendía hasta lugares que los hombres de su época no habían llegado ni a imaginar.

Yo sigo vivo a pesar de todo, lo cual demuestra que la justicia no existe, pero ni siquiera he podido besar a una chica.

A veces me obsesiona besar a una chica. No tiene nombre ni cara. Pero sabe dulce, como chocolate con almendras. Me levanto con los labios secos y un sudor muy extraño en el vientre. Me duele ahí abajo y no puedo ni mear. A veces me entran escalofríos. También siento un vacío muy grande en el estómago, como si tuviera náuseas y hambre a la vez.

Antes se me ocurrían muchas tonterías. Me decía: Paco, por qué no pagas a una prostituta para que te bese. Pero, ya digo, no era más que una chorrada. Sería tirar el dinero y las ganas. Ganas tengo para derrochar, pero no quiero que se vayan cayendo los pocos gusanos que me quedan entre los cuajarones de mi esperanza. Y el dinero y yo estamos reñidos.

Solo tengo 34 años. Tal vez un día una chica me bese porque sí, por lo mismo que se produce un terremoto, por lo mismo que un día de junio nieva en Madrid, por lo mismo que caen del cielo aerolitos, por lo mismo que un equipo de Segunda B puede ganarle en su campo al Barça. Tal vez un día vea cómo el Real Madrid gana la Séptima.

No se trata del beso en sí. Se trata de sentir. De que te empiece a dar botes el corazón como si quisiera salirse de la caja. Como cuando marcan un gol. Como cuando Raúl cogió el balón en aquel partido contra el Atlético de Madrid, después de que hubieran echado a Mijatovic, y regateara a uno, a otro, a otro, driblara al portero y marcara un gol apoteósico. Así. Eso no se compra con dinero, igual que, por mucho que quieras pagar por una entrada, las pelas no te garantizan que vaya a ganar tu equipo. Eso es el paraíso. Detrás de las puertas del edén está el árbol de la vida. Y ese sí que

es el árbol del que Dios nunca nos permitirá comer.

Se trata de sentir. De mirar unos ojos que se van abriendo como si te fueran a comer, pero a la vez tienen dentro lagos y palmeras. De beber una saliva que tiene sed de tu boca. Algo nuevo. Como abrir un regalo de cumpleaños que alguien lleva preparando para ti durante meses. Que alguien te quiere, o algo así. No lo sé explicar. Será porque no tengo muchos estudios, o porque es inexplicable.

A veces he pagado por echar un polvo, no lo voy a negar. No está mal, es un desahogo. Los curas dicen que es un pecado imperdonable, pero yo me encontré un día a dos en un puti-club con las dos mulatas de bandera que yo no podía pagar sentadas en las rodillas y no parecían estar pasando las penas del infierno.

No va a ser todo sufrir en la vida. No te vas a pasar setenta años sin echar un triste casquete, solo porque hayas salido feo, raro y gordo, como yo, ni porque huelas mal, ni porque todo el mundo te considere repugnante y asqueroso, un ser baboso y repulsivo.

Para eso están las prostitutas. Las pagas, y hasta luego. No se quejan de que tengas michelines ni de que te huela el aliento.

Las prostitutas me gustan. Es mejor que con la mano. Bueno, a veces es mejor y otras peor. En la vida todo depende. A veces te sientes como una basura y otras veces no te paras a pensar. O peor que una basura. No es que te insulten ni nada de eso, faltaría más, para eso pagas. Si se meten contigo saben que no vas a volver nunca, y a las prostitutas les gusta que vuelvas aunque seas gordo y te apeste la boca a mierda. Sobre todo a las que yo puedo pagar, que no son las más solicitadas.

Una vez encontré a una prostituta que me pareció muy guapa. Tal vez no lo era, pero a mí me lo pareció. Cada uno tiene sus gustos y, aunque sea feo y tonto, no tienen por qué ser peores que los de los demás.

Estaba muy delgada, parecía incluso enferma, como esas modelos anoréxicas que salen en la televisión. Tenía los dedos huesudos y la carne muy blanca, con pecas, la nariz algo respingona y el pelo teñido de rubio platino, con las raíces oscuras. Me recordaba a los pollos de colores que vendían en el Metro cuando yo era pequeño. Tenía unas ojeras moradas, muy profundas, y de debajo le salía una mirada a la vez huraña y tímida, como si estuviera muy lejos o viniera de otro planeta. Te ponía los ojos encima y era como si le debieses algo. Se mordía las uñas y los pellejos de los dedos hasta hacerse sangre.

A mí me gusta la gente que se muerde las uñas. De ellos siempre puedes esperar algo, porque no están seguros de todo como los demás. A veces es algo bueno y otras malo, pero eso es lo de menos. Odio a esos pijos que se hacen la manicura para enseñarle al mundo

lo perfectos que son. Alguien que nunca se ha mordido las uñas no sabe lo que es sentirse humano, no sabe lo que es buscarse a mordiscos la funda de los nervios.

Esa chica me gustaba. No solo por las uñas, ni por los ojos, ni por el pelo, ni por las pecas, aunque todo eso me gustaba. Creo que me gustaba por su insignificancia. Tan delgada, con esas ojeras de medio metro, su cara de muerta de hambre, su mirada ausente, como si acabara de volver de una guerra en la que hubieran perdido los dos bandos.

También me gustó la desgana con la que me dijo que eran mil duros, siempre y cuando no le saliera con alguna petición de las raras, que esas se pagaban aparte. Su desgana la salvaba de aquel mundo de traficantes de sudor y de sexo y la llevaba a un país misterioso, donde todo daba igual.

La habitación corría de mi cuenta. Llevaba el dinero en el bolsillo y ni siquiera me molesté en regatear, aunque sabía que me estaba timando. Era más de lo que cobraba después de todo un día de descargar camiones, pero me parecía un precio justo por un sueño.

Abrió el bolso roído y mugriento que colgaba de su hombro derecho y, después de arrugar el billete, lo arrojó dentro con repugnancia, como quien tira papel higiénico al retrete.

Te vas a pensar que estoy loco o tonto. Todos lo piensan, porque no terminé el BUP y porque no tengo muchos amigos. Don Emilio, y para de contar. Pero a mí me la suda lo que podáis pensar todos. Lo mismo sí que estoy loco, o tonto, o las dos cosas a la vez, pero tal y como va el mundo lo peligroso es volverse listo y ponerte a comprenderlo todo.

Hoy en día, la única opción inteligente es volverse loco o idiota. Supongo que no solo hoy, que siempre ha sido así. Don Emilio dice que eso es lo que hizo don Quijote: volverse loco a propósito para dejarlos a todos con un palmo de narices. Y si a Segismundo no lo hubieran vuelto loco, con tanto viaje de la cueva al palacio y del palacio a la cueva, nunca hubiera encontrado la cordura necesaria para ser un hombre como Dios manda.

El caso es que yo no debo de estar muy cuerdo, porque, si te digo la verdad, me hubiera casado con ella. Aunque solo hubiera sido para quitarle por un momento toda la pena que llevaba en la mirada, para cambiarle esa cara de perro vagabundo por una de persona.

Se lo hubiera pedido allí mismo. Habría tirado toda su ropa a un vertedero y le hubiera comprado el mejor traje de novias de los que venden en la calle Arenal. Y luego nos hubiéramos ido a celebrarlo a un bar de tapas, porque a mí los banquetes de postín y las fiestas

ruidosas, llenas de gente que te mira para ver si te equivocas con los ochenta cubiertos que tienes delante, no me gustan nada.

En mi barrio había un cine de puta madre. Lo quitaron y pusieron una discoteca para menores de 16. Luego decidieron que era más rentable un salón de bodas y montaron el Cesar Palace. Después de ver tanta tele, las personas normales se acaban contagiando de los capullos que han hecho el COU en Nueva Inglaterra y se creen que es mucho más elegante llamarle a su bareto *Paco´s burguer* que *Casa Paco*. Por eso, el Palacio del Cesar les suena mal. Pero no saben cómo me suena a mí su engendro. Luego entras y está todo lleno de mármoles y cortinajes: dan ganas de disfrazarse de carnaval para entrar allí a comer con los cientos de cubiertos que tiene que manejar cada invitado.

Lo siento, no quería enrollarme tanto. Era solo para explicar por qué hubiera celebrado la boda en un bar de tapas. No se trata de tacañería. Es otra cosa.

Me habría casado con ella y luego me habría quedado mirándome en el fondo opaco y misterioso de aquellos ojos llenos de aburrimiento, o miedo, o ternura, o nada de eso. Unos ojos sin dueño que estaban esperando para que yo les pusiera nombre. Mirando sus uñas mordidas, su cuerpo débil y su pelo teñido por el enemigo.

No sé si llegaría al metro cincuenta. Parecía una niña perdida en unos grandes almacenes que se había ido haciendo vieja sin que sus padres pasaran a recogerla.

Era tan insignificante que se parecía a mí. Por eso me habría casado con ella. Porque se mordía las uñas, y tenía los ojos pequeños y ausentes, porque era muy bajita, porque parecía que acabara de llegar de otro planeta, o que estuviera a punto de morirse.

Luego, en cuanto cerramos el trato, se quitó la chaqueta y le vi las marcas de los pinchazos por los dos brazos. Y sentí asco. Ya no podía echarme atrás. También tenía miedo, no sé de qué. Ella andando, sin mover las caderas, con aquel cuerpo escuálido y sin cintura, sin apenas pecho, camino de una habitación sucia donde sabe Dios cuántos polvos tendría que echar al día para ganarse su dosis.

Lo siento, pero me dio asco. Y mucha vergüenza.

No sé si soy el más indicado para hablar de asco. Hasta ahora todos lo habían sentido por mí, en mayor o menor grado. A lo mejor eso me ha hecho un especialista en la materia. Por eso me daba asco sentir asco por alguien.

Subió las escaleras como quien aparta del camino el cadáver de un perro que le molesta para pasar. Apenas tenía culo y, si te

concentrabas mucho, podías oír cómo le iban sonando los huesos al caminar.

Si no llevara la derrota, los sufrimientos y las decepciones en el rostro, podría creerse que era una adolescente más, de las que se ponen minifalda sin permiso de sus padres y esconden el cigarro cuando se cruzan con un vecino cotilla.

El recepcionista, por llamar de algún modo al individuo con aspecto de vicioso que guardaba las llaves, ni siquiera se molestó en dirigirnos la palabra. Concentró su mirada de polilla en el billete sobado que le dejé sobre el mostrador y siguió pasando las páginas de una revista pornográfica que debía de conocerse de memoria, a juzgar por lo manoseada que la tenía.

Abrió la puerta con la mayor indiferencia. Se tumbó, con una sonrisa congelada en la boca, que habría ensayado miles de veces, que ni siquiera permitía ver su dentadura. Una sonrisa automática y triste, desvalida y cruel. La pobre, a pesar de su esfuerzo, solo había conseguido sacar esa mueca de muñeca de porcelana rota, tirada en un armario sin fondo y llena de polvo.

Pensé, se llama Irina, o Elena, o Luisa. A lo mejor se llama Tania, Vanesa o Yésica. Pensé, me gustaría ponerle un nombre que solo yo conociera para que, cuando la llamaran, solo me respondiera a mí, pero no se me ocurrió ninguno.

De un solo tirón se sacó el vestido por la cabeza, como si cada día se entrenara para hacerlo más deprisa, ahorrar tiempo y aumentar la productividad. El número de chutes, al fin y al cabo, es directamente proporcional al número de polvos. No hace falta estudiar economía. No llevaba sujetador. Tenía dos pechos minúsculos y durísimos, con unos pezones anchos y empinados y una pequeña mancha de nacimiento en el izquierdo. También de un latigazo se arrancó una braga mínima y amarillenta y dejó al descubierto su pubis. Era un pubis infantil, sin apenas vello. Lo exhibía con abulia, con desidia, como enseñan las mercancías los comerciantes del Rastro.

Uno no es tan tonto como parece, así que no espera mucho pudor de una prostituta, pero sí de una chica que se muerde las uñas y te mira como si acabara de llegar de otro planeta.

Sacó un condón del mismo bolso donde había arrojado el billete, sin mirar el fondo, como si lo conociera de memoria. Rompió el envoltorio de un mordisco. Entonces me di cuenta de que le faltaban varios dientes, y el resto estaban amarillos y sucios.

Ni siquiera me dirigió una palabra. Se limitó a mirarme con pinta de impaciencia. Sonreía, pero se le notaba que era para matar el aburrimiento, para pensar en otra cosa mientras realizaba un trabajo que ni siquiera le resultaba desagradable, sino más bien

indiferente. A lo mejor sonreía por pura costumbre o porque el cliente, incluso en estos negocios tan primitivos que nada tienen que ver con El Corte Inglés, siempre tiene razón.

Luego me sentó en la cama y comenzó su tarea maquinal con tanto entusiasmo como si rellenara un impreso de suscripción a una revista de filatelia o de ornitología. No era nada personal, estaba claro: solo negocios.

A veces te sientes como una basura. No es que te insulten ni nada de eso. Incluso te sonríen y se toman por ti algunas molestias. Por ejemplo, ella se molestaba en gemir, como si sintiera algo de verdad, pero era una actriz bastante mala. No le daban las dotes ni para hacer de extra en una porno. Hablo con conocimiento de causa: he visto unas cuantas en los últimos años.

No lo digo por criticarla. Muchas ni siquiera se hubieran tomado la molestia de intentarlo, sobre todo con los mil duros metidos en el bolso. Las prostitutas no tienen pasta ni tiempo para estudiar arte dramático ni nada de eso, y si yo tuviera que meterme todos los chutes que ella llevaba en el cuerpo también gemiría, bien o mal, como me saliera; me las arreglaría para que el cliente terminara pronto y así bajar enseguida por el siguiente.

El caso es que me sentí peor que una basura.

Ella gimiendo, con sus suspiros prefabricados, yo encima, dale que te pego, con toda mi hambre atrasada y mis sueños románticos e imposibles de boda sepultados por el asco, ella mirando el reloj de su muñeca con disimulo, yo imaginándomela en la mejor habitación del mejor hotel, sin pinchazos ni bolso lleno de condones, con su traje de novia y una ropa interior de lo más sugerente.

Hubiera preferido que no lo hubiera mirado, o que no hubiera disimulado. O quizá era mejor así. Uno piensa que lo peor de todo fue un detalle insignificante, para consolarse más deprisa. Uno piensa, lo peor no es que me echen del trabajo, sino que ni siquiera venga el jefe a molestarse en decírmelo, porque para él no soy más que una puta mierda. Pero lo peor suele ser todo a la vez. Cambies lo que cambies, el dolor ya no te lo quita nadie. En realidad, si hubiera venido el jefe, te dolería igual. No cobrar a fin de mes, ideales aparte, jode bastante.

Ella gimiendo, yo encima, dale que te pego, ella mirando otra vez el reloj. Era un reloj espantoso: uno de esos digitales, con correa negra de plástico.

De pronto, se le escapó un bostezo que interrumpió un momento los suspiros. Luego empezó a toser y se tapó la boca con una mano, más por esconder sus deficiencias dentales que por protegerme de los esputos.

No me insultó, pero me sentí peor que una basura. No pude ni

siquiera terminar. Se me quedó mirando con miedo cuando me aparté, como si fuera a pegarla, o a exigirle que me devolviera el dinero.

Pero yo no hice nada de eso. Nunca he pegado a nadie y menos aún iba a pegar a una chica que se mordía las uñas.

Como ya había pagado, podía hacer lo que me diera la gana sin darle explicaciones a nadie. Así que me subí los pantalones y me fui a mi casa. Ni siquiera dije adiós. Ella tampoco había dicho nada. Tampoco preguntó qué pasaba. Se limitó a esperar mi reacción y, cuando comprendió que de verdad me iba, se despidió con un amago de sonrisa que volvió a descubrir los agujeros entre sus dientes y se dio la vuelta para que no la viera bostezar otra vez.

De no ser por la cortísima conversación con la que ajustamos el precio, todavía estaría pensando si era muda, o extranjera, o si acababa de llegar de otro planeta, o si estaba distraída, esperando un tren que la llevaría muy lejos, pero que nunca terminaba de pasar.

Por eso nunca he pagado a nadie para que me bese. Como la esté besando y se ponga a bostezar, me voy a echar a llorar y no voy a parar hasta morirme.

Creo que casi todas las noches sueño con que me besan.

Me imagino que ya te estás pensando lo que no es. No se trata de eso. Sueños guarros también tengo, supongo que como todo el mundo, pero son menos emocionantes. Los sueños guarros son de lo más vulgar. Hasta el más imbécil puede tenerlos y ni siquiera necesita hacer un esfuerzo. Más bien, da igual que haga el esfuerzo o que deje de hacerlo. No quiero decir vulgar con el sentido de basto, quiero decir que, desde el más santo al más cabronazo, todos tienen sueños guarros. Bueno, yo tendré más, por lo de la abstinencia obligada.

Has visto, yo también me sé palabras difíciles. No soy ningún bruto. Es verdad que no terminé 3º de BUP, y eso que me pasé seis años en el Instituto, pero de 2º solo me quedó la Física. Y porque el Manteca era el profesor más cabrón que me he echado a la cara.

He vivido en la calle Monroy desde muy pequeño. Antes, mis padres habían estado de alquiler en Móstoles y en Pinto. Hice la EGB en el Jovellanos. Odiaba ir al colegio. Todas las mañanas me inventaba una enfermedad nueva para no tener que levantarme, pero mi madre ya me conocía, así que nunca colaba. De todos modos, a mi madre le hubiera importado una mierda que yo hubiera estado enfermo. La hubiera molestado para limpiar el polvo y hacer la cama, eso sí.

En la EGB no se me daba mal del todo. A veces cateaba y no hubo ningún curso en que no me quedara algo para septiembre,

pero saqué el graduado a la primera. Allí, por lo menos, siempre había uno más tonto que yo para llevarse las bofetadas.

Algunos profesores todavía pegaban, pero eran muy pocos. Había uno que siempre nos llamaba *Muñeco*, apretando los dientes con una rabia que acojonaba. Don José. Daba patadas a los niños, como si fuera un burro en lugar de una persona. Hay individuos a los que, en lugar del DNI, les deberían dar una cartilla de vacunación veterinaria. Le encantaba castigarnos a escribir de pie, apoyados en una pierna y con la otra flexionada sobre la rodilla para sostener el cuaderno. Cuando llevabas así más de cinco minutos el dolor era insoportable, pero como se te ocurriera llorar te caían dos buenos sopapos, así que todos los que podíamos nos comíamos las lágrimas y aguantábamos. Por aquel entonces, teníamos siete años y creo que ninguno había leído manuales para mantener el tipo ante las torturas. A veces te castigaba por hablar. Otras por no traer los deberes hechos. Otras porque no había nadie castigado y él no podía disfrutar con su deporte favorito. Un personaje impagable para un campo de concentración nazi. Arruinaron su vocación cuando desmantelaron Auschwitz.

No sé por qué hablo tanto de él. Es lo que pasa con los auténticos cabronazos. Al final son los únicos que salen en los periódicos y en los libros. Ellos siempre ganan. Y no es justo, porque el resto de mis profesores eran muy buenas personas, siempre me trataban con cariño y me defendían cuando los chulos de la clase se metían conmigo o me quitaban el bocadillo.

Por eso yo quería ser profesor. Pero se me pasaron las ganas enseguida: en cuanto empecé el Instituto.

Lo del Instituto ya fue harina de otro costal. Del García Morato me echaron porque las suspendí todas y allí no se podía repetir. Era un Instituto militar, con una disciplina muy rígida. Tenías que levantarte cuando entrara el profesor y no podías sentarte hasta que lo mandara. Era obligatorio llamarlos de usted, aunque a algunos de ellos les hubiera dado igual.

Después me llevaron a La Salle, uno de curas que pillaba más cerca, entre General Romero Basart y Valle Inclán. No me querían coger por las malas notas, porque ellos eran muy caritativos y solo aceptaban a los cráneos privilegiados que sacaban sobresalientes a patadas y sabían pelotear, pero mi madre tenía un enchufe. Un primo suyo, que era fraile en un colegio de la congregación.

Mira que repetí veces. Todos iban pasando de curso, menos yo. Y cada año me sacaban un mote nuevo. Si tienes un hijo que se apellida Pérez Pérez, como yo, no le pongas Francisco de nombre, porque lo estás condenando al mote para toda su puta vida. A mí no me gustan los motes. Odio los motes y los nombres vulgares que

lleva todo el mundo y no dicen nada. Los Pacos y los Joses (pronunciado así, a la madrileña) son los mejores para ponerles motes, sobre todo si se apellidan Pérez o García.

Unos me llamaban el Tarugo, fíjate qué cosa tan graciosa. Pues a ellos les parecía que era como para partirse. Otros me llamaban Mendrugo o Panrico. Cada año tenía un mote y a veces se me juntaban varios a la vez. Aun así, nunca le pegué a nadie; no por falta de ganas, ni de fuerzas, que el último año eran todos unos mierdas que no tenían ni media hostia: no me gusta pegarme.

Pero no estábamos hablando de eso. Estábamos hablando de los sueños guarros. Los tengo de noche. Esos no son culpa mía. Bastante me supone tener que levantarme en mitad de la noche para lavarme y cambiarme de calzoncillos. Me vienen y ya está. Es así de fácil. Si fueran culpa mía, los elegiría. También elegiría cuándo. Supongo que sería todas las noches, porque la verdad es que mi vida no puede ser más aburrida. No lo sé. A lo mejor hasta los sueños guarros terminan aburriendo, como todo. Las personas nos cansamos de todo. Así estamos hechos.

En realidad, no es culpa de nadie cansarse de todo. «Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.» Eso es de la Biblia, pero seguro que ninguno de los capullos sabría decir de qué libro. Todos los capullos se creen muy sabios, pero no tienen ni idea de las cosas importantes. La mayor parte de ellos no sabe ni siquiera quién es Segismundo.

Tampoco es culpa de nadie tener sueños guarros. Ni siquiera despierto. Si yo no tuviera sueños guarros despierto, no podría vivir. Preferiría morirme. Además, no hago daño a nadie, ¿no?

Pero los sueños guarros no son nada al lado de lo de dar un beso. Cambiaría cualquier postura, cualquiera, de las que saco de las páginas de Internet por un beso de verdad, de los que dan calor y luego te escuecen en los labios, como los que debían de darse Lanzarote y Ginebra, de los que te dejan relamiéndote y soñando.

Pero supongo que ya nadie me besará nunca.

Han tenido 34 años para besarme y nadie se ha tomado la molestia. Nunca he sido muy guapo, pero seguro que hace 16 años lo era algo más que hoy y nadie me besó. No creo que nadie encuentre razones para hacerlo ahora, que me estoy quedando solo, calvo y derrotado. Además, me huele el aliento a fosfatina.

Lo del aliento no me lo ha dicho nadie. Lo he notado yo solo. A veces se apartan como disimulando, pero yo ya conozco sus gestos. No se me escapa ni uno. Es lo bueno de no ser protagonista. Lo único bueno. Los protagonistas son imprescindibles y se pasan la vida haciendo cosas importantes. Están demasiado ocupados besando a las chicas, paseando en sus coches y haciendo grandes

negocios como para fijarse en los demás. Pero los que estamos en las películas de segundones o, peor aún, de extras, no tenemos otra cosa que hacer, así que nos pasamos todo el tiempo observando. Observando se aprende mucho, aunque no se haya terminado el BUP. Por eso yo tengo tanta psicología.

Nunca he entendido a la gente que se cree imprescindible. El *ABC* publica todos los días las esquelas de personas tan imprescindibles como ellos y el mundo sigue rodando tan tranquilo. Da igual que sean ministros, médicos, escritores o futbolistas.

A veces me pregunto cuál es el sentido de mi vida, si sé que nadie me va a besar nunca. Antes era muy difícil encontrar una respuesta. Por eso aquella vez me tomé todas esas pastillas. Fíjate qué tontería. Porque era el día de mi cumpleaños, hacía ya 30 y nunca me habían besado.

Si a los 30 no eres rico, borrico. Pues eso. Me las tomé todas, una por una. Las últimas me hacían daño en la garganta. Sabían amargas. El alcohol me escocía en la garganta.

Me habían costado una pasta. Me metieron mucho miedo cuando compré tantas. Me dijeron que no me pasara si no quería palmarla, que aquello era dinamita. Pero tampoco insistieron mucho. Lo entiendo. Al fin y al cabo no soy más que un pobre gordo sin oficio ni beneficio.

Me tomé las 10, con media botella de Fundador que guardaba mi vieja en casa para cuando venían las visitas. También dos dedos que quedaban de Anís del Mono para pasar la última. Mi madre se lo echa en la manzanilla disimulando y se cree que no me doy cuenta, como si me chupara el dedo. No funcionó porque mi madre no es tonta y algo tuvo que olerse a la hora de la infusión, cuando vio que faltaba su bebida favorita.

Entró a mi cuarto y me encontró tirado en el suelo, echando espuma por la boca. Llamó al SAMUR, y llegaron a tiempo, según ellos. Pero a mí me jodieron la vida. Mejor dicho, me jodieron la muerte. Me jodieron las dos cosas, para qué nos vamos a engañar. Lo pasé fatal en el hospital. Entendí lo que era el dolor. Lo que todavía no me imaginaba era todo lo que me quedaba por aprender. Y supe que, aunque dolía mucho, siempre puede doler más. Ya lo decía mi abuela, que era muy beata: «Que Dios no te dé todo lo que puedas soportar».

Es curioso, lo insignificantes que somos las personas, y todas las indignidades que somos capaces de soportar por seguir viviendo a toda costa. Cualquier pretexto nos vale.

Luego, venga, de cabeza al psiquiatra, con esas pastillas que me dejaban alelado, y que se supone que son las responsables de que no lo haya intentado de nuevo. Hace falta ser gilipollas para creerse

eso.

La mitad de las pastillas las tiraba al retrete cuando mi vieja estaba distraída, que era siempre. Ella está coja de un pie y cuando le da fuerte el reúma, o la artritis, o lo que sea, no puede andar y hay que llevarla en silla de ruedas, así que no es muy allá como espía.

Las pastillas eran una mierda. Mi vida era una mierda. Ese era el verdadero problema. Solo mi vida lo era. Los otros tenían toda la pinta de estar tan a gusto.

Miraba a mi alrededor y veía un mundo feliz. Las parejas se besaban en el parque, las madres abrigaban a sus hijos, los perros daban lametones a sus dueños y en primavera salían flores. El mundo era maravilloso para todos menos para mí. Era yo el que sobraba. La vida valía la pena, a no ser que fueras yo. El edén existía, pero no era para mí.

Pero entonces, sucedió lo que tenía que ocurrir un día u otro. Por casualidad, tomé del fruto del árbol de la vida.

Ese sí que está prohibido. Ese sí que te hace igual a Dios. Y eso no le gusta a Dios.

Don Emilio también la había cogido esta vez en plan padre protector y estaba dispuesto a echar el resto para convencerme: él se había refugiado en el fútbol cuando lo de su mujer. Era socio fundador de la Peña. Juraba que sin fútbol se habría hundido en los infiernos, y que yo también tendría una oportunidad si la buscaba y me dejaba ayudar.

El viejo se lo tomaba como algo personal.

Empecé a bajarme al bar y a juntarme con los de la Peña Madridista La Amistad de San Ignacio de Loyola para no soportar sus charlas paternalistas, la verdad.

Al principio me parecía que estaban todos tontos o locos. En mi casa nunca les había gustado el fútbol y a mí nunca se me había dado muy bien en el colegio: me pedían el último y me ponían siempre de portero, para que me tragara los balonazos de los más bestias. Por eso me resultaba muy difícil comprender cómo la gente podía llevarse aquellos disgustos o aquellos subidones solo por perder o ganar un partido.

Pero tenían algo. Como las corridas de toros. Algo especial.

En los culebrones que se traga mi madre los besos son más falsos que el alma de Judas, las miradas de odio son de cartón piedra y los lagrimones de los protagonistas son como un billete de 3.000.

Sin embargo en el fútbol, los goles son de verdad, las patadas son de verdad, la fuerza es de verdad y, cuando marca tu equipo un gol, se te suben las pulsaciones a 1.000 por hora. Es la hostia.

Me costó un tiempo, pero luego me salía solo. Era como una

droga. Cada día necesitaba un poco más de fútbol.

Me tomaba unas cuantas cervezas y algún cubata, me dejaba llevar y, cuando chillaba que el árbitro era un cabrón, o cuando me cabreaba porque nos marcaban, o cuando me liaba a dar botes porque ganábamos el partido, entonces me sentía el rey del mambo. Supongo que ganar un partido es lo más parecido que existe a besar a una chica. Lo bueno del fútbol es que tú no tienes que correr, ni que esforzarte, ni que hacerte el simpático. Te sientas ahí, miras y el alma se te encoge o se pone a dar brincos de alegría. El fútbol no distingue entre gordos y flacos, ni entre guapos y feos.

A todos los capullos que salen por la televisión les gusta hablar de la violencia en el fútbol, y burlarse de los forofos, con su aire de superioridad. Están convencidos de que el fútbol es una especie de sonajero para retrasados mentales. Se creen muy listos, con sus gafas, sus corbatas de 20.000 pesetas y sus títulos universitarios, pero no tienen ni puta idea. Es como si yo escribiera un libro que explicara cómo hay que besar a las chicas.

Aquel año fue catastrófico. No nos clasificamos ni para la UEFA, y nos eliminó la Juventus en la Copa de Europa. Solo llegamos a cuartos. A Valdano se le daba mejor jodernos la liga con el Tenerife que ganarla con el Madrid y a Arsenio Iglesias casi se lo meriendan los jugadores.

Pero entonces ficharon a Fabio Capello y montó un equipo de la leche. El tío era cojonudo. Los tenía bien puestos. Decía a este quiero, y se lo traían, decía el hijo del presi no juega, y no jugaba. Los jugadores se dejaban la piel en el campo.

Se trajo al Roberto Carlos, al Seedorf, al Panucci, al Illgner. Y el Sanz, que por su cuenta había fichado a Suker y a Mijatovic. Con Raúl, Redondo y Hierro, un equipo de ensueño.

Los del Barça se las daban de listos porque tenían al Ronaldo. Pero tuvieron que conformarse con los restos: la Copa y la Recopa. Porque la Liga fue del Real Madrid.

Y este año es el año de la Séptima. Lo sé. No sé por qué, pero lo sé. Me lo dice el corazón. Uno no puede pasarse toda la vida sin besar a una chica, ni sin que su equipo gane la Copa de Europa. Algo tiene que salir bien en la vida, aunque sea una sola puta vez. Alguna vez se tiene que poner el demonio de tu parte, ¿o no?

El fútbol me abrió las puertas del edén para que yo también pudiera disfrutar del árbol de la vida.

II Muerte y resurrección

Cuando lo de las pastillas, me obligaron a ir al psiquiatra. Me amenazaron con dejarme encerrado en no sé qué manicomio si me negaba, aunque ellos no lo llamaban así, sino con un nombre muy elegante. A los capullos les molesta bastante que haya ciegos, viejos y drogadictos, así que siempre tienen una palabra biensonante para que esos impresentables no les arruinen los periódicos, los informes y las estadísticas. Invidentes, tercera edad y politoxicómanos son palabras que suenan mucho mejor. Las palabras, cuanto menos signifiquen y más despisten, más elegantes son.

Siempre hay personas sueltas por el mundo dispuestas a joderte la vida con tal de hacerte un favor. Debe de tratarse de algún tipo especial de perversión. Podían dedicarse a sus asuntos, digo yo.

Yo creía que meterse con los demás estaba castigado por la ley, y que uno podía hacer con su santa persona lo que le saliera de los cojones. A los ciudadanos decentes les encanta comportarse como si fueran tu catequista para tranquilizar sus honestas conciencias, aunque en realidad tú les importes una mierda.

Si tanto les preocupaba mi mezquina existencia, ya podían haberme dado un trabajo como Dios manda.

Al final cedí y fui a la consulta del carnicero del alma como va la oveja al matadero.

Un tío majo, el psiquiatra. Seguro que después del hospital pasaba consulta en una casa de lujo con parquet de madera y muebles del abuelo. Seguro que también allí se sacaba esa sonrisa de oreja a oreja. Pero también estoy seguro de que se tomaba más en serio las chifladuras de los ricos que las de un pobre gordo que solo puede intentar curarse de su fiebre suicida obligado por la Seguridad Social.

No sé si se trata de pagar algún pecado de los que haya cometido en vidas anteriores, pero el caso es que siempre acabo cayendo en las garras del Hospital Clínico San Carlos de Madrid. Si es por eso, debió de tratarse de un pecado gravísimo. Ojalá me dé tiempo a purgarlo en esta vida y no tenga que arrastrarlo durante las próximas.

La única esperanza que me queda es que los vecinos de la asociación consigan que nos hagan un hospital nuevo en los terrenos de la cárcel de Carabanchel. Si no lo logran, me seguirá correspondiendo el Clínico hasta el fin de mis días.

Supongo que al resto de los madrileños, sobre todo los que viven en el barrio de Salamanca y en Moncloa, les parece estupendo que en Carabanchel tengamos cárceles, pero les parece un lujo desproporcionado que nos construyan un hospital. Pensarán: si querían vivir hasta los ochenta, que se hubieran comprado la casa en Aravaca o Pozuelo.

El psiquiatra tenía barba de curioso o de pervertido y unas gafas de cerca que debía de usar solo para hacerse el interesante.

Leyó el informe de un vistazo. Es decir, que no lo leyó. Era evidente que no estábamos en su consulta privada. Luego se puso sus gafas de individuo enigmático y me estudió en plan insecto colocado en el microscopio. Ponía cara de examinador, como si estuviera decidiendo si valía la pena tomarse la molestia de retrasar el suicidio de un tipo como yo, con los bolsillos vacíos y sin una carta de presentación, o era mejor animarlo a abreviar los trámites para poder dedicarle más tiempo al siguiente, que lo mismo sí que tenía arreglo.

La consulta estaba abarrotada. Eso a la gente le gusta mucho. Les encanta comprar en las pescaderías que están llenas porque eso significa que todos piensan que esa es la mejor. Ya sabes, un trillón de moscas no pueden equivocarse: come mierda. A mí me pasa justo al revés. Cuando veo tanta gente esperando a un solo tío pienso que no va a poder dedicarme mucho de su precioso y carísimo tiempo, y eso, a veces, me preocupa. Con el psiquiatra, no mucho, la verdad: su opinión me la pasaba por ahí mismo. Había venido por imperativo legal, como quien dice.

Al final, debió de subir el pulgar, como el Cesar con los gladiadores, porque, después de hacerme un par de preguntas de lo más estúpidas, se decidió a mostrarse amigable conmigo para intentar averiguar por qué lo había intentado y si estaba dispuesto a repetir. Me abrió el pozo sin fondo de su sabiduría.

Dicen que cuando entras a los Estados Unidos te hacen un cuestionario en el que te preguntan si tienes intención de matar a su querido Presidente. Siempre he creído que alguien tan gilipollas como para hacer una pregunta así, en lugar de estar redactando cuestionarios, debería estar recogiendo la mierda de los perros con las manos. Pues lo mismo con el psiquiatra. Las preguntas estúpidas no se merecen respuestas muy inteligentes. Además, yo nunca sería capaz de dar ese tipo de respuestas, por mucho que me lo propusiera. Así que contesté lo primero que se me pasó por la cabeza, ahora no recuerdo qué, y tranquilicé su conciencia de profesional que ha hecho cuanto ha podido por un caso perdido, con la firme promesa de que mi tentativa no se volvería a repetir.

Ah, sí, ya sé. Me acabo de acordar de lo que le conté. Le dije que

mi empresa había quebrado, que me había visto en el paro, sin poder alimentar a mis tres hijos, que me llamaban papá y me pedían pan. Por eso me había venido abajo. Me pareció bastante convincente y patético.

Extendió una sonrisa distante que apenas le ocupaba la mitad de la boca, sacó las recetas y se puso a hacer una detrás de otra hasta que se le cansó la mano. Joder, aquello más que un farmacéutico iba a tener que descifrarlo un egiptólogo. Luego me dijo que iba a acelerar los trámites para que me concedieran inmediatamente atención psicológica.

—Pero, ¿no va a preguntarme nada, doctor? ¿Ni siquiera si odio a mi padre y me quiero acostar con mi madre?

—Mire usted, tengo la consulta llena. Eso se lo cuenta al psicólogo, que ya verá cómo le interesa muchísimo. Hale, hale, que llevo ya media hora de retraso. Encantado. Adiós, adiós.

Me mandaron después a un psicólogo que se quería hacer el simpático conmigo. Eso, en situación normal, es muy de agradecer, porque yo estoy acostumbrado a que me traten como si fuera una puta mierda y me resulta un poco desconcertante que se dirijan a mí como a una persona de las de verdad. Pero, teniendo en cuenta que no era por simpatía, sino por ganarse la paga de final de mes, tampoco me hacía mucha ilusión. Bueno, ya he dicho que por aquel entonces casi todo me daba igual. Si no lo he dicho, lo digo ahora. Pasaba de todo, así que me puse a mirar por la ventana mientras él se molestaba en sacar de lo profundo de su inteligencia y de su saber lo mejor que aprendió para tratar a los idiotas como yo en esa fábrica de capullos que es la universidad.

Como vio que no le estaba haciendo ni puñetero caso a su charla acerca de la vida humana en el planeta Tierra, el sentido de la existencia, la mejora de la autoestima, los complejos de culpabilidad, las ideas irracionales, los pensamientos obsesivos y todas esas hostias que los capullos aprenden durante años en su facultad, con el único propósito de deslumbrar luego a pobres imbéciles como yo y gastarse el dinero de sus padres fingiendo que hacen algo útil, decidió cederme la iniciativa durante un rato para ver por dónde se decidía a hincarme el diente. Es decir, que se puso a jugar al contraataque.

Sacó unas manchas de tinta en unos papeles plastificados más sobados que las páginas del *Interviú* de la sala de espera de mi dentista. El juego consistía en que yo tenía que decirle qué veía en ellas. Supongo que creía que iba a ver charcos de sangre, cabezas cortadas y escenas de violaciones, así que, cuando le dije que me parecía una nube, la casa de un primo hermano de mi madre que vive en un pueblo de Córdoba y la toca de mi abuela Rita, que la

llevaba siempre a las bodas y a las fiestas, no pudo ocultar su decepción. Y eso que trató de taparla con su mejor sonrisa, pero una de las cosas que las universidades no saben enseñar a los capullos, por más que sus padres se rasquen el bolsillo, es cómo ocultar sus decepciones. Se supone que un capullo sale de allí tan listo que nunca necesitará esa expresión.

Vaya, que yo no iba a servirle para escribir una tesis morbosa sobre los suicidas obesos. Su primer contraataque había fallado: le había dejado en fuera de juego.

Este, por cierto, era un capullo sin la menor prisa, a diferencia del psiquiatra, y no le importó su primer error. Recompuso sus líneas y cambió de estrategia. Hubiera sido un buen entrenador.

A lo mejor no tenía prisa porque aún no había puesto una clínica privada donde sacarles las tripas a los ricachones por enseñarles a leer correctamente las manchas de tinta.

Este tío era de esos que tienen todo el tiempo del mundo, mucha paciencia y muchos recursos, porque aún se creen de verdad que su misión es salvar a los gilipollas como yo y hacer feliz al universo. Podían haberse ido a Etiopía a ayudar a los negritos moribundos, pero decidieron quedarse en España para darles ánimos a los gordos repulsivos que se empeñan en suicidarse.

Si de verdad fuera su propósito salvar al mundo, en lugar de darme tantas charlas a mí, se las debía dar yo a ellos, a ver si tomaban mi ejemplo, se inflaban a pastillas y nos dejaban a los demás en paz para que pudiéramos jodernos la vida como mejor nos pareciera.

Sacó un bolígrafo y un folio. Pensé que iba a hacer como en el colegio, que te pedían que pintaras a tu familia, así, a traición, y luego venía un tío a preguntarte por qué habías dibujado a tu madre más grande que a tu padre y por qué tú, en lugar de un niño, parecías un tachón. Pero este no era de esos, o a mí ya se me había pasado la edad de los dibujitos.

Me pidió que escribiera en la hoja una descripción de mí mismo, lo más completa que pudiera, en media hora. Me prestó un rotulador muy pijo, marca Cross, de los que pintan de la leche y no manchan la hoja por el otro lado, y me dio unas instrucciones bastante sencillas, incluso para mí. Yo no tenía que pensar mucho antes de escribir. Era mejor que me dejara llevar por mi intuición y por las ideas que me vinieran espontáneamente.

Hugo, que así se llamaba el psicólogo enrollado, me dijo que mientras yo me estrujaba los sesos con mi biografía y le daba a la muñeca, él iba a releerse de cabo a rabo mi historial para ver qué cojones se encontraba en él. Bueno, lo dijo con otras palabras. Hugo era un capullo bastante fino.

Como ya le había decepcionado antes y el hombre estaba intentando ganarse su sueldo con honradez, decidí que esta vez había que tomar medidas drásticas, alimentar el morbo de aquel pobre psicólogo y darle un caso como los que salen en las películas de psicópatas y chiflados varios, para que tuviera algo interesante que contarle a su mujer cuando volviera a su chalet adosado de 30 kilos. Tampoco hacía falta ni que me molestara en mentir. Era de lo más fácil.

Cogí la hoja y escribí, sin dudar un instante: «Soy un gordo asqueroso y repulsivo. Un tío tan feo y tan tonto como yo no debería vivir. Soy un error de la naturaleza. Si sigo vivo, lo siento, la culpa no es mía, yo he hecho todo cuanto estaba en mi mano, pero los del SAMUR vinieron a joderlo. Que les pidan cuentas a ellos, y a mí me dejen en paz».

No tardé ni cinco segundos.

—Oiga, jefe, esto ya está.

—Es imposible que hayas terminado tan pronto, Paco. ¿Te puedo llamar Paco, verdad?

—Sí, llámame como tú prefieras. Hay gente que cree que llamando a las personas por su nombre se gana su confianza.

—Te veo un poco a la defensiva.

—Pues lo mismo.

—Verás, Paco, es imposible que hayas podido acabar tan deprisa. Seguramente es porque me he explicado mal. Aunque te haya dicho que no lo pienses mucho, eso no quiere decir que termines tan pronto. Uno siempre tiene un montón de cosas que contar de sí mismo. Seguro que tú también. Seguro que no me las cuentas por vergüenza. Paco, estoy aquí para ayudarte.

—Si me diera vergüenza, no hubiera escrito tanto. Eso es lo que pienso de mí.

—Pero hombre, alguna virtud tendrás, ¿no?

—Claro, lo que he escrito son las virtudes. ¿Quieres que ponga también los defectos?

—Bueno, por lo menos veo que conservas el sentido del humor.

—Y yo veo que no coges ni una, Hugo. Eso es todo sobre mí. No hay más. Mis defectos son mis virtudes. Soy una persona simple. Si es obligatorio que pase media hora para que te paguen o se te tranquilice la conciencia, me doy una vuelta por el pasillo y vuelvo dentro de un rato. Prometo no tirarme por ninguna de las ventanas del edificio. O, si quieres, te lo vuelvo a escribir cien veces.

—Veo que me lo quieres poner un poco difícil.

Hugo me miró con atención y valoró sus fuerzas. Seguramente estaba pensando si valía la pena coger el toro por los cuernos y enfrentarse a mí, o planear una maniobra envolvente.

Decidió lo segundo: metió la mano en una carpeta llena de tests, recortes y fotocopias y, mientras recuperaba su sonrisa infatigable, sacó una hoja en la que ponía: «Creencias irracionales y pensamientos distorsionados».

—Mira, Paco —me dijo con cierto paternalismo condescendiente —, eso que has escrito está lleno de ideas distorsionadas. Aquí tienes una lista de ese tipo de ideas. Me gustaría que lo leyeras con atención. Debajo de cada una viene una explicación para que sepas a qué nos referimos. Si no la entiendes, no tienes más que preguntarme, que para eso estoy. Mira, tú no eres gordo, ni asqueroso, ni tonto, y tienes tanto derecho a vivir como cualquier otro. Eso no son más que creencias irracionales. Toma, ayúdame a clasificarlas.

Joder con la lista. Hasta doce, había. Cada una venía explicada con una frase. Se supone que la explicación es siempre más fácil que lo que explica, pero aquí era al revés. Estos eran los nombres: generalización, etiquetas, filtraje, pensamiento polarizado, personalización, interpretación del pensamiento, falacia de control y de cambio, razonamiento emocional, culpabilidad, visión catastrófica, debería, tener razón... No sé si ya he puesto las doce, cuéntalas tú, que yo ya estoy aburrido.

Me lo leí muy atento. Lástima que no hubiera una explicación de la explicación. Así hubiera conseguido gastar la media hora y librarme de Hugo.

En algunas, estaba muy claro. Por ejemplo, la generalización consistía en que, a partir de un hecho aislado, uno extrae una regla o conclusión general que responde más a sus creencias irracionales que a datos objetivos. Sin duda se trataba de que yo al final, sin ningún tipo de presión, decidiera que este era el pensamiento distorsionado que padecía.

Las etiquetas consistían en que se generalizaban una o dos cualidades del individuo, generando estereotipos. Bingo. Casilla número dos que debía señalar para acertar la respuesta correcta.

De la falacia de control y de cambio no entendía ni papa y la mayor parte de las otras me parecían iguales entre sí. Ni siquiera sabía lo que significaba falacia. Cuando volví a casa lo busqué en el diccionario de don Emilio. En la mía no hay: los libros están prohibidos por la autoridad competente.

—Oye, Hugo, ¿de verdad crees que eso de que estoy gordo es una idea irracional?

—Bueno, eres tú quien lo dice ahora. Verás, ser gordo o flaco es un concepto relativo. Rubens pintaba a unas señoras que hoy nos parecen muy gordas y en su tiempo les parecían a todos guapísimas.

—Sí, pero yo mido 1,60 y peso 120 kilos, que no son

precisamente de músculo. Eso no es relativo. Además me apesta el aliento, que eso no lo he puesto.

—Lo relativo es que lo enfoques de modo tan negativo, tan distorsionado. Lo malo no es sentirse bajo, o flaco, o distinto, sino sufrir por ello. Y según tú lo expresas estás sufriendo por ciertas ideas que tal vez pudieras intentar pensar de otro modo. Por ejemplo, eso de que eres tonto y feo es relativo. Los modelos estéticos son distintos según las épocas y los países. Y si fueras tonto no estarías hablando con tanto desparpajo. Si tuvieras mil millones en el banco, seguro que las chicas te acosaban y tú te sentías guapísimo y muy inteligente, sin cambiar un solo detalle de tu físico.

—Entonces, ¿de verdad crees que no soy tonto, ni feo, ni gordo?

—Estoy convencido de que no tienes ni un pelo de tonto. En cuanto a lo de feo y gordo, primero tenemos que definir en qué consiste eso de ser feo y gordo. A lo mejor no es algo tan malo, o a lo mejor tú no lo eres. Pero, en cualquier caso, eres tú quien tiene que encontrar la respuesta. Yo solo estoy aquí para ayudarte.

—Mira, Hugo, eres un tío muy majo y te agradezco lo que has intentado hacer por mí, aunque seas un capullo que se pasó media vida estudiando porque era un hijo de papá. Pero si crees que es relativo que soy gordo y feo, no tenemos nada más que hablar. Eres muy majo y tienes mucho rollo, pero estás loco o te han vuelto gilipollas perdido en la universidad.

Antes de que se le ocurriera qué responder, cogí la puerta.

Si querían que volviera a charlar con Hugo o con el patán del psiquiatra, tendrían que llamar a la Guardia Civil o encerrarme en Alcalá-Meco.

No volví nunca más. Seguro que ha sido una de las terapias más rápidas y efectivas de la historia de la psicología mundial. Al fin y al cabo, logró su objetivo: nunca he vuelto a intentar suicidarme.

Después fui a la farmacia y me compré lo que mandaba el psiquiatra. El dependiente le daba papas con honda a Champolion. En un minuto había traducido los garabatos y ya estaba recortando los cartoncillos de los medicamentos, mientras me lanzaba miradas de compasión.

En esta vida todo hay que probarlo y las pirulas salían así más baratas que en el mercado negro. El solo hecho de que las haya recetado un capullo no quiere decir que no puedan tener su lado bueno. Además, si la cosa se ponía fea, no tenía más que tomármelas todas a la vez. Aquellas recetas eran como un cheque en blanco.

Estuve tomando las cien mil pastillas de un millón de colores durante cierto tiempo. No sé qué efecto hará cada una por

separado, pero todas juntas me dejaban alelado, como si no fuera yo, ni me hubiera conocido nunca. Eso me gustaba. Siempre había soñado con cambiarme por cualquier otro y esto era lo más parecido que me había pasado jamás.

Un día dejó de gustarme y tiré todas las pastillas, una detrás de otra, por el retrete.

Fue todo por un pensamiento raro de esos que me vienen porque sí. Pero fue de puta madre. Como una liberación.

Estaba pensando otra vez que le cambiaría mi cuerpo a cualquiera, porque el mío era más feo que cualquiera de los que veía. Pero me di cuenta de que ni aun así dejaría de sufrir, porque no era mi cuerpo quien sufría ni quien quería morirse. Seguro que si lo echaba a una piscina, por más que la mente quisiera matarlo, el muy cabrón se negaba a palmar y pataleaba e intentaba respirar por donde fuese.

Entonces pensé que podía cambiarme por otro. Entero, no solo el cuerpo. Cambiarme por otro, de arriba abajo, con su cerebro, sus ideas y su pasado.

Entonces mi vida sería mejor, eso seguro. Por lo pronto, me libraba de mi madre.

Pero también pensé que esa vida mejor la disfrutaría otro, como ha pasado siempre con las cosas buenas del mundo. Siempre acaba siendo lo mejor para los demás mientras yo me jodo vivo.

Así que decidí que las cosas iban a cambiar, que a partir de entonces yo iba a tomar las riendas, yo iba a ser quien disfrutara, yo iba a ser yo de una puta vez. Hasta ahora había sido lo que los demás querían que fuera, o todo lo contrario, para joderlos a todos. Y me había salido de pena. Pero ya estaba harto y había llegado por fin mi momento.

Decían que aquellas pastillas creaban adicción, que había que reducirlas poco a poco, que si las dejabas de golpe te podías quedar tonto, o podía darte un ataque. Lo primero no representaba un peligro para mí y lo segundo, la verdad, me daba lo mismo.

Entonces fue cuando entró el fútbol en mi vida y me la cambió.

Mejor dicho: entonces fue cuando empecé a vivir. Lo que me había pasado antes había sido solo una preparación, un entrenamiento.

Mira que había insistido don Emilio, pero a mí me parecía que el fútbol era una ocupación tan estúpida como coleccionar sellos de trenes o criticar al vecindario.

Al final le hice caso por puro aburrimiento. Nadie es tan plomazo como don Emilio cuando se lo propone.

Creo que el aburrimiento ha sido uno de los motores fundamentales de mi existencia.

Ya he dicho que todo empezó de verdad en la temporada de Fabio Capello. Decían que jugaban mal, que era soporífero, pero el caso es que le ganó al Barça de Ronaldo y su puta madre y les hizo un siete a los indios. Aquello era una señal. El Madrid volvía a jugar su Copa, la Copa de Europa. Solo él la ha ganado seis veces, aunque el Milán le vaya pisando el culo.

Al principio no lo entendía. Me parecía que todos los del bar se habían vuelto locos. No sabía sentir lo que ellos. Metían gol y a mí me la sudaba. Me quedaba alucinado viendo a don Emilio, que ya llevaba encima unos cuantos abriles, saltando como un chaval, haciendo pucheros como un crío y dándose abrazos de amistad como un adolescente borracho.

En mi casa nunca le había gustado el fútbol a nadie. A mi padre le gustaban los sellos y a mi madre cotillear, pero nadie que yo conozca se pone a dar saltos por un sello ni por un chisme nuevo de una vecina.

Ni siquiera sabía lo que era un córner, un penalti o un fuera de juego. No me sonaban los nombres de los jugadores, ni los de los más famosos. Los de la Peña no se lo podían creer.

—Chico, ¿no sabes quiénes son Mijatovic, Hierro, Raúl...? Tío, tú vives en otro mundo.

No saben la razón que tenían. Pero decidí que yo iba a meter la cabeza en el mundo de los demás, de la gente normal que no tiene que hincharse a pastillas ni soportar al plomo del psicólogo. No podía volverme delgado de una vez, ni podía convertirme en hombre objeto de la noche a la mañana, pero sí podía mezclarme entre ellos. Cambiar.

Fue mi salvación.

Cuando me empezaban a entrar ideas raras, me bajaba al bar. Unas veces íbamos al Kristal o al Cejas, otras a la Cerve o al de Galán, otras al Canis o a la Cachimba. Los bares del Atleti, el Tizona o el Luisiana, no los pisaba ni en pintura.

Si jugábamos en casa y tenía dinero para le entrada, íbamos al Bernabéu. Ya en la RENFE montábamos la fiesta padre. Durante todo el camino se nos juntaba gente cantando y animando el cotarro.

Cuando el partido se jugaba fuera, don Emilio y yo lo veíamos en el barrio, si se podía. Si no, lo oíamos por la radio, que todavía no existía el rollo ese de la Vía Digital. No era plan gastarse un dineral cada dos semanas.

Había algunos que viajaban hasta para la Copa del Rey.

Ya te digo que a mí me costaba, pero ponía todo mi esfuerzo en no hacerme notar y entusiasmarme, como el resto. Si chillaban, chillaba. Si se ponían histéricos porque no pitaban un penalti, yo

me ponía a blasfemar como si me fuera la vida en ello. No era disimular. Era toda mi voluntad puesta en el campo a la vez.

Si no había fútbol, me juntaba con los de la Peña en un local que tenía uno en Aldeanueva de la Vera, y preparábamos alguna historia para el día del partido: un viaje, una pancarta, un cántico nuevo, lo que fuera.

Al principio me sentía raro de la leche. Me parecía que todos estaban locos, ya lo he dicho; cuando insultaban al árbitro como si fueran a matarlo de verdad, cuando gritaban los goles como si les hubiera nacido un hijo, o más fuerte aún, cuando se iban a casa cabreados o eufóricos, según el resultado. Pero poco a poco me fui metiendo. Me contagiaron su espíritu. Y por primera vez en toda mi vida, me alegraba de estar vivo.

Gritaba con ellos, cantaba con ellos, soñaba con ellos, vivía con ellos. Toda mi semana consistía en desconectar del curro y de mi casa y esperar el partido del domingo o del miércoles. Nunca me había sentido tan feliz como entonces, llamándole cabrón al árbitro, llorando cuando encajábamos un gol, pidiendo a gritos un córner o una tarjeta amarilla. Cuando metíamos un gol, nos abrazábamos todos. Es lo más parecido a tener amigos. Salíamos por el centro comercial dando botes y nos miraban como si viniéramos de otra galaxia.

Yo nunca había tenido amigos. A mí me han abrazado muy pocas veces en toda mi vida. Con tanto entusiasmo. Con tanto cariño. Cuando marca mi Madrid, es como si volviera a nacer.

Cuando me apunté a la Peña no sabía que iba a ser algo tan importante. Si la hubiera encontrado antes, no me hubiera metido para el cuerpo todas aquellas pastillas. Y menos aún los lingotazos de Fundador, que me da un asco que no lo puedo ni ver.

Todos me llamaban por mi nombre. No había motes, ni malos rollos. Todos a una. Si en un partido se metían con alguno, todos nos partíamos la cara por él. Hasta a mí me defendían.

Éramos como hermanos.

Una vez tuvimos una movida en la puerta del Calderón y nos llevamos la peor parte. Unos del Atleti quisieron quitarle una bufanda a un colega y casi nos los comemos, pero entonces se presentó una peña con muy malas pintas y vimos que aquello daba mal rollo, así que intentamos defendernos. Ninguno salió por patas. Yo hice lo que pude para defender a don Emilio de los dos cabronazos que querían cogerle por banda porque le veían más débil que a los demás. Cobré bastante y casi no los toqué, pero don Emilio tuvo tiempo para escurrir el bulto y salvarse de la quema. Me partieron una ceja y me hincharon un ojo. Fue mi bautismo de fuego. Si no llegan a venir los maderos, nos linchan allí mismo.

Encima nos metieron a nosotros a la furgoneta. Serían también indios, los cabrones.

Cinco puntos de sutura y toda la tarde en la comisaría, prestando declaración.

Peña la Amistad de San Ignacio de Loyola. Todos amigos. Amigos de los otros y amigos del Real Madrid.

Ya nunca más me sentiré solo.

Este año el Real Madrid va a ganar la Séptima. Lo sé. Lo siento aquí, dentro, desde el corazón.

A mí el Heynckes este no me gusta un pelo, y en la Liga lo están haciendo de pena, pero da igual. El equipo ya se lo dejó hecho Capello y tiene ansias de Séptima. Salen al campo en Copa de Europa y se los comen, como al Bayern Leverkusen.

Con que los deje jugar a su bola, está cortado todo el bacalao.

Yo sé que el Madrid va a eliminar al Borussia Dortmund, igual que nos quitamos de encima a los otros alemanes. Da igual que sean los Campeones de Europa. Así tiene más mérito.

Me da que la final va a ser contra la Juventus de Turín, que siempre empieza jugando mal, pero acaba metiendo el culo en todas las finales, como todos los italianos. El año pasado la perdió y tienen ganas de revancha. Además, no todos los equipos llegan a tres seguidas.

Vamos a ganar. Lo sé como si estuviera ya escrito. Uno a cero con gol de Raúl. Lo sé. Me apuesto lo que quieras. No puede ser de otro modo.

Ya la perdimos la otra vez: yo era un crío y no me iba el rollo del fútbol, porque me pasaba todo el día encerrado en casa aburriéndome. Pero cuando lo del Liverpool no estaba yo allí. Y esta vez no me pierdo la final de Ámsterdam. No sé lo que haría por estar allí. Cualquier cosa.

Cualquiera.

A mí no me curaron los médicos, ni las pastillas, ni el psiquiatra, ni el psicólogo, ni las broncas de mi madre. A mí me curaron el Real Madrid y don Emilio.

Les debo la vida, porque ahora vivir tiene sentido.

Daría cualquier cosa por una entrada para el Amsterdam Arena. Cuando el Real Madrid alce la Séptima, ya sé lo que voy a sentir. Será como en mis sueños. Como besar por primera vez a una chica. Será un beso lento y maravilloso, que no terminará nunca.

Yo estaba muerto y el fútbol me dio nueva vida. Cuando ganemos la Séptima será como volver a nacer de nuevo.

III ¿Cuándo la jodí?

Anoche me quedé hasta las tantas viendo la tele. Era un programa de esos que apestan a cultura que los capullos universitarios dicen no perderse nunca. Luego otros tan capullos como ellos hacen unas estadísticas, con tanta seguridad como si te estuvieran espiando por un agujero para saber cuándo meas, cuándo te rascas la barriga y cuándo haces zapin, y aseguran que el programa para capullos no lo ha visto nadie porque los capullos estaban demasiado ocupados tragándose los programas de las niñas de Alcasser que hace Nieves Horrores, o el *¿Quién sabe dónde?*, aunque luego lo nieguen muy ofendidos.

Al final, esos petardos para listillos nos los acabamos tragando los más pringados. Los despistados como yo, que no tienen dinero para comprar un periódico que les diga qué echan por la noche, y además les importa un bledo quedarse mirando la caja tonta, pongan lo que pongan, intentando quedarse idiotas del todo de una puñetera vez. A eso la tele ayuda bastante, hay que reconocerlo.

Por eso los ingleses y los franceses miran la tele y nosotros solo la vemos.

Lo soporté entero, es verdad, pero que conste que no fue por casualidad, ni menos aún por amor a la cultura: yo no soy un degenerado. El que lo presentaba era un pedante que seguro que no sabía ni sonarse los mocos, y a mí, la cultura oficial, me da repelús.

Me lo tragué porque salía un tío absolutamente gilipollas. Un gilipollas de esos que merecen figurar en el libro Guiness de los gilipollas, y que se parecía a mí mogollón.

Yo, como ves, al contrario que los demás, no me asusto, ni pongo el grito en el cielo, cuando veo mi propia gilipollez reflejada en otro. Más bien me entra la curiosidad. A veces la diferencia entre un tío vulgar y un auténtico imbécil es solo una cuestión de observación y de arte. Hay quien es idiota porque no puede ser ninguna otra cosa: otros nos lo tomamos de modo más profesional.

No entiendo la mala fama que tenemos en España los gilipollas. Por ejemplo, en Estados Unidos es una gracia habitual decir que, blanco y en botella, tiene que ser leche. Para ellos es el colmo de la evidencia probada. En un país que no ha descubierto la horchata, el índice de gilipollas por metro cuadrado tiene que ser altísimo. Y sin embargo, les va bastante bien.

A lo nuestro, que me enrollo: el programa trataba de descubrir

los primeros pasos de un escritor de prestigio de poco más de 30 tacos, que lleva publicados diez o doce libros y tiene que ser un lumbreras, pero hace dos años no lo conocían ni en su casa a la hora de comer. Ahora, sin embargo, es un genio, los periódicos se pegan por sus columnas, sale en todas las tertulias y escribe como Dios Padre, si juzgamos por lo que vende.

Iba a cambiar de canal, porque, la verdad, a mí los escritores me dan alergia, aunque me gusten los libros. De todos los capullos, son los que más me la sudan. Además, ese soplagaitas, con más o menos mi edad, ya había conseguido todo lo que yo no tendré en la vida, y eso jode.

Pero entonces sacaron al gilipollas y me tuve que quedar hasta el final. Uno tiene que hacerle los honores a un compañero.

Al escritor este, por lo visto, lo lee todo el mundo hasta en el metro, pero los críticos lo ponen siempre de vuelta y media. Ya sabes que los listillos, más que críticos, suelen ser criticones, y los criticones literarios no son más que escritores que lo hacen fatal y, para consolarse, se dedican a descuartizar a los que escriben mejor que ellos. Para tal propósito suelen usar unas revistas aburridísimas que no hacen mal a nadie, porque nadie las lee. Pero a veces a los que diseñan las programaciones se les va la mano y fabrican un bodrio televisivo para darle caña a la audiencia. Eso es mucho peor, con diferencia. Hay efectos colaterales y salen perjudicados algunos inocentes y desprevenidos.

La cuerda siempre se rompe por el lado más débil.

Como el programa lo dirigía uno de nuestros sabios literarios homologados, el asunto consistía en demostrar lo sabihondo que era el presentador, y la maña que se daba en poner verde y destripar al pobre escritor, un tipo que, a pesar de serlo, empezaba a caerme bien y no parecía especialmente nocivo.

No se mostraba presumido al hablar. Aceptaba su insignificancia. Aún no se lo había comido la fama.

No me había leído ninguno de sus libros, porque todavía no los han comprado en la Biblioteca Antonio Mingote, la de mi barrio, y a mí no me da para más el presupuesto. Si no, alguno habría caído, porque el rollo de leer sí que me va. Aunque sin abusar, que quede claro.

En fin, que el gilipollas integral era editor y había sido el primero que decidió jugarse los cuartos por la joven figura cuando aún no lo era. El escritor le presentó cuatro novelas. El gilipollas, muy en su papel, publicó la que todos los críticos consideran la peor con diferencia, la que casi ningún lector se atreve a comprar, la que el mismo escritor se niega a dejar publicar de nuevo, ni siquiera para aprovechar el tirón de su nombre. Por lo menos en algo

estaban todos de acuerdo. Las otras se las devolvió y le dijo que se las guardara donde le cupieran porque eran todas una mierda. Son lujos que los editores se pueden permitir con los escritores jóvenes.

Un tío con ojo clínico.

El escritor fue listo y, en lugar de metérselas por ningún orificio, las mandó a concursos donde supieran apreciarlas. Al año siguiente ganó el premio Ateneo de no sé dónde y el Nadal con dos de las mierdas.

El gilipollas salía en el programa muy chulito, como invitado especial, presumiendo de que él había mandado a freír morcilla las novelas de aquel chaval, como si eso le hiciera un tipo importante, en lugar del tonto del culo que yo estaba viendo por la televisión.

Aún no he dicho en qué me parezco al gilipollas. Ni tampoco en qué me diferencio, que de todo hay.

Al gilipollas, la vida le dio su oportunidad. Ahora sale en la tele muy vacilón a fardar de que la dejó escapar a propósito, pero estoy seguro de que todas las mañanas se da de cabezazos contra la pared por haberse zambullido en la mierda. Los mismos cabezazos, uno más, uno menos, que me doy yo.

Yo también dejé pasar mi oportunidad, fallé el penalti decisivo en el último minuto, cuando ya no quedaba más tiempo para arreglar los errores. Uno falla el penalti en un segundo, pero arrastra las consecuencias toda la vida.

También nos parecemos en los cabezazos que nos damos contra la pared todas las mañanas, pero creo que eso ya lo he dicho.

En cualquier caso, existe entre nosotros una gran diferencia. Enorme. Por pocas luces que tengas, está bastante claro cuándo tiró él su vida por la ventana. Sin embargo, yo, por más vueltas que le doy al tarro, no soy capaz de encontrar el momento en que la jodí para siempre.

Tuvo que haber un momento, eso está claro. La vida siempre te lo da. Todos los equipos, por muy malos que sean, tienen por lo menos una oportunidad a lo largo del partido, aunque luego acaben perdiendo por goleada. Lo que pasa es que, o no lo vemos, o no lo queremos ver. El gilipollas está claro que lo veía, pero no lo quería ver. Se le notaba porque hablaba del escritor con mucho desprecio y con mucho rencor, porque estaba amargado.

Yo no lo veo, por más empeño que pongo.

Hay, además, otra diferencia mayor: lo que pretendía el gilipollas, por lo que entendí del programa, que no fue mucho, era demostrarle al mundo que él no era gilipollas, sino un genio incomprendido de la edición muy por encima de aquel escritor de tres al cuarto. Si el mundo aún no había reconocido las maravillas de su editorial se debía a la eterna conjura de los necios contra los

hombres excepcionales.

Yo ya no me molesto en negar lo evidente. ¿Para qué?

¿Cuándo la jodí? ¿Cómo es posible que estuviera tan despistado como para no darme cuenta?

Esa es la gran pregunta, aunque no la pregunta del millón. No creo que nadie dé un millón de dólares por la respuesta. Yo los daría gustoso, está claro, pero no los tengo, entre otras cosas porque no sé la respuesta. Y nadie sería tan bobo como para gastarse tanta pasta solo por sacar de la duda a un pobre gilipollas.

Mi padre era un buen hombre que no se metía con nadie. Nunca le vi discutir. Si alguien le pisaba en el metro, él sonreía y pedía perdón. Nunca intentaba llevar la razón. Nunca me regañaba ni me castigaba. Cuando mi madre le llamaba para que pusiera orden, él escurría el bulto con resignación y aguantaba la bronca que le caía por blandengue. No le gustaba mucho hablar. Si íbamos a un bautizo o a una boda, se quedaba embobado en un rincón, mirando cualquier cosa. Si alguien le alzaba la voz, él agachaba la cabeza, asentía, y luego se apartaba con disimulo. Cuando yo tenía 15 años, le odiaba por ello, pero a los 16 ya no podía odiarle. Ahora no entiendo por qué hay que odiar a una persona que no se mete con nadie, cuando hay tantos capullos sueltos por el mundo, jodiéndoles la vida a los demás.

Mi padre era aún más gordo que yo y odiaba los deportes, o cualquier cosa que le hiciera sudar, incluido el verano. No le gustaba ir al campo, ni subir las escaleras. Si tenía que ir a algún sitio que estuviera a más de doscientos metros, cogía el coche. Lo que más le aburría era el fútbol. No sabía lo que era un juez de línea, ni cuántos jugadores había en cada equipo. Uno de los pocos días que habló conmigo me aseguró que los domingos eran los días más tristes de su vida, porque al siguiente tenía que ir a la oficina, y que nada en el mundo le resultaba tan deprimente como el soniquete del *Carrusel Deportivo* y la musiquilla del gol.

Sus únicos gustos en la vida eran comer y coleccionar sellos, no sé por qué orden. Mi madre siempre le echaba la charla por lo de las comidas y decía que un día le iba a dar algo, pero con lo de los sellos no se metía nunca, lo cual es bastante raro, porque es muy difícil encontrar cosas con las que mi madre no se meta.

Charlar con mi padre de las noticias, de libros, del tiempo, de las notas del colegio, de viajes, de ropa o de informática, era imposible. Enseguida te veías hablando solo mientras él miraba a ningún lado. Solo sabía hablar de sellos y de comida.

Sé que trabajaba de auxiliar administrativo porque me lo dijo mi madre para demostrarme lo bajo que había caído el gusano con el que había cometido el error de casarse, no porque a él se le hubiera

escapado.

A veces me llevaba los domingos a la plaza Mayor, para ver si se me acababa pegando el gusanillo de los sellos, como a él. Aunque no decía ni mu, yo sé que me quería y supongo que lo hacía para que pudiéramos seguir teniendo algún tema de conversación durante el resto de la vida, que suele ser bastante larga. Porque a mí hablar de comida no me gusta mucho. Me da hambre. La comida está para comérsela, y punto.

Yo me aburría como un muerto viendo cómo él hojeaba todos aquellos álbumes llenos de sellos polvorientos y apolillados. Digo yo que los sellos están para mandarles cartas a los amigos, no para encerrarlos en un armario y dedicarse a mirarlos. Pero la gente tiene que dedicarle la vida a algo para que no se haga demasiado larga, aunque todos los viejos que he conocido terminan jurando que se les ha pasado en un soplo.

Cuando me miro en el espejo y veo al monstruo abominable que parió mi madre, siempre me pregunto lo mismo: ¿cómo habrá todavía gente tan irresponsable, tan ingenua o tan generosa como para tener hijos, sabiendo que puede salirles un ejemplar como yo? La única respuesta que se me ocurre es que los tienen porque es tal el tedio de la existencia que en algo hay que gastarla, por desagradable que ese algo sea. También por esa razón casi todas las personas ricas se obstinan en seguir trabajando.

A mi padre le gustaban, sobre todo, los sellos de trenes y de Franco. Nunca llegué a entenderlo. Mi padre odiaba viajar por encima de todas las cosas y jamás llegué a oírle un comentario sobre política o historia, por más que le picaran. Otros coleccionan series completas, pero a él no le llegaba el dinero o, simplemente, no le interesaban. Lo mismo compraba un sello filipino que uno español. El único requisito es que tuviera un tren o la cara del Generalísimo.

A veces encontraba uno de esos que llevaba la leche de tiempo buscando. Recuerdo lo que ocurrió una vez: fue con el de dos pesetas rojo de Franco, sin matasellar. Ese era español, claro. Los extranjeros nunca se han molestado en sacar a Franco en sus sellos.

Nunca he entendido por qué vale más un sello nuevo que matasellado, cuando luego la gente se empeña hasta la camisa para comprar una butaca donde puso su culo un tío de hace trescientos años al que no conoció. Por lo menos, el matasellado ha servido para algo en la vida, ha viajado, le ha llevado a alguien noticias buenas o malas. El otro se ha pasado la vida metido en un álbum, detrás de un plástico, como si fuera un hijo de papá. Un sello nuevo es el capullo de los sellos: nunca ha tenido que enfrentarse a la vida.

Había otro, violeta, también de dos pesetas, con la misma cara,

del mismo tío, pero ese ya lo tenía, y no valía tanto. No me preguntes por qué. Chifladuras de la gente. Se quedó mirándolo como si hubiera descubierto el paraíso. Luego preguntó el precio. Era más caro que los que solía comprar, pero tampoco como para asustarse. Al fin y al cabo, llevaba tiempo buscándolo y la cantidad era asequible. El hombre se pasaba toda la puta vida trabajando por un sueldo de miseria. También podía permitirse un capricho, ¿no?

Contó los pocos billetes que llevaba y las monedas y, cuando se dio cuenta de que no podía pagarlo, agachó la cabeza, lo devolvió y se puso como un tomate. A mí me entró también vergüenza. Me daba vergüenza ir con él. Por eso no me gustaba ir a la Plaza Mayor. Por eso los sellos me han resultado siempre tan aburridos.

Mi padre la jodió cuando se casó con mi madre, eso está claro. No digo yo que hubiera sido un tío famoso, ni nada de eso. Lo mismo ni siquiera se hubiera podido comprar tampoco el sello de Franco de dos pesetas rojo. Lo que digo es que si no se hubiera dejado engañar por ella, lo mismo hubiera sido un poquito más feliz y no hubiera tenido que coleccionar tantos sellos de trenes y de aquel tío tan feo para olvidarse durante un rato de que existía.

Si no la hubiera conocido, no se habría salido del seminario y hubiera sido un buen cura, porque nadie se hubiera metido con él por agachar la cabeza cuando le chillaban, ni por ponerse colorado cuando veía de qué poco le valía levantarse todos los días a las siete para ir a aquella mierda de oficina de la que nunca quería hablar, y en la que ganaba un sueldo tan miserable que no le daba ni para comprarse un sello vulgar y corriente.

Los curas pueden agachar la cabeza y ruborizarse, porque la Iglesia manda que pongan siempre la otra mejilla y que sean humildes. Pocos curas lo cumplen, pero yo no he dicho que mi padre hubiera sido un cura normal. He dicho que hubiera sido un buen cura.

Y así se hubiera ahorrado tener un hijo que se avergonzara de él y una mujer que lo despellejase.

A mi madre lo que de verdad le gusta es criticar y meterse en la vida de todos los demás. Ahora que está impedida y no puede valerse, más todavía que antes.

Si era mi padre al que ponía verde, doble diversión. Siempre tenía algo que echarle en cara. Ella creía que se merecía un ministro y vivir en un palacio, pero a mí me parecía que el piso que teníamos en la calle Monroy, aunque no tuviera piscina, ni ascensor, ni plaza de garaje, ni parabólica, valía mucho más que ella. Y no digamos mi padre.

A mí siempre me ha gustado el barrio, porque todos los bloques, aunque parecen colmenas, están rodeados de jardines. Además

tenemos bastantes parques y un polideportivo con piscina. Con la RENFE y los autobuses, no se tarda nada en ir al centro. Puedes salir a la calle más o menos tranquilo porque, aunque las paredes estén hasta el culo de grafitis, la gente es bastante normal y no se mete con nadie.

Cuando salgo a dar una vuelta no conozco a casi nadie, y eso me gusta. Pero es casi imposible que vuelva a casa sin haber saludado a alguien, y eso también me gusta.

En las novelas me encuentro con tíos de lo más raro. Son guapísimos, muy valientes, fríos como el hielo. Otras veces son macarras de medio pelo, prostitutas y travestis. Si la historia es en Madrid, todos pasan por la plaza del Dos de Mayo, por la Gran Vía o por Nuevos Ministerios. Los de mi barrio somos demasiado vulgares para salir en una. Pero si yo escribiera una novela, la ambientaría en mi barrio.

Un tío hizo una película y rodó algunas escenas en la vía del tren que hay entre Santa Margarita y el Parque Europa. Viéndolas, uno se piensa que vivimos todavía en el Tercer Mundo, y tampoco es para tanto. Aunque nadie lo crea, el sur de Madrid no está exclusivamente poblado por indigentes, drogadictos y gordos como yo.

Aquí no suele haber grandes tragedias, es verdad, pero, como en todos los sitios, también en la Moraleja y Puerta de Hierro, la gente se ahoga de asco metida en unas vidas vulgares. Creo que nos merecemos que alguien nos saque en un libro.

A lo mejor en mi barrio las chicas no van tan bien maquilladas como las que entran en Archi, o a lo mejor su ropa no vale tanto como las de Las Rozas o Majadahonda. A lo mejor, incluso, no son tan guapas, porque los ricos siempre se casan con tías macizas y eso hace que su especie vaya mejorando, al menos físicamente. Pero cuando las veo paseando por el parque de Mirabel, o por el que está al lado del Alcalde de Móstoles, cuando las veo salir de su casa y pintarse en el portal para que no las pillen sus padres, cuando entran a bares de música densa y ambiente irrespirable, siento el mismo gusano paseándome por las tripas, y no las cambiaría ni por una princesa.

De vez en cuando, también en mi calle pasan cosas de libro.

Recuerdo cuando vinieron los vecinos nuevos, los del 4ºC. Mi madre siempre se estaba quejando porque decía que hacían mucho ruido. El piso de arriba había estado vacío cinco años largos y ella se había acostumbrado a vivir como si estuviera en un chalet. Ahora le molestaba hasta el vuelo de una mosca. A mí no me parece que hicieran más ruido de lo que es normal.

Mi madre siempre estaba atenta para ver quién entraba al portal

y quién iba subiendo por las escaleras, así que, cuando la mujer del 4ºC pasó por delante de mi puerta, salió disparada como un cohete dispuesta a cantarle la gallina.

Le dijo que eran una pareja muy fogosa, que siempre estaban dándole meneos a la cama, que a ver si se cansaban de hacer marranadas, que los demás vecinos también tenían derecho a dormir. Alguna vez había dado un par de golpes con el palo de la escoba en el techo. También decía que los iba a denunciar para que se pusieran zapatillas para andar por la casa, que con el ruido de los zapatos no nos dejaban vivir en paz.

Yo estaba esperando a que la vecina saltara como una loba y empezaran a tirarse las dos de los pelos, para separarlas, pero la mujer no se cabreó mucho. Miró primero a mi madre, como tratando de descubrir si se trataba de una broma y, cuando se convenció de que no lo era, siguió andando muy despacio, mientras contestaba: «Mire, señora, usted tiene un reloj de cuco que va atrasado, pasa la aspiradora a las 10 de la mañana, de lunes a domingo, y el viernes pasado frió sardinas. Se le quemaron un poco las últimas, por cierto. Como verá, yo también tengo oído y olfato, aunque no lo use tanto como usted. Si le molesta el ruido de nuestros zapatos, en la farmacia venden unos tapones de goma o de cera estupendos. Le recomiendo los de goma. Pero no creo que en realidad sea ese el problema. Lo digo por los golpecitos con la escoba. Si lo que de verdad le molesta es que hagamos ruido por la noche, le pido disculpas, pero ya le digo que seguirá oyéndolos. Ojalá sea durante muchos años. Ya sé que ustedes en la cama no arman el menor alboroto, porque si no lo hubiéramos oído, pero no todos somos iguales, gracias a Dios».

Desde luego, la del 4ºC no se chupaba el dedo. Tenía una mirada pícara y unas piernas interminables. Si yo fuera su marido, también haría tanto ruido como pudiera.

Mientras mi madre la llamaba golfa, y pécora, y no sé cuántas cosas más, ella se reía con ganas y le enumeraba los problemas que genera la envidia.

Desde entonces mi madre no dejó de ponerla verde a todas horas. Aprovechaba cualquier conversación para sacar el tema, aunque no viniera a cuento.

Cuando se trató en la reunión de vecinos que había que arreglar el tejado, porque los del 4º tenían goteras, se negó a dar un duro y se puso a chillar como una loca, pero perdió por suerte la votación. No quiso pagar la derrama y la tuvieron que denunciar por morosa. Cuando ella se ponía cabezona no había quien la bajara del burro.

Mi padre tuvo que abonar la deuda a escondidas. Si se llega a enterar, lo fríe a charlas.

Mi madre la jodió el día que me tuvo a mí. Si yo no hubiera nacido, ella habría sido feliz amargándole la vida a mi padre, repitiéndole un día tras otro lo poco que valía, lo poco hombre que era, lo feliz que hubiera sido ella si se hubiera casado con un pretendiente francés que tuvo un año que se fue a vendimiar, que seguro que ahora era rico y vivía en una mansión. Todo el día estaría encima, hasta quedarse a gusto: no me pises el suelo, siéntate para mear en el váter, que lo echas todo fuera, no te pares ahí, que me quitas el sol, pon más baja la tele, que parece que estás sordo, a ver si aprendes cuál es el sitio de la pasta de dientes, no comas ahí, que luego vienen las hormigas.

En lo de mi madre, también está claro. Ella quería un angelito de los que salen en los anuncios, con los ojos azules y el pelo rubio y rizado. Un niño adorable y simpático, listo y aplicado. Un niño al que le quedaran bien los trajes de comunión, no este gordo seboso que no ha podido sacarse el BUP ni en seis años, que nunca ha tenido amigos, que hace que la gente se vuelva por la calle para mirar lo feo que es, cuando se cruzan con él.

Por si no me doy cuenta de mi situación de parásito inútil, ella lleva recordándomela desde que tengo memoria. Con más insistencia si cabe desde que mi padre se murió. Claro, ya no puede repartir las charlas. Seguro que, si me pongo, mi primer recuerdo de la infancia es mi madre diciéndome lo mal que lo hago todo.

Con lo feliz que hubiera sido ella enseñándome a todas las vecinas como un niño modelo, para poder criticotear a gusto a los hijos de todas las demás...

Criticar es el deporte favorito de mi madre. Yo creo que por eso está tan delgada, tan escuchimizada como si fuera un hueso: se le gastan todas las energías en espiar y cotillear, y los nervios, que la tienen siempre despierta y con el oído atento, le van chupando las grasas y los kilos. Por eso cuando paseaba con mi padre parecían sacados de una película del Gordo y el Flaco.

Con mi madre y mi padre no hay que darle muchas vueltas al coco. La jodieron, y ya está. Está claro cuándo la jodieron y no pudieron hacer nada por evitarlo. Así es la vida.

Yo, la verdad, no tengo ni idea de cuándo metí la pata hasta el cuezo, pero debió de ser algo gordo, aunque no me acuerde.

Yo nací por inercia.

Mis padres habían querido tener hijos desde que se casaron, pero no habían podido. Entonces no se había inventado la reproducción asistida, ni la inseminación artificial, ni ninguno de esos rollos, y no se plantearon nunca lo de la adopción. Mi madre decía que para alimentar a un extraño ya estaban las monjitas de la caridad. También se lamentaba, según me cuenta a menudo don

Emilio, de lo poco hombre que era mi padre, que ni para hacer hijos valía. Lo chillaba en la escalera, si le apetecía, para que le quedara claro a todo el vecindario.

Cuando dejaron de querer descendencia no se les ocurrió que necesitaran ningún tipo de protección para librarse de futuras molestias. Fue su mayor equivocación.

Así vine yo al mundo, algún día en el que mis padres hicieron ruido en la cama, mucho antes de que asomaran por allí la nariz los vecinos del 4ºC. A lo mejor, en ese tiempo, mi padre todavía no coleccionaba sellos. Nunca se me ocurrió preguntárselo mientras aún podía.

Cuando nací, mi padre tenía 44 años y mi madre 40. No eran unos niños. Fue un parto difícil y ella estuvo a punto de morir. Eso lo sé con seguridad. No ha dejado de recordármelo ni un solo segundo, para que vea lo agradecido que tengo que estarle, no vaya a ser que un día se me olvide y la deje tirada en un asilo.

Mi padre se murió de un infarto un día antes de que yo cumpliera los 16. No fue un susto, ni nada de eso. No tenía antecedentes familiares ni había padecido nunca del corazón. Estaba mirando con la lupa uno de sus queridos sellos cuando le dio un pasmo, se le torció la boca, se encogió, se cayó al suelo y se quedó como un pajarito: tieso y frío. Ni siquiera hizo ruido. Mi madre no lo descubrió hasta una hora después, según dijeron los médicos del Clínico, dolidos porque habían perdido su ocasión de rematarlo.

Yo estaba en casa de don Emilio, que tenía por aquel entonces unos 50 años, pero parecía casi tan viejo como ahora. Siempre me gustaba estar en su casa. Como no había tenido hijos y era la única persona en el mundo que me quería, me dejaba poner el canal de la tele que yo quisiera (aunque entonces solo había dos) y leer todos sus libros, que eran muchos. En mi casa no había, porque eran muy caros, pero él tenía dos estanterías repletas. Algunos me encantaban: los de misterio, los de miedo, los de aventuras... A mí nunca me ha dado por estudiar, pero por leer sí.

Un tío grande, don Emilio. Un buen hombre. Don Emilio ha sido el único amigo que he tenido en toda la vida, aunque no habláramos mucho, porque siempre hemos sido los dos callados. Nos mirábamos y ya nos entendíamos. Me dejaba tumbarme en su sofá y poner la tele todo el rato que quisiera. A veces, si tenía, me sacaba una Coca-Cola. Cuando traía buenas notas me compraba un helado o un bollo, y cuando empezaron a ser malas no me echaba muchas charlas.

El día en el que se tropezó con el cadáver de mi padre, mi madre bajó a buscarme, chillando como una loca. Los vecinos salieron a

calmarla. Tardaron en entenderla. Llamaron a una ambulancia, pero no había nada que hacer. Se lo llevaron con una mueca de dolor que le contraía el rostro entero y le daba una apariencia aún más insignificante que la que arrastró en vida.

Mi pobre padre ni siquiera llegó a enterarse de la bronca que le cayó por palmarla antes de tiempo y dejarle a mi sufrida madre una pensión miserable de 40.000 pesetas. «Se ha muerto por bruto, de tanto como comía. Mire que yo le advertía, no comas tanto, Pepe, que te va a dar algo. Pero él, ni caso. Nunca me hizo caso. Todo el día se lo pasaba comiendo y mirando sus sellos. En qué hora se me ocurrió casarme con él. Yo tuve un pretendiente francés, ¿sabe? Un tío macho y despierto, que seguro que ahora tiene un buen trabajo y gana un dineral. Este era un inútil. Se ha muerto por no hacerme caso: era un calzonazos.» Pero el médico no le dio la razón, ni se la quitó, se encogió de hombros, se dio media vuelta, salió por la puerta y siguió a lo suyo.

Por aquel entonces a mi madre le habían pillado una enfermedad degenerativa que poco a poco se la iba comiendo y no la dejaba ni moverse. Se le encogían los dedos y las manos se le ponían como si fueran ramas de una higuera.

Se le fueron todas las fuerzas, menos las que dedicaba a amargarle la vida al prójimo y a cotillear. El día que deje de criticar a los del 4ºC tendrán que internarla en el hospital: seguro que se ha puesto mala de verdad.

Como ya no tenía a mi padre para pagar sus malos humos, me cogía a mí por banda y me echaba todos los días la misma charla que antes le tocaba a él: que no vales para nada, que mira cómo me tienes y tú sin dar el callo, que no me pises el suelo... Nunca he sabido entrar en una casa sin pisarle el suelo al dueño. Qué le vamos a hacer.

Con la mierda de pensión que nos había quedado, tuve que ponerme a trabajar en lo que saliera. En mi casa nunca había habido para caprichos, pero es que ahora no teníamos ni para llegar a mitad de mes.

Yo creo que por eso no me saqué el BUP, no porque no pudiera. Yo no soy tan tonto como parezco. Pero mi madre dice que sí. Dice que a un idiota se le coge siempre, porque siempre está poniendo excusas idiotas, y yo ya suspendía antes de ponerme a trabajar. Algo de razón sí que tiene, qué quieres que te diga.

Empecé ayudando a un pintor de brocha gorda que me pagaba una miseria y era un chapuzas. De todas las casas salíamos a malas. Algunos se negaban a pagarle por inútil, y un día me llevé un bofetón separándolo de un cliente insatisfecho. Lo que se ahorraba conmigo, con la excusa de que bastante me daba, con lo mal que

iba el negocio, se lo gastaba en el bar de Galán, cubata a cubata.

El bar de Galán se llama Los Amigos, pero yo siempre lo he llamado Los Especímenes: tendrías que ver los especímenes humanos que se juntan allí. Parecen todos primos hermanos míos. Amargados de la vida que van a esconderse junto a la barra para no volver a su casa, a encontrarse con sus hijos chillones e insoportables y una mujer de calaña similar a la de mi madre, borrachines en alpargatas que ahogan sus penas en alcohol...

Del bar de Galán no hay quien se salve, empezando por el dueño, que es más gordo que yo, más feo que yo y más sucio que yo. Casi nada. Las baldosas del suelo tienen distintos colores, no porque procedan de partidas distintas, sino porque unas pillan donde se friega y otras no. El bar entero está empapelado de azulejos con frases que al dueño deben de parecerle de lo más ingeniosas, pero que no tienen maldita la gracia. De todos modos, lo mejor con mucho es la clientela, como ya he dicho: empezamos por el pintor y no se salva ninguno. Lo de allí es pura fauna suburbana.

Me han dicho que un chaval del barrio ha escrito un cuento sobre el bar de Galán y le han dado un premio en Pinto. Son cosas que dicen. Yo no lo he leído, pero no me extrañaría: seguro que han pensado que era un relato de ciencia ficción o de terror.

Pero no nos desviemos, estábamos hablando de mis trabajos y, gracias a Dios, nunca tuve que hacer de camarero en Los Amigos. Me hubiera pasado el día vomitando solo de ver el asco de tapas que les pone a los clientes. Algunos hasta se las toman. Hay gente para todo en esta vida.

Cuando voy allí siempre pido un botellín: es el único medio de que el marrano de Galán no te ponga sus vasos mugrientos, ni te eche los hielos con sus dedazos sucios y sus uñas renegridas.

Luego me metí a pescadero. Tenía que levantarme tan pronto por las mañanas para ir con el jefe a Mercamadrid que ponía los dos despertadores para no quedarme dormido, y aún así me costaba. Luego a la tienda, a despachar y a hacer de chico de los recados. Salía a las ocho, llegaba a casa a las nueve, y a las cuatro tenía que levantarme otra vez. Eso no era vida. Así era muy difícil aprobar el BUP.

Después estuve en una hamburguesería, en terrazas de verano y en el matadero. También me dediqué a pasarme el día metiendo y sacando carne de una cámara frigorífica que era peor que el Polo Norte: 23º bajo cero. Menuda broma. Tuve que dejarlo enseguida, porque bastante me costaba arrastrar mi peso y el de las botas de cuero con puntera reforzada como para andar levantando por la mitad de Siberia aquellas cajas que llevaban toneladas de carne.

Ah, se me olvidaba lo de buzonear, lo de la propaganda en el

Metro y lo de reponedor en un hipermercado.

De algunos sitios me acababan echando, mi madre dice que por vago. Y otra vez tengo que darle la razón. Yo, aquellos trabajos, me los pasaba por el forro de ahí mismo. Lo único que me importaba era el día de la paga. Si podía escaquearme, me escaqueaba.

Otros los dejé yo, porque no aguantaba más. Tú nunca te has metido en una cámara frigorífica, pero te aseguro que, por mucho traje especial y muchos guantes que te den, es jodido. A veces no aguantaba el trabajo, a veces al jefe, casi siempre a ninguno de los dos. Pero no se lo decía a mi madre, claro. Solo me faltaba eso.

Los compañeros hacían sus grupos, quedaban para salir juntos, se tomaban unas copas en el polígono industrial o se ligaban a alguna de las chicas. A mí me rehuía todo el mundo, porque me veían como un tío raro, así que acabé por pasar de ellos e ir a mi bola. Es verdad que siempre he sido algo tímido, pero no creo que eso me haga peor que los demás. Lo que me hace peor es mi falta de entusiasmo.

En realidad, en la vida, nunca he encontrado nada que me entusiasmara. Ni siquiera que me gustara. No me refiero solo al trabajo o a la gente. No me gustaba nada. No me gustaba el colegio, ni trabajar, ni los sellos, no me gustaban los compañeros, ni los profesores de La Salle, no me gustaban los motes, no me gustaba el fútbol, no me gustaba bajar a la calle con los otros niños, tampoco me gustaba jugar solo, porque me aburría. Lo único que me gustaba un poco era ir a casa de don Emilio. Y no mucho, la verdad. Me he pasado toda la puta vida aburriéndome. No me gusta mi madre y, aunque me da remordimiento confesarlo, creo que mi padre tampoco me gustaba mucho, y eso que nunca le hizo daño a nadie.

El fútbol ha sido la primera gran pasión de mi vida.

Bueno, la primera fueron las chicas, pero no fue un amor correspondido: pasaron de mí como de comer mierda. Pasaban tanto de mí que en 34 años no he besado a ninguna, ni siquiera me he acercado a ellas. ¿Para qué, para que salgan corriendo asustadas?

Las chicas siempre se han reído de mí.

Hubiera dado cualquier cosa por ser guapo. Incluso, cuando era más joven y más ingenuo, intenté hacer un pacto con Satanás y ofrecerle mi alma a cambio de una chica. No de una en especial, no me lo tengo tan creído. De cualquiera. De la que fuese. Hasta me leí un libro sobre cómo invocarlo. Pero nunca se presentó, por más que me esforcé: estaba demasiado ocupado para acudir a una cita con un papanatas como yo. Al final me di cuenta de que mi alma valía tan poco que ni siquiera Satanás la quería. No era cuestión de precio. No la quería ni regalada.

Cuando pienso en mi futuro, solo veo dos cosas claras. De pequeño creía en Dios, en el ángel de la guarda, en el cielo, en el infierno y en todas esas gaitas, y hasta rezaba el *Jesusito de mi vida*; ahora ya no creo, pero lo mismo dentro de dos meses empiezo a creer otra vez. Nunca se sabe. De pequeño vivía en esta misma casa de la calle Monroy y ahora también, pero es posible que mañana me cambie de piso o de barrio. No sé qué será de mí mañana. A lo mejor tengo trabajo o a lo mejor no; lo mismo beso a una chica o lo mismo no, tal vez me convierta en alcohólico, en barrendero, en actor de películas o en delincuente, o tal vez no; a lo mejor sigo siendo pobre o a lo mejor rico, porque a cualquiera puede tocarle la lotería o la quiniela, aunque sea gordo y gilipollas. Solo hay dos cosas claras en mi vida: me voy a morir y, hasta el día en que me muera, seré del Real Madrid.

Luego hay gente que dice que me tomo el fútbol demasiado en serio porque lloro cuando pierde mi Madrid, o me pongo a chillar como una bestia cuando gana. ¡Qué sabrán ellos de seriedad! ¿Hay algo más serio en la vida que el fútbol?

Es muy fácil hablar de lo que no se sabe y generalizar. Se ríen de nosotros porque nos lo tomamos muy a pecho y se nos saltan las lágrimas cuando pierde nuestro equipo. ¿Y qué? También dicen que el deporte es muy sano y, después de correr, según dicen, te entran un montón de agujetas. A veces hay que sufrir un poco para disfrutar de verdad.

También hay algunos que se creen que todos los que vamos al fútbol somos unos criminales, unos descerebrados y unos vagos. No digo yo que no haya algunos descontrolados que pierdan la olla y se pasen. También habrá carteros sinvergüenzas, fontaneros sinvergüenzas y policías sinvergüenzas, y nadie la toma con los carteros, los fontaneros o los policías. Para eso estamos nosotros, para servir de desahogo de las frustraciones de toda la gente decente, que se aburre lo que nadie sabe, porque llevan unas vidas estúpidas. Con alguien se tienen que meter para entretenerse y demostrarse lo modélicos que son.

Ahora se ha puesto de moda que todos los capullos se metan con el fútbol para dárselas de listos. El otro día uno decía en la radio que el fútbol es el opio del pueblo; otro, más avispado todavía, que no, que era el yo-yo de los que tienen la cabeza hueca; el más ingenioso aseguraba que, en los países occidentales, se había cambiado el «pan y circo» por «fútbol y televisión».

Mejor así. De ese modo, cada cual en su sitio. Lo que me jode es ver luego a esos mismos capullos en el palco presidencial, dándoselas de que a ellos los veintidós tíos que se pelean por el balón se la traen floja.

Para mí el fútbol es una religión.

Por lo menos en mi vida, es lo único fijo, lo único que nunca me ha fallado ni me fallará.

¡Hala Madrid! ¡A por la Séptima!

IV La Séptima

Hay tíos capullos que se creen muy listos porque se han sacado el COU a base de estudiar majaderías y van a la universidad a dilapidar el capital público perdiendo el tiempo. No saben que la universidad es la mayor fábrica de capullos del país, por delante incluso de las discotecas, los karaokes y los bares de copas de la ruta del bakalao.

Por lo que leo en los periódicos, esos capullos que van por el mundo con su título por montera engordan las listas de parados de larga duración. Muchas veces me los he encontrado en las oficinas del INEM con las orejas gachas y cara de perro apaleado. Pero no por eso dejan de considerarse miembros de una raza superior, aunque la mayor parte de ellos no saben nada, no han leído nada, creen que todo el universo está metido en esos apuntes que se meten a empujones cuando llegan los exámenes. Y todo ese esfuerzo para acabar siendo tan brutos y tan catetos como cuando empezaron. Algunos se superan incluso.

No les importa, para eso están su papá y su mamá, para tenerlos en casa a base de sopa boba hasta que el niño se compre el piso, el coche y el ordenador.

A lo mejor te piensas que es envidia. Y a lo mejor tienes razón. Pero quiero que pruebes a preguntarle a alguno de los capullos si se ha leído el *Génesis* o el *Éxodo*. A ver qué te contestan. Yo sí me lo he leído, y todo el *Pentateuco*, aunque el *Levítico* y los *Números* son un petardo. También me he leído el *Apocalipsis de San Juan*, los cuatro *Evangelios* y el *Eclesiastés*, que es uno de mis libros favoritos: no hay más felicidad que comer, beber y dejar de pensar todo el día. Cuánta razón tiene...

Dios les entregó a Adán y a Eva la felicidad con una sola condición: que se contentaran con ponerles nombres a las cosas y no se metieran en camisa de once varas, haciéndose preguntas sobre ese mundo que les entregaba, que no se atrevieran a picar del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Es el único modo de andar por el mundo desnudo sin sufrir por ello. Pero todos somos curiosos, incluso los capullos de los que hablaba antes. Si nos ofrecen la sabiduría y la felicidad, seguro que elegimos la sabiduría. Lo dijo un tío raro, alemán, que terminó como una chota, y todos se pusieron a aplaudir como si hubiera descubierto América. Pero ya estaba en el *Génesis*. Yo sí lo he leído.

Comieron del árbol prohibido y por eso nunca pudieron gozar del fruto del árbol de la vida.

Adán y Eva fueron los primeros capullos. Da lástima ver cómo él se quiere librar del marrón echándole la culpa a la mujer y hasta a Dios, que para eso la había hecho Él, y la mujer a la serpiente. Todos pasándose la bola. Unos pobres pringados.

Ellos fueron los precursores, pero tuvieron que transcurrir miles de años, si no más, hasta que a los hombres se les ocurrió montar una fábrica especializada en producir capullos: la universidad.

De nuestros primeros padres aprendimos dos cosas seguras:

1- Los hombres somos curiosos por naturaleza.

2- Después del paraíso siempre viene el infierno.

Esta vida no es una oportunidad de ganarse el cielo. Es el infierno, sin más. Por eso la tierra está maldita y produce espinas y abrojos, por eso hay que ganarse el pan con el sudor de la frente, por eso las mujeres paren con dolor a sus hijos. Porque somos polvo y volveremos al polvo. Y hasta entonces, nos queda soportar nuestro castigo: el infierno.

Seguramente es fácil salir al mundo, respirar, mirar los árboles, hablar con una chica y echarte amigos, pero a mí siempre me ha dado miedo. Bastante tenía con evitar que me pusieran más motes. Por eso me dediqué a la sabiduría. Porque no me dejaban comer del árbol de la vida. Y la sabiduría me echó del paraíso y me arrojó al infierno.

Ya sé que no tengo una carrera, pero eso es lo de menos a la hora de ser sabio. Por las noches me conecto a Internet y aprendo cosas que la mayor parte de los profesores que dan clase a los capullos ignoran. Conozco con pelos y señales la historia del Real Madrid, las costumbres del ocelote y de la iguana, las batallas que se libraron en la Segunda Guerra Mundial, sé qué son los isótopos, la diferencia entre máser y láser, los cuasares, las novas y las supernovas, los leptones y los quarks.

Todo está en Internet. El mundo entero.

Estuve años ahorrando como un cabrón para comprarme el ordenador. Tuve que juntar las pelas a escondidas para que la vieja no me las confiscara y se gastara todo en un lavavajillas o una vitrocerámica como la de la vecina del 2ºB. Pero valió la pena. O a lo mejor no.

Es demasiado complicado como para juzgar. Como en la historia del caballo. Un hombre encuentra un caballo. ¡Qué suerte! El caballo le rompe el carro de una coz. ¡Qué mala suerte! El hijo aprende a montar y se gana la vida llevando mensajes de pueblo en pueblo. ¡Qué suerte tener un caballo! Un día se cae y se parte la pierna: la fractura es peligrosa y tal vez se quede cojo para siempre.

¡Qué mala suerte, tener un caballo! Llegan los soldados del rey para llevarse a los mozos a la guerra, pero a él tienen que dejarlo porque no puede andar. ¡Qué suerte tener un caballo! Y así seguía la historia un buen rato. Lo mismo ocurre con el ordenador y con la sabiduría: uno nunca sabe si son una suerte o una desgracia. Es demasiado complicado.

Fue por un chanchullo en la red como conseguí las entradas. Aquello sí que era el paraíso. Pero ya sabes lo que viene después del paraíso. Cuál es la consecuencia de la sabiduría. Siempre.

Seguramente si hubiera podido ser un capullo más, ir a la universidad a costa de mis papás ricos para hacer que aprendía mientras no me enteraba de nada, ahora no me pasaría las horas muertas enganchado a la red. Pero es mi única escalera hacia la ciencia. La puerta del verdadero mundo.

No se debe comer del árbol prohibido.

A la Peña le entregaron veinte entradas. Algunas de ellas se dieron a dedo. Unos decían que tenían derecho por ser los directivos, otros por ser los más antiguos. Hubo lío y los Amigos casi llegamos a las manos. Al final alcanzamos un acuerdo y la mayor parte se sortearon.

Allí estábamos el día del sorteo, con la baba por los suelos, don Emilio y yo, soñando con volar a Ámsterdam y ver a nuestro Madrid alzarse con la Séptima. Don Emilio rezaba con un rosario de plata, negrísimo, que le dejó su difunta madre, seguramente más limpio de lo que él lo conservaba. Yo cruzaba los dedos. Me había puesto un amuleto amazónico que compré en un puesto del Rastro porque daba suerte. Era un tío con un careto que daba susto mirarlo: parecía una cabeza reducida de los jíbaros. Le había puesto de nombre Galileo.

Cumpliré los ochenta y seguiré siendo imbécil. Como si la vida no se hubiera molestado en enseñarme que basta que desees algo con fuerza para que no se cumpla. Don Emilio siguió fiel a su rosario roñoso, pero el amuleto se fue al fondo de una alcantarilla diez minutos después, para que siguiese dando suerte a las ratas.

Hablando en plata, que aquella panda de mamones había amañado el sorteo y no nos tocó nada. Los amiguetes y los familiares del presidente fueron los agraciados. ¡Qué casualidad! Se montó la de Dios es Cristo, pero no hubo modo de cambiar las cosas.

Llegamos al portal y subimos las escaleras sin decir ni pío, como si se nos hubieran vuelto los pies de plomo. No podíamos creerlo. Yo me pasé tres días sin salir a la calle más que a trabajar de peón en la obra en la que acababan de contratarme. Negocio redondo, al menos para ellos. Diez horas currando como un esclavo para que

me pagaran una miseria.

Llegaba del tajo derrengado y deprimido, me tumbaba en el sofá, ponía la tele y me dedicaba a idiotizarme un poco más.

Mi madre estaba más pesada que nunca, dale que te pego, que si a ti te pasa algo, que si esto me da mala espina, que si tú algo estás tramando, que si estás muy raro...

Yo la amenazaba día sí y día también con dejarla en un asilo.

—Anda, desgraciado, que si pudieras vivir sin la pensión de tu padre no me habrías llevado ya a uno... Y a los perros me hubieras echado, si por ti fuera. ¿Te crees que porque esté en esta silla todo el día no me doy cuenta de las cosas? Cría cuervos, que te sacarán las tripas.

Mi madre salía siempre con la misma, aunque no se supiera bien los refranes. Estaba convencida de que nos manteníamos con su mierda de pensión, pero si no fuera por los trabajos basura que me salían de cuando en cuando hubiéramos acabado comiendo mondas de patata y cáscaras de naranja sacadas de un contenedor.

Los que tuvieron más suerte que nosotros empezaron a montarse el viaje a todo lujo. Pidieron permiso en el trabajo, buscaron un hotel y un vuelo chárter y, como salía muy caro, al final decidieron alquilar un autocar con otra Peña de Carabanchel. Estábamos todos acechando como buitres a que alguno tuviera una desgracia familiar o le diera un infarto y renunciara. Nos salían ya plumillas por el cuello. Pero aquellas entradas eran demasiado suculentas y nadie estaba dispuesto a perderse el partido.

Llegaba el gran día y yo iba a ser uno de los millones de gilipollas de los que se iban a reír los 50.000 mamones, mamón más, mamón menos, que se preparaban para vivir aquella experiencia histórica en sus propias carnes, que iban a vibrar cada vez que las gradas se estremecieran con un gol, que se desgañitarían apoyando a su equipo.

Pero ocurrió el milagro. La tarde del 19 de mayo, aburrido de la vida y escondido detrás del ordenador para no tener que soportar a mi madre, que siempre estaba dando la brasa con la factura del teléfono, a pesar de mis apaños de la azotea, fui navegando casi al azar, como perdido, de sitio en sitio. Al principio fue una pista tonta que saqué de un chat. No podía creerlo. Mandé un *e-mail* a la dirección de la que hablaban. En unos minutos recibí respuesta: un tío que tenía dos entradas pero no medio de transporte y, a última hora, por un problema personal, no podía ir.

No entiendo qué problema podría ser tan grave como para perdérselo, puesto que, aparentemente, el tío estaba vivo y le funcionaban las piernas, como podía deducirse del hecho de que aceptara quedar en el centro para la transacción, con la única

condición de que fuera inmediata.

Pero eso no era asunto mío. Lo mejor es que las ofrecía a un precio de risa porque sabía que en unas horas esas entradas no valdrían ni para venderlas al peso. Los vuelos estaban ya abarrotados, no quedaban billetes de autobús, ni de tren, ni hoteles... Diez mil pelas cada una. Diez mil pelas por tocar el paraíso con las manos. Estaba tirado.

Hubiera dado mis calzoncillos por esas entradas. No los que llevo puestos: todos mis calzoncillos y el resto de mis ropas. Hubiera ido en bolas en pleno invierno si hubiera sido necesario. Y las tenía al alcance de mi mano por dos mil duros la unidad.

Por fin tenía la ocasión de devolverle a don Emilio el favor que me había hecho. Menuda sorpresa iba a llevarse.

Al principio pensé que podía ser un timo, pero la apuesta valía la pena, aunque lo fuera. Como la de Pascal.

Eran las nueve. Quedé con el idiota que las vendía a las diez de la noche en la plaza de Cibeles, adonde me llevaba el 34. Diez minutos antes yo estaba allí como un clavo. Él tardó en llegar media hora. Ya creía que se había arrepentido, que le había dado un ataque de lucidez, o que había encontrado un comprador mejor. No podía dejar de morderme las uñas. Hasta me hice sangre. Pero vino. Y las entradas tenían toda la pinta de ser tan auténticas como las de la Peña, que me las sabía de memoria.

Para volver, iba con tanta emoción que pillé un taxi, aunque sabía que me iban a meter una clavada de órdago a la grande. Aún llevaba en el bolsillo las otras 30.000 que había sacado del cajero y, a partir de las doce, podía sacar otras 50. No iba a ponerme a escatimar, precisamente ahora.

A las once de la noche me planté en casa de don Emilio, quien, desde que yo recuerdo, se ha acostado siempre a las diez de la noche, incluso en Nochebuena y en Nochevieja, desde que murió su mujer, al año de haberse casado. No sé mucho más del asunto. A don Emilio no le gusta hablar de ello. A veces mira la foto de boda que tiene en el salón y se le humedecen los ojos. Uno siempre piensa que los viejos ya nacieron así, pero las fotografías nos hacen recapacitar y, lo que es peor, pensar en nuestro futuro.

Un día mi padre propuso invitarle para que no pasara solo esas fechas tan especiales y mi madre puso el grito en el cielo: menudo derroche, una boca más en la casa.

—Lo que nos faltaba para el duro: el bobo de don Emilio con el soso de tu padre. Menuda pareja. Además, con el saque que tiene el tío, se despacha él solito medio besugo.

El hombre agachó la cabeza e hizo mutis por el foro. Nunca volvió a insistir.

Mi padre siempre me ha recordado a uno que sale en un chiste. Un hombre le dice a otro: «Llevo seis meses sin hablar a mi mujer». El otro responde: «Joder, macho, ¡qué cabreos tan brutos te coges!». «¿Cabreo? ¡No! Nada de cabreo. Es por no interrumpirla.» Este hombre es mi padre, tal cual. Por eso su vida es un chiste, o una tragedia, según se mire.

En fin, que tuve que llamar al timbre por lo menos ochenta veces. No solo estaba dormido: además desde hacía un par de años empezaba a quedarse más sordo que una tapia. Incluso si te oía, a veces no abría porque le entraba miedo. Se creía que los ladrones iban a llamar a su puerta educadamente para darle el palo. Supongo que los ladrones de sus tiempos serían así de considerados. Ahora ya no se andan con tantas delicadezas. El mundo va a peor.

Cuando le expliqué lo de las entradas, en lugar de dar botes de alegría, me puso de vuelta y media.

—Eres tonto, Paco. ¿No te das cuenta de que tiene que ser un timo? Demasiado barato. ¡Dos entradas por 20.000 pesetas!

—Mire, don Emilio, yo me he estado estudiando las entradas como si fuera guardia civil. Se las puedo describir de memoria con los ojos cerrados. Sé cómo huelen y cómo suenan cuando las doblas. Si me la han pegado con ellas, no se preocupe, que también se la pegamos al que esté en la puerta. Además, usted no tiene que pagármelas. Es un regalo. Una prueba de amistad. Se lo debo, por todo lo que ha hecho por mí.

—Ya. Qué conmovedor. Ahora, ¿quieres explicarme cómo demonios vamos a estar mañana en Ámsterdam?

Esa era una buena pregunta. Su respuesta era la que aclaraba el precio irrisorio de las entradas.

Yo no tengo carnet y don Emilio ronda los setenta, gasta unas gafas de culo de vaso para lejos y otras de juguete para cerca. Tiene un Seat 127 azul marino de febrero de 1975, según pone en los papeles desordenados que lleva en la guantera. Lo sé porque una vez, una sola vez, le pude convencer para que me diera una vuelta, y me llevó a la Casa de Campo a ver putas. Solo a verlas. Él es un tipo ahorrador, celoso de su pensión. Por cierto, el coche no tiene pasada la ITV desde hace la tira de años. Un día probé a buscar algún trozo que no tuviera la chapa rayada o abollada y fracasé. Don Emilio goza de un consolidado prestigio en el barrio entero por sus habilidades aparcando. Contribuye con su granito de arena para que todos vean que, aunque las mujeres se lleven la fama, hay muchos hombres que cardan la lana.

Pero teníamos entradas para la final y no nos iba a parar ni Dios, ni las gafas, ni la puta ITV. Entradas para el Valhalla, donde nos aguardaban las huríes. Eso también lo aprendí en Internet, qué te

has creído.

Mientras le dejaba rendirse solo a la evidencia de que no podía decir que no a aquella propuesta, después de haber esperado esta final durante 32 años y sabiendo que tal vez a él no le quedaría otra, para qué nos vamos a engañar, me fui a solucionar el asunto que me faltaba.

Le bajé una copia de mis llaves a la vecina del bajo. Me froté los ojos en el descansillo de la escalera, para que pareciera que había estado llorando, y luego llamé con muchas prisas, como si me fuera la vida en ello.

—Doña Flora, por favor, ábrame. Por lo que más quiera.

—Ya va, ya va... ¿Qué quieres, Paco, con tantas prisas?

—Mi primo, mi primo Joaquín, el de Oviedo. Ha tenido un accidente.

—¿Tú tienes familia en Oviedo?

—Claro que sí. Joaquín, el hijo de tío Alberto, el carnicero paralitico. Está muy grave. Tengo que salir esta misma noche de viaje. De hoy no pasa. Con lo majo que era. Me gustaría verlo por última vez. Me va a llevar don Emilio. ¡Por favor!

—Ten cuidado, que ese no sabe conducir, a ver si os vais a matar por ahí. Y, ¿qué vas a hacer con tu madre? ¿No pensaréis llevarla también, con lo floja que está?

—Por eso venía, doña Flora.

—¿Por qué?

—Porque necesito que usted le eche un vistazo hasta que pueda volver. Si todo se da bien, mañana por la tarde estoy de vuelta. ¡Por favor! ¡Por lo que más quiera!

—No sé, Paco, es una responsabilidad muy grande. Y tú ya sabes el carácter que se gasta tu madre. Lo mismo no me deja ni entrar. Además, esa historia tuya me suena a cuento chino.

Insistí tanto que al final no pudo negarse: invoqué a sus padres, a sus hijos y hasta al Espíritu Santo. No le quedaba otro remedio. El poder de convicción de mi voz de falsete puede llegar a ser irresistible.

Quería que la bajara a su casa, pero yo le dije que estaba durmiendo y que el médico había dicho que no la despertáramos bajo ningún concepto. Que bastaba que subiera de cuando en cuando para echarle un vistazo y ayudarla en algunas cosillas. Tendría que limpiarla, eso sí, pero yo le pagaría lo que pudiera cuando volviera. La Flora es una buena mujer, a pesar de todo, y terminó aceptando a regañadientes.

—Pero mañana tienes que estar de vuelta, esté como esté tu primo.

Es facilísimo prometer lo que uno no piensa cumplir.

Al trabajo no me apetecía llamar, ni dejar un recado en el contestador de la empresa. Trabajos de peón los hay a cientos, en todas las obras. Que se jodieran. Yo no iba a perderme el partido de mi vida por una mierda de curro. Ya me inventaría una excusa, si me apetecía.

Aunque, bien pensado, por qué no darme un gustazo. Marqué el número y esperé a que sonara la voz del jefe, que podría engañar a cualquiera que no lo conociese, hasta hacerle pensar que trataba con una persona razonable y capaz de enhebrar seis palabras seguidas sin soltar un taco o un ladrido. Después del pitido de rigor, dejé mi recado: «Este es un mensaje para don Matías Retamosa, más conocido entre sus trabajadores como el Gordo Ladrón, o el Gordo Cabronazo, a elegir. Soy Paco Pérez Pérez, el esclavo al que exprimes como un limón desde hace dos meses. Mira, Gordo, en confianza, resulta que me acaban de ofrecer un curro de esos en los que te pagan como a una persona. Seguramente tú creías que no existen. Pues estás equivocado. De modo que mi puesto te lo puedes meter por donde te parezca. Recibe mis mejores deseos, es decir, que se te hunda la empresa para que no sigas abusando de los pobres obreros. Adiós, mamonazo, púdrete».

Desde luego, estas son las cosas de la vida que te animan a seguir respirando. Uno de la Peña siempre dice: "Si no fuera por estos ratos y otros que pasamos follando". Pero yo lo segundo lo he probado poco.

Eran las doce menos cuarto cuando abrimos las puertas del coche y supimos que al día siguiente empezaríamos a creer en Dios.

—Uno cero con gol de Raúl, se lo digo yo, don Emilio. Lo he soñado tres veces en tres noches seguidas: no puede fallar.

—Tú lo que estás es gilipollas, Paco, eso sí que te lo digo yo. Cada vez que te oigo hablar me creo la milonga esa de que el hombre viene del mono. ¿No te das cuenta de que vamos a terminar estrellados en cualquier curva, o debajo de un camión? Yo ya no estoy para estos trotes.

—Pues sí que está usted hoy trágico, don Emilio, para ser la víspera del mejor día de su vida. Hasta Ámsterdam no creo que haya más de 1.500 kilómetros. Usted es un fiera. Para usted está tirado.

—Y tú eres tonto del culo. No sé cómo me he dejado engañar, a mi edad. Si ni siquiera sabemos ir...

—Aquí hay un mapa de carreteras. No se haga mala sangre.

—Sí, un mapa de carreteras de hace 20 años lo menos.

—Pues compramos uno en la próxima gasolinera y arreglado. Hala, tire millas, que hay prisa.

Yo pensé que, como era todo autopista, aunque en aquel dichoso

mapa todas parecían comarcales, en quince horas estábamos allí, es decir, a las tres de la tarde.

De eso nada. Aquella cafetera rulaba más lento que una tartana. Por la M-40 nos iban adelantando hasta los camiones. Pasar a un ciclista era una aventura.

Para colmo de males, a las ocho de la mañana don Emilio dio un volantazo porque se estaba quedando dormido y casi nos hostiamos contra un panel de señalización de la autopista. Seguro que si nos lo cargamos nos lo hacen pagar, los putos gabachos. ¡Con lo que son!

Tuve que dejarle que se echara un cabezadita. Una hora y gracias. Para ir a aquella tralla, nos hubiéramos ahorrado los peajes de las autopistas, que ya me tenían la tarjeta frita.

A las cuatro y media de la tarde no habíamos comido nada, el viejo se moría de cansancio y de hambre y nos quedaban todavía casi 400 kilómetros de tortura e incertidumbre.

Yo no había dormido en toda la noche, pero la emoción de la final me quitaba el sueño, la sed y hasta el hambre.

Por lo menos al pasar los Pirineos había dejado de hacer calor, porque aquel coche era una chicharrera. Lo que nos faltaba para el duro era llegar cuando el partido hubiera terminado y comernos las entradas con patatas.

Como don Emilio no podía correr y estaba medio muerto, tuve que hacerme con el mando de la situación. A grandes males, grandes remedios. Mi padre, de pequeño, me había enseñado a conducir su coche en el descampado de la Galleta, al lado de la gasolinera de mi barrio. Por autopista no podía ser tan difícil. Cogí los mandos, metí cuarta, que es la marcha más larga que tienen esos trastos, y le pisé el acelerador hasta que casi se me salía la zapatilla por el suelo. Hacía un ruido de mil demonios. Por primera vez en los anales de la historia contemporánea aquella cafetera marcaba más de cien.

No sé cómo lo hice. Ya he dicho que a veces el demonio se pone de tu parte. El caso es que a las 8:29 pillamos un atasco del copón cuando ya casi estábamos en el estadio. Durante toda la primera parte del viaje me había estado empollando el mapa de Ámsterdam, según el plano que compramos en una estación de servicio, porque estaba claro que el de don Emilio ya no daba más de sí. Hubiera estado bien para un museo, pero no para un viaje apresurado, como el nuestro.

Me sabía de memoria dónde estaba el Arena Boulevard.

Sin cortarme un pelo, dejé el coche tirado en mitad de una calle de sentido único y un solo carril, sin aparcarlo ni nada. Don Emilio llevaba horas durmiendo como un bendito. Me lo eché al hombro cuando empezaban a pitar los primeros impacientes y aún tardó un

rato en despertarse. De repente se vio, entre la multitud, colgando como un jamón serrano, y se llevó un buen susto.

Ahora llegaba el verdadero momento de comprobar si había valido la pena o si yo no era más que un pobre imbécil al que habían timado.

Entramos. El de la puerta sacó un lector que echaba una especie de rayos rojos y nos dejó pasar. Nos cachearon de arriba abajo los de seguridad. No sé qué esperaban encontrarnos.

Mi autoestima subió muchos enteros. Ya habíamos ganado media Copa. Estábamos dentro para dar suerte y ánimos.

Pasaban ocho minutos cuando pudimos sentarnos. Justo cuando Peruzzi paraba un balón fácil de Mijatovic.

Illgner, Roberto Carlos, Hierro, Sanchís, Panucci, Redondo, Karembeu, Seedorf, Raúl, Mijatovic, Morientes. Aunque pasen mil años no se me olvidará esta alineación. Los jodidos italianos empezaron fuerte. El mamón de Zidane tenía ganas de amargarnos la fiesta. Pero el otro gabacho, Deschamps, no estaba por la labor. Ni se enteró de que estaba jugando el partido más importante de su vida. Davids parecía una locomotora, pero luego no daba ni una a derechas. Le tenían que haber echado por guarro, pero el árbitro iba de diplomático y se comió tres entradas dobladas. La última, a Seedorf, al final de la primera parte, era de roja directa

En el descanso todo eran buenas vibraciones. Al Madrid se le veía colocado, nosotros animábamos más que los italianos y don Emilio conseguía por fin respirar sin ahogarse ni ponerse morado.

Al principio me preguntó un par de veces por su coche, pero yo salí por peteneras y, al final, con la emoción del partido, acabó por olvidarse de la joya de la corona.

Teníamos que ganar. Faltaba el gol que pusiera la historia en su sitio. Es nuestra Copa: la inventó don Santiago.

Como no llevábamos florines no pudimos ni comprarnos un bocata. Pero unos españoles que teníamos al lado se dieron cuenta de nuestro apuro y nos dieron la mitad de su cena: pan, pimientos, tortilla de patata y un Valdepeñas. Mejor que en casa, vamos. Aquello sí que era una fiesta. Tenía que llegar el momento apoteósico.

Y llegó.

Era el minuto 21. Como para olvidarlo.

Ascendimos a los cielos.

Panucci saca de banda a Seedorf, que le devuelve. El italiano, desde el córner, mete un centro a Raúl, que despeja Tacchinardi. El balón sale del área, pero allí llega Roberto Carlos como una exhalación y chuta un misil. Intenta despejar Iuliano, Mijatovic coge el balón rebotado con su pierna de seda, dribla en una baldosa

a Peruzzi y, cuando no le queda ángulo y Montero tapa la portería, mete un balón imposible que se cuela en las mallas.

¡Gooool! Todo el estadio se caía, como si de una voz se pudiera montar un terremoto. Gritamos, saltamos, nos abrazamos sin mirar a quién teníamos al lado. Fue la histeria total. Todos estaban en pie, con las venas del cuello a punto de estallar, los brazos tensados como arcos y las caras rojas y sudorosas.

Yo me quedé afónico de chillar y a don Emilio casi le da un ataque. A mí me vibraba el corazón más que el 127 cuando le metía la zapatilla a fondo en el acelerador.

A partir de ahí, a sufrir. Los italianos apretaban: serán todo lo guarros que tú quieras, pero siempre le echan un par. Sabían lo que les esperaba, pero querían perder con dignidad.

Inzaghi y Davids estuvieron a punto de marcar, pero uno falló, y al otro le robó la cartera Illgner. Y para los demás, allí estaban Manolo Sanchís y Fernando Hierro, comiéndose el mundo. Con un par. Así, así, así gana el Madrid.

Cuando el árbitro pitó el final, aquello fue el delirio.

La Séptima.

La Séptima. En color.

Fue tanta la alegría que una chica que estaba al lado me estampó un beso en los morros. Un beso apretado, no solo un piquito. La tía estaba pedo y le olía la boca a alcohol que tiraba para atrás, es verdad, y no era muy guapa, pero me lo dio porque quiso, no tuve que pagar, ni que suplicar. Ni siquiera tuve que pedirlo. Me quedé embobado.

La gente estaba muy revuelta, moviéndose de un lado para otro. Luego intenté encontrarla entre la masa que saltaba y gritaba, pero no pude. No sé ni cómo se llamaba, y ya no lo sabré nunca. A veces intento pensar en ella y me doy cuenta de que se me han borrado los rasgos de su cara. A veces pienso que aquello no pasó, que era imposible, que simplemente lo imaginé.

Fue un regalo de los dioses. Una ninfa, tal vez, o un hada madrina.

Estuvo bien, pero no fue como la Copa.

Yo no sé cómo será besar a una chica cuando estás enamorado, pero no te puede poner tan cardíaco como nos puso a todos aquel gol, aquella Copa de Europa, por muy bien que lo haga.

Dicen los periódicos que había 15.000 seguidores del Real Madrid en el Amsterdam Arena, pero no es verdad. Éramos 15.002, y los dos últimos, casi ya sin voz en la garganta, éramos los que más chillaban.

Era digno de verse. Todos los jugadores tirándose al césped como si fuera una piscina, Raúl marcándose pases toreros con una

bandera de España, Sanchís besando la Copa como si fuera su novia, la plantilla entera manteando al entrenador. Y en las gradas, el delirio. A veces me cuesta recordar lo que pasó de verdad y lo que he soñado después.

Luego nos fuimos por las calles, a beber y a bailar. Pasabas al lado de cualquier español y te sacaba una bota de vino como un castillo. Si no bebías, se ofendían. Fue la hostia en verso. Te abrazabas al primero que pasaba y te liabas a cantar con él, como si fuerais amigos de toda la vida.

Lo que pude llegar a beber.

El vino me sabía caliente en la boca. Como el beso húmedo de aquella chica, cuyo nombre no sé, y que me hizo, sin saberlo, uno de los mejores regalos de mi vida. La busqué sin descanso durante toda la noche.

Lo único que siento es que me cogió tan de sorpresa que no pude ni saborearlo a gusto.

Todo daba vueltas, pero, por fin, todo estaba puesto en su lugar.

El Madrid, como decía el abuelo del anuncio en plan coña marinera, otra vez Campeón de Europa.

V Una idea genial

Cuando me desperté, tirado en mitad de un parque, me dolía la cabeza como si me hubieran metido la Copa dentro y no recordaba nada de lo que había pasado en las últimas horas. Me costó un rato acordarme de dónde estaba y por qué. Tenía una desagradable sensación de sequedad en la garganta y un agujero en el estómago.

Me asusté cuando miré a mi alrededor y no encontré a don Emilio. Ámsterdam es una ciudad suficientemente grande como para poder pasarse media vida buscándolo por ahí sin cruzarse con él. Además, me constaba que él no llevaba encima ni un duro, ni un florín, y ninguno de los dos era capaz de entenderse en esa lengua espantosa de los holandeses.

Al menos yo había sacado unos billetes de un cajero, cuando aún era capaz de recordar la clave.

Gracias a Dios, no tardé mucho en dar con él. A veinte metros, tirado sobre un banco, boca arriba y roncando, estaba el pobre viejo, con barba de dos días y unas pintas de vagabundo que ya no se las quitaba nadie por más que lo ducharan con papel de lija y lo afeitaran.

Como nos viera la pasma, íbamos a la comisaría de cabeza. Allá por el norte los españoles no somos muy populares, a no ser que llevemos chófer, un reloj de oro y un traje de Armani.

No había modo de que se despertara. Empezaba a temerme que hubiera entrado en coma etílico. Lo único que me tranquilizaba un poco eran sus ronquidos. En ninguna película se ha visto que un tío en coma ronque como un cerdo.

Lo tuve que llevar a rastras a una fuente y meterle la cabeza dentro para que se despabilara. El hombre solo gritaba entre dientes «Campeones, campeones» y, como le quedan pocos, el sonido se le iba por los lados como si estuviera silbando.

Cuando se le pasó un poco la melopea, fuimos a tomarnos un café con churros, pero puesto que no encontramos nada decente que se le pareciera, terminamos metiéndonos para el cuerpo un brebaje asqueroso y un bollo de esos canijos que hacen para los señoritos que nunca tienen hambre. Bollos canijos, que cuestan un huevo y no te llenan la tripa. Estos extranjeros, no saben de la vida.

Don Emilio entró lo menos tres veces al baño a arrojar nuestro poco dinero al retrete. O sea, a vomitar. No sé de dónde se sacaba tanta bilis.

Cuando se le pasó el follón, fuimos a buscar el 127, pero, claro, como era de esperar, no estaba. Le tuve que contar a don Emilio cómo lo había aparcado, y empezó a echarme la charla, que si era culpa mía por esto y por aquello, que a quién se le ocurre dejar el coche en mitad de la calle en una ciudad tan ordenada, con tantas bicicletas y tantos canales... Frito me tenía. ¡Qué desagradecido! Si no llega a ser por mis reflejos para salir de aquel atasco, se pierde la primera parte entera.

Fuimos a unos guardias para saber si se lo había llevado la grúa o lo habían robado, pero los polis chapurreaban una lengua que no había Dios que la comprendiera. No había modo de entenderse con ellos. No se parecía nada a lo que habla la gente civilizada. Intentaron explicarse en inglés, pero yo solo lo entiendo por escrito, y lo que sale en Internet: *web*, *site*, *link*, *chat*, *winzip*, *download, password*...

Al final me lo escribió un policía hijo de portuguesa que, entre el inglés, las palabras terminadas en *ao* y los dibujos, pudo explicarnos que el coche se lo había llevado la grúa. Eso ya nos lo imaginábamos, la verdad, pero además nos puso el nombre de la calle donde teníamos que recogerlo, nos dibujó cómo se llegaba y nos anotó el importe de la multa: costaba una pasta recuperarlo.

Le dije a don Emilio que a lo mejor valía la pena quedarse sin él: que por ese dinero le compraba en Madrid otro parecido. En los desguaces les deben de sobrar. No creo que a nadie le apetezca conducir un trasto así, por mala que sea su reputación en su vecindario. Pero él dijo que quería a aquel coche como si fuera un hijo y casi se me pone a llorar. ¡Qué iba a hacer!

Al principio queríamos ir andando, para ahorrar, pero luego nos dimos cuenta de que el dibujo era para ir en coche, porque había que cruzarse media ciudad. Total, que al final cogimos un taxi. Nueva clavada. A este paso íbamos a terminar crucificados.

Nos fundimos todo lo que nos quedaba en rescatar el 127 y encima nos lo devolvieron con un piloto roto y un bollo nuevo en una aleta. Queríamos reclamar pero como no entendíamos ni papa, nos dimos la vuelta bastante cabreados y los mandamos a tomar por culo. Que se metieran su birria de país por donde les cupiera, que nosotros, salvo que hubiera otra final, no teníamos la menor intención de volver. Parecía mentira que aquellos sujetos hubieran sido colonia nuestra en el pasado. Qué poca civilización les quedaba de entonces, a pesar de los esfuerzos del Duque de Alba. Nos fuimos con el coche hecho cisco, pero con una satisfacción de lo más quijotesca.

Es lo que hay: en esos países democráticos de toda la vida no son muy comprensivos. Tú dejas el coche mal aparcado y ellos te

arrancan el alma y las tripas. Eso sí, con una sonrisa muy educada. A nosotros solo nos quedaba dejar bien clara la superioridad de la raza hispánica con un desplante.

La vuelta fue mucho más relajada, dónde va a parar. Ya no había prisa. A don Emilio le venía de repente la tos y a veces le daba algo de fiebre, por la emoción, por la resaca o por el cansancio, que de todo llevaba, el pobre.

—A ver si la va usted a palmar ahora, después de recoger la Séptima. No nos vaya a joder la fiesta.

Por eso conducía yo todo el rato. Ya me había acostumbrado. Aquel cacharro no tenía secretos para mí.

No pasaba de 100 porque no quería que me cogieran sin carnet, y también porque maldita las ganas que tenía de volver: del curro mejor olvidarme, ahí no volvían a cogerme en la vida, y a mi madre, o la había cuidado la vecina, o la habían llevado a los servicios sociales. Ya era jueves por la tarde y la dejé sola el martes, sin avisarla. Menudo número me arma si la aviso. Pero, no te creas, no estaba preocupado por eso: ella no se muere así, sin más ni más, sin amargarle lo que le quede de vida a los pobrecitos que la rodeen. Es una superviviente.

Así que hicimos unos cuantos kilómetros y, poco después de entrar en Francia, paramos en un área de servicio y echamos una cabezadita de las que hacen época: doce horas seguidas. Cuando amaneció, el sol venga a joder y nosotros venga a dormir como locos. Aunque hubiéramos estado en Sevilla y en la mitad de agosto, nos sentíamos tan hechos polvo que nos hubiésemos dormido de pie.

Repusimos fuerzas, compramos unos bocadillos que parecían de plástico sobado, pero se vendían a precio de jamón ibérico, repostamos y continuamos el camino. Don Emilio seguía roncando a pierna suelta. Y eso que dicen que los viejos no duermen mucho. Pues este estaba durmiendo por todo lo que le quedaba de vida, y ahorrando para la siguiente.

En las Landas, aparte de muchos árboles, vimos una señal de camping y nos desviamos. Nos costó encontrarlo, porque lo que allí llaman camping es un campo grande con unos hierbajos salvajes que te llegan hasta la tripa. Menos mal que no llevábamos tienda, porque si no hubiéramos necesitado un machete y una brújula para abrirnos camino en la espesura y montarla.

Lo del camping era el truco del almendruco: el dueño tenía una birria de hostal con unas habitaciones de tiempos del conde Drácula, sin baño incorporado, con más mierda acumulada que los quemadores de gas de don Emilio. Al que iba buscando sitio para acampar se las ofrecía por un módico precio (todo lo módico que

puede ser un precio en tierra de los gabachos) y siempre terminaban tragando, qué remedio, cualquier cosa con tal de no explorar aquella selva virgen.

Pero nosotros somos tipos todo terreno y no llevábamos tienda ni pelas para derrocharlas en lujos asiáticos, así que nos atrevimos a meter al campeón del 127 entre los hierbajos y nos echamos un sueñecito. Eso sí, aprovechamos los servicios del hostal para darnos una ducha, que falta nos hacía: empezábamos a oler a tigre de una manera preocupante y, por muy libre que fuera el tránsito de fronteras en la UE, aquel pestazo no podía pasar desapercibido a quienes las guardaran.

Lo difícil fue pagar, porque no aceptaban tarjeta, o se les había roto el manubrio, o no sé que hostias, que yo no entiendo el gabacho. El caso es que tuve que dejar a don Emilio de rehén y tirar millas hasta un cajero automático. Como la cartilla ya no daba más de sí, metí la de crédito y le saqué al banco un dinerillo que lo mismo no podría devolverle nunca. Pero, en fin, yo siempre he confiado en la buena voluntad de los bancos y, ¡qué leche!, la Séptima es la Séptima.

Después de rescatar a don Emilio, que por cierto, se había quedado más dormido que un tronco, tirado en el sofá de la recepción, roncando como un cerdo y resoplando, para darle buena propaganda a nuestro país, reanudamos la marcha.

Menuda joya se habían quedado en prenda. Una joya en bruto.

Don Emilio ya se iba reponiendo de la paliza del viaje, pero todavía miraba con los ojos saltones, como si se hubiera quedado tonto, y chillaba cuando menos te lo esperabas, «Alé Real Madrid, alé, alé», «Así, así, así gana el Madrid», «Puta Barça» y lo primero que se le pasaba por la chola. Lo más curioso es que él siempre me echaba la charla a mí por decir tacos o meterme con los de los otros equipos, pero hay que tener en cuenta que veníamos de una auténtica cita con la Historia, y es normal que eso le cambie el carácter a cualquiera.

Lo que yo me temía era que, de la emoción y el esfuerzo, se hubiera quedado subnormal, porque con cuidar a mi madre ya tenía bastante.

Cruzamos por fin la frontera y volvimos a oír hablar en cristiano. Como íbamos ya en las últimas y nuestras economías no daban para más, le dejé conducir el cacharro cuando me lo pidió. Así, al ir más despacio, gastábamos menos. Además, fuimos por carreteras normales para no pagar el peaje y para que don Emilio recordara los paisajes de su infancia, según decía él. Su infancia debió de estar plagada de curvas infames y baches incómodos.

El coche se lo tuve que quitar al rato, porque de repente se

ponía a gritar «Hala Madrid», y daba un volantazo. Pues menudos sustos me metía el abuelo...

Todo iba bien, sin mayores novedades, pero ya nos acercábamos a Madrid. El sueño quedaba atrás. Adiós a Ámsterdam y a la Séptima. Hola a mi madre y a buscar otro puto trabajo. Las cosas no podían terminar así. La vida no te puede dar solomillo para luego echarte un mendrugo de pan duro. Algo había que hacer para terminar bien lo que había empezado mejor. Algo digno de la Séptima.

Entonces se me ocurrió la idea genial.

El viejo ya empezaba a coordinar y hasta se podía conversar con él y pedirle opinión. Menos mal que no se había quedado idiota. Si no, seguro que me echan la culpa a mí.

—Don Emilio, así, en confianza, ¿cuánto hace que no echa usted un buen polvo?

—Joder, Paco, qué bruto eres, me cago en la mar. Así no se le habla a un abuelo de mi edad. ¿Qué quieres, dejarme por los suelos la moral cuando haga las cuentas?

—Tranquilo, hombre, que yo sé lo que me digo. Hoy le va a dar usted una alegría al cuerpo. Yo pago. Usted me llevó una vez a ver putas a la Casa de Campo. Le debo una.

Fue una corazonada. Me salió de muy dentro. A don Emilio le quedaban dos telediarios, pero había conseguido ver al Madrid alzar la Séptima, cosa que no le había ocurrido con las otras seis, porque a finales de los 50 estaba de emigrante en Alemania o en Suiza, ahorrando para poder casarse, y no podía gastar dinero en el fútbol ni en vicios. Ahora tenía la oportunidad de morir como un hombre. Su último casquete antes de la jubilación definitiva. Las mujeres y el fútbol son lo único de verdad importante en la vida.

Yo conocía un puticlub de esos pueblos de la sierra, por donde la N-I, pasado Buitrago de Lozoya, donde te atendían muy bien si llevabas guita. Eran tías con clase, nada de yonquis ni niñatas de 17 años. Mujeres hechas y derechas que saben del oficio.

Él se lo merecía todo. No sé en qué estaban pensando los idiotas del Banco cuando me dieron una Visa con 200.000 pelas de crédito. Una imprudencia así es como para perder toda la confianza en ellos.

Allí sí que aceptaban tarjetas.

Me costó un poco convencer al viejo. Se ve que hacía tiempo que no visitaba un sitio así, y le daba algo de vergüenza, o de miedo al temido gatillazo. Pero terminó tragando. Hay un gusanillo que nunca se le acaba a un hombre, y la emoción lo traía caliente.

Entramos en el local a todo trapo, como los señores, sin mirar ni los precios. Nos pedimos un Chivas cada uno. Así, como lo cuento, con la cabeza bien alta. Con dos cojones. No le permití beber más,

no fuera que luego no dejara el pabellón bien alto y se me acomplejara.

Después cogimos a las dos guarras más guarras para darnos el homenaje del siglo. Cuando lo vio el camarero, se vino para nosotros muy chulo. Era un tipo duro, con el tabique nasal desviado, manos del tamaño de las de un labrador, pero con los nudillos llenos de cicatrices y unos dedos que parecían morcillas de Burgos. No era muy alto, pero los hombros no le cabían por cualquier puerta.

Desde luego, a pesar de la ducha de las Landas, no llevábamos la mejor pinta para que nos atendieran como a clientes de lujo.

—Eh, listos, si quieres que te cante, la pasta por delante.

—¿Qué dices?

—Que si os vais a ir con estas señoritas, primero tenéis que apoquinar. Y los güisquis también. Que aquí no se fía. ¿Entiendes, tío?

—Pues claro. Aquí tienes.

Saqué la Visa, más chulo que un ocho. El tío la pasó por la máquina con desconfianza, esperó la confirmación y me la devolvió con una sonrisa y un guiño de ojo. No me pidió el carnet. Supongo que, en su negocio, eso son solo minucias.

—Todo arreglado. Ahora ya pueden ir los señores donde gusten. Arriba tenemos unas habitaciones. Ya se las he cargado en la tarjeta. Que lo disfruten. Tienen hasta el amanecer.

A don Emilio le tocó la Jamaicana, una mulata de casi cuarenta años, muy tetona, que en sus tiempos había sido una tía con auténtica clase. En realidad era de Cuba, pero ya se había quedado con el mote, que dicen que le venía de un ron que pedía siempre. Cuentan que, en su tierra, cuando fueron a enterrar al tío que la chuleaba, al que habían matado de una mala puñalada por culpa de la hembra, llevaba tanto escote en el vestido que al muerto se le empezó a enderezar el asunto. Sería leyenda, pero aseguran que se sacó una pasta con la fama del suceso, porque todos querían probar los efectos de la Jamaicana en los vivos, después de haber dado por cierto su éxito con los difuntos. Con el dinero se vino para España dándose aires de gran señora. Se creía que aquí iba a ser la reina, que iba a poner un puti-club propio, o algo así, pero cayó en manos de unos tipos más difíciles de apuñalar, que la volvieron a chulear y la pusieron en su sitio. Otra vez vuelta a empezar. Por lo menos estaba siempre contenta y no te venía con malos rollos. No se le caía nunca la sonrisa de la boca.

A mí me tocó la Patalallana, la Pata, para abreviar, otra de las pocas que parecían disfrutar con su trabajo. No sé de dónde le venía el mote, pero puedo jurar que no tenía más patas que las que se le

suponen a una mujer y, aunque ya no podía lucir un cuerpo de quinceañera, en la cama era una máquina y sabía latín. La Pata no se mordía las uñas: las llevaba larguísimas y pintadas de rojo bombero. Arañaba como una gata.

En fin, que don Emilio hizo lo que pudo, que ya quisiera yo cuando llegue a su edad, si es que llego, y luego se quedó sopa. En cuanto a mí, fue una noche gloriosa: menos besarme en los labios, le dio tiempo a hacerme de todo. Uno no debe ponerse a fardar por las cosas que consigue pagando, pero es que aquello fue mucho.

Fue el paraíso. Fue como comer del árbol prohibido.

Salimos con una sonrisa de oreja a oreja cuando todavía no había empezado a amanecer. Don Emilio iba haciendo eses y yo no podía ni con mi alma, pero si queríamos quedarnos en la habitación a dormir de día teníamos que pagarla por horas y ya se había acabado lo que se daba, que también la caridad de los bancos tiene sus límites.

Fuimos hacia el coche y entonces se nos acercó aquella furgoneta blanca. Nada especial. Llevaba un letrero que decía: «Mudanzas La Valenciana» y era bastante nueva. Solo tenía de raro al conductor, un tío más pelado que una bola de billar, con muy malas pintas, la nariz torcida y una cicatriz en la cara, que pegó un frenazo a nuestro lado.

Yo llevaba puesta mi camiseta del Real Madrid. La blanca de cuando Capello ganó la Liga, una Kelme con pisadas moradas de puma en las mangas. El abuelo llevaba la bufanda y salía cantando «Oé, oé, oé», porque todavía no había terminado de creerse ninguna de las hazañas que había contemplado o protagonizado en las últimas horas.

De repente empezaron a bajarse de la furgoneta tíos más anchos que armarios, vestidos de azul, con tirantes, botas de militar y el pelo rapado al cero. Eran diez o doce. Algunos agarraban bates de béisbol, otros cadenas. Miraban con una cara de mala hostia que daba miedo. Si los viera por la calle, no los reconocería. Eran todos demasiado parecidos entre sí. Llevaban banderas españolas con el escudo antiguo en las sudaderas, bufandas del Atlético de Madrid y cruces gamadas. Se nos acercaron y rodearon el coche. A don Emilio le dio tiempo a subir y cerrar la puerta, pero a mí me cogió uno por el brazo y me hizo darme la vuelta de un tirón.

—¿Qué pasa? ¿Celebrando la Séptima, no? ¿O estáis celebrando lo de nuestro coleguita de la Cibeles?

Yo no tenía ganas de movida y no sabía de qué me estaba hablando, así que me quedé callado para no provocarle. Además, aparte de la historia del Calderón, yo nunca he tenido nada contra los indios, ni ellos se han metido conmigo. Si hubieran sido culés,

pues todavía... Pero ni así... A mí me gusta mucho chillar, pero de ahí a pasar a las manos... Eso solo para defender a los amigos.

Me giré para buscar ayuda, pero allí no había ni un alma y me daba en la nariz que el matón del puti-club ni iba a oír nada, ni se iba a meter en asuntos que no fueran de su incumbencia.

Sacudí el brazo para que me soltara e intenté meterme en el coche. Entonces se me echaron encima.

Ya no me acuerdo de más.

Me desperté en un hospital. Me habían partido la mandíbula, me habían dejado una rodilla con no sé cuántas fracturas y la rótula mirando para Rute, cinco costillas jodidas, entre las rotas y las astilladas, tenía traumatismo cráneo-encefálico y cuarenta cosas más. Me habían tenido que operar por algo del bazo o del páncreas y por un coágulo de sangre en la cabeza. No me enteré bien. También me habían dado una puñalada que me había desinflado un pulmón. Además, de propina, cogí un virus en el hospital. Seguramente uno de esos que cogen los pobres en los quirófanos, porque no sé de ningún político ni de ningún futbolista que la haya palmado por eso.

Estuve en coma un mes, o algo así, y luego sedado y a base de calmantes.

Un día a los médicos se les ocurrió probar si ya podía pasarme sin el respirador. Me lo retiraron, pero se les olvidó vigilarme y casi me asfixio. Se dio cuenta un celador que pasaba por allí por casualidad, cuando ya me había puesto morado del todo.

En fin, cosas de pobres, ya lo he dicho. El que cae en el Clínico de Madrid ya sabe a lo que se expone. Por eso las personas responsables pagan una sociedad privada o bien tienen la precaución de enfermar o accidentarse cerca de la Paz o del Ramón y Cajal.

Yo mismo me he comprado una chapa como la que llevan las personas que tienen alergia y he mandado grabar lo siguiente: «En caso de accidente, sean cívicos, no dejen que me lleven al Clínico. Yo lo haría por ustedes». Es inútil. La gente primero llama al hospital y luego lee la chapa, si tiene tiempo.

A don Emilio los nazis no le habían zurrado porque les había dado pena. A lo mejor ellos también tienen corazón. Lo sacaron del coche en vilo, le quitaron la bufanda, lo tiraron al suelo como si fuera un clines usado y prendieron fuego al pobre 127, que no se había metido con nadie. Primero estuvieron discutiendo si me metían a mí dentro antes de darle yesca, pero luego me indultaron. Ya digo que eran unos tipos considerados.

Ni siquiera se tomaron la molestia de rematarme. Les parecía inconcebible la posibilidad de que un tarugo como yo pudiera

vengarse un día. Eso ofende.

Los tíos iban a cara descubierta, pero don Emilio jura por sus muertos que no recuerda a ninguno, que cerró los ojos y se puso a llorar apenas verlos, que por eso no le zurraron. No seré yo quien se lo eche en cara. Yo tampoco me acuerdo de ellos, ni de la paliza. Además, cada cual tiene que cargar con sus propios problemas. Él consiguió que no le zurraran y yo, la verdad, me alegro. Además, a su edad, lo hubieran matado.

Cada palo que aguante su vela.

Ninguno de los dos hubiera ganado nada aunque los hubieran cogido. Es como matar una mosca. Enseguida llegan cuarenta a relevarla. El mundo está lleno de cabrones. Docena más, docena menos, no se iba a notar.

Yo pensé que el dato de la furgoneta sería suficiente, pero, por lo visto, la habían robado unas horas antes y la denuncia figuraba en comisaría. Así que supongo que mis amigos seguirán dedicándose a partir huesos y hacer afición por el fútbol con sus bates de béisbol.

Luego nos enteramos de que unos de Ultrasur, el día de la fiesta de Cibeles, habían zurrado a un indio a conciencia. Casi la palma. Los de la furgoneta venían buscando de quién vengarse y le tocó al más pringado. Como siempre.

La Séptima fue el paraíso y la Pata la guinda.

Pero los hombres siempre acaban eligiendo la sabiduría, en lugar de conformarse con lo malo conocido. Tenemos que experimentar. Si dejamos el culo quieto, es como si nos empezara a picar.

Si llevara la vida normal de un capullo, si no me hubiera metido a Internet, si no hubiera comprado aquellas entradas, si no me las hubiera arreglado para ir a la final, nada hubiera pasado. Pero cuando uno prueba el fruto del árbol de la vida, le entra tanta alegría que ya no se pone a distinguir si come de un árbol prohibido o no.

Mi casa no es el paraíso, desde luego, pero si me hubiera quedado allí tranquilo, en lugar de irme a conocer mundo, no me hubiera pasado nada. Dios hubiera preferido que me hubiera quedado allí, supongo, pero los problemas de Dios y los míos son bastante diferentes. Dudo mucho que pueda comprenderme. Demasiado perfecto.

A pesar de todo, valió la pena.

Aunque me hubieran matado, hubiera valido la pena.

El beso de la tía estuvo bien. Y la fiesta con la Pata. Pero fue mejor aún la Copa de Europa.

Además, después del paraíso siempre viene el infierno, eso lo

saben hasta los más capullos.

No me importa estar en el infierno después de haber conocido el cielo.

VI La Octava

La única vez en toda mi vida que he ido al teatro me llevó don Emilio. Para mí fue como descubrir un mundo nuevo.

A don Emilio le gustaban unas obras la hostia de raras. Hasta los empollones de mi clase, cuando les dije el título, se partían de risa: «Tarugo, te lo vas a pasar de puta madre. Con lo listo que eres tú, no vas a coger ni media». ¡Qué sabrán ellos! Aprendices de capullos.

Me llevó a ver una que luego salía en el libro de Literatura. Se llamaba *La vida es sueño* y la escribió un cura hace la leche de años. Nunca en mi vida me lo he pasado tan bien. Mira que hace tiempo, y todavía no se me ha olvidado. Es mejor que cualquier película.

El protagonista se llamaba Segismundo. A lo mejor no me enteré muy bien, pero hay un rato en el que habla él solo y se pregunta lo mismo que yo. Lo que se pregunta cualquiera, menos los capullos, que creen saberlo todo porque tienen un título colgado de la pared que pone que son licenciados o ingenieros. Se pregunta cuándo la jodió, qué demonios hizo para que lo metieran preso y le arruinaran la vida para siempre. Y termina por darse la única respuesta sensata: la jodemos cuando nacemos. No hay más. No hay por qué preguntarse más. Pero luego le daba otra vuelta y se decía: los otros también nacieron, ¿por qué no la jodieron tanto como yo?

Hay gente que nace con ese don. El don de expresar lo que llevabas queriendo decir toda una vida. Pero tú no encuentras las palabras y ellos sí. Así que lo dicen con otra boca, pero a ti te retumba por dentro. Ese don lo tiene Segismundo.

Eso es lo que no entiendo. Por qué yo la he jodido más que los otros. Cuándo terminé de joderla. En qué punto del camino cogí la carretera que no llevaba a ninguna parte.

No fue cuando lo de los nazis, ni cuando lo de don Emilio. No me preguntes por qué. Sé que ahí ya la había jodido, que ya no tenía remedio. No fue, como aseguran algunos vecinos, cuando me dio por el fútbol. El fútbol es la única cosa maravillosa que me ha sucedido en la vida. Yo estuve muerto y el fútbol me resucitó.

Tuvo que ser mucho antes. Cuando se me pasaron los 18 sin que me hubieran dado un beso. Cuando me bajaba al parque y no me dejaban jugar los otros niños, y me llamaban gordo y me insultaban, cuando me quitaban el bocadillo en el recreo. Cuando se murió mi padre, antes de que yo descubriera que ser insignificante no tiene que dar vergüenza, que lo vergonzoso es ser un cabrón.

Cuando me presenté a delegado de la clase y no saqué ningún voto, y encima se rieron de mí. Cada vez que mi madre me recordaba lo poco que valía. Cuando me pusieron el primer mote. Cuando Lucía me escribió una carta de amor, y luego no había sido ella, sino los cabrones de 2ºA. Vete tú a saber...

A lo mejor el destino está escrito en las estrellas y no vale la pena preguntarse cuándo empieza nada. Bastante difícil es vivirlo como para encima ir buscando respuestas inútiles.

Antes pensaba que, cuando la jodías, lo notabas. Había unos signos que te avisaban. Si se repetían los signos ya sabías que ibas a joderla sin remedio. Tenía que estar muy atento para evitarlo. Así que, si me pasaba algo malo y llevaba puesta cualquier cosa, unas zapatillas, un reloj, una camiseta, me la quitaba. Si me daba mala espina el anuncio de una película, no pasaba por ningún sitio donde estuviera puesto, para que no me trajera mala suerte. Si me atragantaba con una espina comiendo bacalao, me tiraba un año sin probarlo.

Un día me quitaron la cazadora al salir del metro de Moncloa por Isaac Peral. La llevaba encima del hombro. Me dieron un tirón y salieron por patas. No pude cogerlos. Yo nunca he corrido mucho. Era mi cazadora favorita. Me la había comprado mi padre por mi cumpleaños y no me la pudo dar porque se murió un día antes. Supongo que se la llevaron por el gusto de joder, no creo que mi talla le valga a mucha gente. Porque yo era un blanco fácil y sabían que, con mi peso, nunca podría alcanzarlos. Jamás he vuelto a usar esa salida. Ahora salgo siempre por donde los arcos.

Yo pensaba que así me quitaba los malos rollos.

Pero me he ido dando cuenta de que las coincidencias no pueden evitarse. No puedes hacer que cambie el sol que tienes encima de la cabeza, ni que salga por el oeste. No puedes evitar que el cielo esté arriba y el mar abajo. Por eso la mala suerte se repite. No puedes evitar que pierda tu equipo dejando de comer chocolate durante una semana: lo digo porque yo lo intenté y no funcionó. Por mucho que quieras quitarte un reloj, una camiseta, unas zapatillas o todo a la vez, sigues siendo la misma mierda insignificante en el mismo planeta perdido en mitad de ningún sitio y tus sacrificios y tus ofrendas le importan a Dios unas santas narices. Eso no tiene remedio: creo que el próximo día que vaya a Moncloa volveré a salir por Isaac Peral y que, a partir de ahora, me pondré el reloj que me dé la real gana y comeré bacalao hasta reventar.

La jodí el día en que nací. Pero tuvo que haber un día en que terminara de joderla sin remedio. Porque la verdad es que siempre he estado más jodido que los otros.

Las personas somos especialistas en disimular cuándo la hemos cagado, para ver si conseguimos que los demás no se den cuenta y nos admiren. La gente a la que entrevistan en la tele nunca se arrepiente de nada, nunca la ha jodido, siempre se siente feliz porque gracias a su esfuerzo se ha ganado una vida de puta madre. Salen a restregarte que ellos son unos triunfadores, que todo lo que han hecho está bien, y punto. Se merecen lo mejor del mundo.

Mentiras.

Yo, en el hospital, estaba jodido de verdad, pero no era el único. Supongo que a los que ingresan en hospitales de ricos les duele tanto como a mí. O más: ellos no pueden seguir conduciendo su Mercedes al día siguiente, ni llevar a su hija a la puerta del colegio que cuesta 100.000 pesetas al mes, ni invitar al mejor restaurante a una rubia platino de veinte años, ni seguir ganando pasta a manos llenas, ni pasarse el fin de semana en Nueva York o en Londres de compras. Yo, ya ves, eso no lo echo de menos. A mí eso me la trae floja.

Pero estaba jodido de verdad.

Para empezar, tardé más de un mes en salir del coma. Ya me daban por imposible. Lo que me extraña es que no me desconectaran para ahorrar electricidad. Eso demuestra que España no va tan bien como creemos y aún no se han eliminado todos los gastos superfluos.

Me habían partido tantos huesos que la puñalada que me pegaron en el pecho les pareció a los médicos poca cosa. Coser y cantar. Nunca mejor dicho. Con una costura y una máquina de respirar, arreglado. Luego resultó ser más peligrosa la máquina que la puñalada, pero esa es otra historia.

Cuando te parten la mandíbula y te muelen a patadas no puedes hablar y te duele la cabeza como si te hubieran metido dentro clavos. Las horas se pasan todas iguales. Parecen un campo interminable sembrado de dolor que va creciendo poco a poco.

Se hace de noche, se hace de día, en una interminable sucesión de desayunos para el de la cama de al lado y calmantes para ti. Pruebas, termómetro, suero, comidas para el de la cama de al lado, visita para el paciente de al lado, cenas para el de al lado, don Emilio rezando a mi vera con el mugriento rosario de su madre, ese que no sirve ni para ganar unas entradas en un sorteo, y ahora tenía que valer para salvarme la vida. Y vuelta a empezar. Y dolor, mucho dolor. Perder la noción del tiempo. No hablar. No saber. No oír. No ver. No ver la tele. No vivir. Otra vez el quirófano. Dormir. Dormir. Dormir.

No me quedaban fuerzas ni para morirme.

Van pasando los meses, pero no te entran las ganas de vivir. Ni

siquiera me animé cuando empezó la Liga. La Séptima me parecía un recuerdo demasiado lejano. Pero tengo que reconocer que las únicas sensaciones agradables que recuerdo de aquellos catorce meses en los que me quitaron el bazo, en los que me tuvieron que partir huesos que habían soldado mal para corregirlos, en los que desesperaron, pensando que ya nunca volvería a andar, que nunca podrían arreglar todos los órganos que me habían machacado, se las debo al fútbol. Aquel gol inolvidable de Raúl, que vale toda una Copa Intercontinental, como ser campeones del mundo, eso sí lo vi. Fue lo que me animó a curarme.

Cogió el balón y se lo pegó a la bota como si llevara un chicle, con un control de dibujos animados, hizo un regate imposible y luego otro. Nunca había visto nada igual. Nunca. A partir de aquel martes 1 de diciembre de 1998, mi vida cambió de nuevo.

El partido lo vimos don Emilio y yo, dados de la mano. Cuando el gol, don Emilio dio un bote tan grande que casi me tira de la cama, con todas las porquerías que tenía colgadas y pinchadas.

Mi madre no pudo venir a verme. Había terminado al final en una residencia de la Seguridad Social, puesto que la pensión no le daba para más y la paciencia de la Flora, como la de cualquier mortal, tiene un límite demasiado accesible para el genio de mi madre. Además, la vecina se había pillado un rebote considerable y comprensible cuando se enteró de que toda la historia de mi primo gravísimo era una milonga, como ya se imaginaba. Por las noticias que me traía don Emilio, mi madre se pasaba todo el día gruñendo, lo cual demostraba que se encontraba perfectamente, de salud y de ánimos.

A don Emilio le veía llorar un día sí y otro también. Le remordía la conciencia porque decía que no había hecho nada mientras me pegaban. Bastante hizo el hombre con salvar el pellejo. No sé cómo se le ocurre que podía haber parado a aquellas alimañas. Encima se quedó sin coche por mi culpa. Fui yo quien le engatusó para liarse la manta a la cabeza y tirarse a la aventura, a su edad.

Él estaba convencido de que tenía una deuda conmigo e intentó hacerse cargo de mi madre. Pero ni él podía con su mal humor, ni la vieja podía permitir que le limpiara el culo otro viejo como ella, de modo que prefirió al final la residencia.

Se fue del piso maldiciéndome, gritando a todo el que quisiera oír lo egoísta y lo inútil que era su hijo, que no valía ni para mantener a la pobre vieja inválida que casi muere para darle a luz y que había sacrificado por él toda su perra vida.

Mi madre siempre ha sido como una garrapata, atenta para pegarse a un pobre incauto y chuparle la sangre. Las personas hipócritas siempre ven hipocresía por todas partes: es como si

llevaran un rastreador. Mi madre ve en todos egoísmo. Sobre todo en mí.

Claro que soy egoísta. Dios hizo un mundo egoísta. Cuando el lobo se come al ciervo solo piensa en sí mismo, no en si el ciervo tenía familia, o cosas más importantes que hacer que servirle de banquete.

Es muy difícil dejar de pensar en ti mismo cuando los demás no te abren ninguna puerta. Te quedas solo, tirado en la calle, dándole vueltas, intentando comprender cómo has podido llegar a joder tu vida tanto: a partir de ahí ya estás condenado a pasarte la existencia mirándote el ombligo. No hay otra salida.

Cuando pude valerme por mí mismo me dieron unas muletas y me mandaron al médico de cabecera para que siguiera el tratamiento. También me recetaron una montaña de medicinas y unos ejercicios de rehabilitación que no llegué a empezar.

Los moralistas de mi barrio, que son muchos y muy perspicaces todos, aseguran que me quedé cojo por eso, que me lo merezco, por no hacer caso a los médicos. Pero también hay gente que me ha dicho que entre los que hacen esos ejercicios hay muchos cojos que se ilusionan pensando que aquello será una solución. Luego suelen salir igual de cojos que antes, pero bastante más amargados.

Es lo que tiene la gente responsable: cualquier cosa que resulte placentera es censurable; cualquier cosa que resulte insufrible es una obligación que no puedes excusar. Para ellos el mundo está lleno de culpas que ponen a cada uno en su lugar y a ellos, naturalmente, encima de todos, por su gran prudencia.

Si fuera un futbolista, me pondrían un fisio de puta madre y en cuatro meses estaba otra vez dándole patadas al balón. Pero solo soy un gordo seboso y subnormal que cobra una pensión ridícula por invalidez. De modo que con los cuidados del Clínico tengo más que suficiente.

A los nazis no los cogieron nunca. Debe de haber demasiados nazis sueltos como para poder pillar a los que le parten la crisma a un mierda como yo. No me importa. Al menos el Madrid ha ganado la Séptima y la segunda Intercontinental.

Los médicos que me perpetraron la operación de la rodilla siguen viviendo en el mismo sitio y trabajando en el Clínico, y tampoco ha ido la policía a buscarlos. Parece que si hubieran estado un poco más listos la recuperación hubiera sido más fácil, pero por desgracia no me intervinieron en su clínica privada, donde obtenían prodigiosos resultados que a veces hasta salían en la tele, donde obraban milagros al módico precio que puede pagarse cualquier director general de un consejo de administración.

De eso me enteré mucho más tarde. Un día me atropelló un

coche. No fue nada, quedó todo en el susto, pero el conductor me llevó al Doce de Octubre. Cuando miraron las radiografías no daban crédito a lo que veían. No por lo que me había pasado en aquel golpe insignificante, sino por la chapuza que llevaba para siempre entre el muslo y el tobillo, debajo de un costurón que causa espanto a las almas sensibles.

Lo que dijeron los de urgencias ya se encargaron de negarlo los otros por corporativismo, así que al final decidí no denunciarlos. Para qué. Un pobre tonto como yo no sabría sacar dinero ni de una mina de oro, y los abogados cuestan una pasta.

En fin, hablemos de cosas más importantes, que esto se está poniendo aburrido: en la Liga, la jodimos. Quedamos segundos de milagro, a once puntos del Barça. Por lo menos eso nos daba derecho a jugar la Copa de Europa sin eliminatorias previas.

Mira que le tengo asco al Toshack. Entre él y sus figurones, que se trajo en verano a precio de oro, casi vuelven a arruinarnos la temporada. Menos mal que luego pusieron a Del Bosque, un tío de la casa, con un par.

Cuando me pasé por la Peña, allá por julio de 1999, después de más de un año ingresado en el hospital, llevaba sin pagar los recibos desde tiempos inmemoriales y me habían dado de baja. Le pregunté a don Emilio y me dijo que a él no se le había ocurrido hacerse cargo de la cuota.

—No me joda, don Emilio. La Peña es mi vida. Yo nunca hubiera olvidado pagar por usted.

Fui a ver al administrador, pero no hubo forma. Me aseguró que habían hablado mil veces con don Emilio antes de darme de baja. El pobre no me dijo nada porque le daba vergüenza no tener dinero ni para ayudarme, supongo.

Podían admitirme otra vez, pero con fecha nueva. A no ser que pagara todos los recibos atrasados. Buena solución: no me daba ni para llegar a fin de mes, como para encima tapar deudas. Además de mis apuros particulares, de cuando en cuando le pasaba algo de pasta a la vieja para que pudiera permitirse algún capricho y se acordara de insultarme más a menudo.

No. Eso sí que no. Yo no iba a ser el novato de la Peña, con lo que llevaba a las espaldas por mi Real Madrid.

Decidí dejar la Peña.

Como vivo en un tercero sin ascensor, apenas podía bajar a la calle. Casi todo el año me lo pasé viendo la televisión, recibiendo las visitas de don Emilio, que se encargaba de hacerme la compra un par de veces por semana, y oyendo por la radio los partidos del Madrid. Parecía un ermitaño.

Los de Copa de Europa los veía por la tele. Es Copa de Europa.

La nuestra. La que inventó el Madrid. Lo de la *Champions League* es un cuento de cuatro gilipollas para darle más aires de importancia, con su nombre inglés. Una mandanga.

Don Emilio estaba ya viejísimo, como si le hubieran caído encima todos los años del mundo. Aunque no quería confesarlo, a él también le costaba un esfuerzo sobrehumano subir las escaleras hasta mi piso.

La Liga estaba otra vez bastante jodida, tocábamos a disgusto por semana; pero si me mosqueaba me ponía el vídeo de la Séptima y se me pasaban todos los males.

En cuanto me enteré del sorteo me di cuenta de que aquello iba a ser algo grande. Parecía el mismo, el mismito que el de la Séptima: el Olimpiakos, el Oporto y el Molde, otro noruego, que viene a ser lo que el Rosenborg. Perdimos en Oporto, pero fuimos otra vez los primeros del grupo y en el Bernabéu no pudieron ni tosernos. La historia se repetía.

Luego nos tocó otro grupo que decían que era fácil, pero a mí me daba mala espina. El Bayern nos dio dos buenas palizas, pero al final conseguimos pasar por los pelos. Nos vengamos del Dinamo de Kiev, que nos había eliminado el año anterior y pusimos en su sitio al Rosenborg, ese viejo amigo que nos perdonó la vida cuarenta veces en el último partido, cuando nació el mito de Casillas.

Y llegaron los cuartos de final, y con ellos la apoteosis. Aquel partido mágico de Old Trafford, los dos golazos de Raúl, el jugadón de Redondo. 0-3. Y luego a sufrir. Y sufrir bien. Y ganarles allí con el mundo entero mirándonos el cogote mientras nosotros le jodíamos la vida en su propio campo al mismísimo campeón de Europa.

Después, la venganza contra el Bayern de Múnich. Tiene que doler, que ganes tres partidos y te dejen en la cuneta, pero algún día tenía que ponerse de nuestra parte Dios. Y Dios es del Real Madrid, que no lo dude nadie. A la suerte no le cae bien últimamente el Bayern. Se le gastaron los boletos en aquella final contra el Atlético de Madrid, que ganó de coña. Mira qué les pasó en la final de la Copa de Europa de 1999. Así que también nos fundimos al subcampeón. Hasta el vago de Anelka metía ya goles con los pies y con la cabeza. Los milagros existen.

Era el camino de la Octava. La historia se repetía. Las señales eran claras.

Los de las casas de apuestas británicas tenían que estar frotándose las manos, porque nadie se había jugado el dinero por nosotros.

Yo tenía que ir a París. Era mi destino. El mismo Dios que puso el fútbol en mi vida cuando yo no le veía ningún sentido, me había

dejado cojo con el propósito de que no tuviera que sufrir la esclavitud de trabajar para negreros como don Matías y pudiera dedicarme en cuerpo y alma al Real Madrid.

Don Emilio me subía siempre que podía el *Marca* y el *As*, no me perdía ni un programa de radio, me sabía de memoria las fechas de nacimiento de todos los jugadores, la plantilla de cada equipo y la capacidad de cada estadio. Pasaba horas conectado a Internet, metido en las páginas de deportes. Cuando veía que no me iba a dar para pagar la factura del teléfono, montaba el trapicheo de siempre: subía a la azotea, hacía un apaño con los cables y le cargaba la cuenta a algún vecino, sin abusar, para que no se notara mucho. Las iba repartiendo. Y si no, que discutieran con Telefónica.

Si yo no iba a ver a mi Madrid jugar contra el Valencia, perdíamos seguro. Era cuestión de vida o muerte.

Busqué por la red. Pero esta era una final española, y eso pesa. París está más cerca que Ámsterdam. Era imposible encontrar papel por menos de veinte mil duros, viaje aparte. Yo no tenía tanto dinero. Dos años atrás lo hubiera sacado de debajo de las piedras. Pero ahora era dos años más viejo y estaba oficialmente inválido y oficiosamente arruinado.

Saqué fuerzas de flaqueza y me bajé a la Peña a suplicar. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera, a dar lo que fuera, a empeñar el piso para ir a aquel partido. Lo de empeñar el piso es pura fantasmada: está a nombre de mi madre.

Yo estaba dispuesto a dar lo que fuera, pero la verdad es que no tenía nada que ofrecer.

Cuando les dije que quería ir a la final casi se parten de risa.

—¡No te jode! Como todos. Casi hay hostias por las entradas. Esta vez en lugar de sorteo se votó y se dieron por antigüedad. Va a parecer una procesión de viejas glorias. Por lo menos a tu don Emilio del alma le ha caído una, consuélate. Menuda trompa cogió el viejo cuando se enteró. Se ventiló dos botellas enteras de fino. Al día siguiente ya tenía el billete de tren a París, porque esta vez no vamos en autocar y él no quería dejarlo para el último momento. Decía que cuando lo de Ámsterdam casi le da un infarto con las prisas y los disgustos.

O sea, que el muy cabrón tenía una llave que abría la puerta del paraíso y ni siquiera me había dicho nada.

Parece mentira lo deprisa que se mueven las muletas cuando estás cabreado de verdad. Y yo lo estaba. Vaya que si lo estaba. Me había jugado la vida para conseguir que aquel mamón viera la Séptima y ahora él, que subía casi todos los días a mi casa, ni siquiera se molestaba en enseñarme su entrada.

No quería nada con él. Ni hablar. Las serpientes, cuanto más

lejos, mejor. Me metí en mi casa y me eché a llorar y a dormir hasta que el hambre me pudo y tuve que ir a la nevera. Luego seguí con el ordenador, navegando por las páginas de Internet, sabiendo que aquella factura seguramente no podría pagarla y que me cortarían el teléfono. No me apetecía subir a la azotea. Imposible encontrar una entrada.

Esperé a don Emilio al día siguiente. No trajo la compra. Seguramente había pasado por la Peña, se había enterado de todo y no quería tener un mal encuentro conmigo.

Una semana después se me acabaron las provisiones.

Al principio empecé llamando al Telepizza. Ellos dicen que el secreto está en la masa, pero es mentira: cuestión de publicidad. La masa está muy buena, nadie se lo discute, pero el verdadero secreto son los ingredientes: dónde narices están escondidos los ingredientes. Una vez pedí una de jamón y casi tengo que llamar a unos exploradores para que me localizaran algún trozo entre la mozzarella.

Cuando me harté de tanta pizza, tuve que bajar yo solo.

No me fue tan difícil subir con las bolsas. Ya podía manejar la pierna y moverme bastante deprisa. Lo peor eran las escaleras, pero en los últimos tiempos había perdido algo de peso.

El día 23 de mayo, es decir, uno antes del partido, me decidí a ver a don Emilio para escupirle a la cara que era un traidor asqueroso y decirle que no le iba a volver a dirigir la palabra nunca. No estaba seguro de encontrarle. A lo mejor ya había salido su tren, aunque aún eran las doce de la mañana de la víspera.

Cuando llamé a la puerta no me quería abrir. Le oí acercarse, observar por la mirilla y esperar.

—No haga como que no está, don Emilio. Vengo a hablar con usted y sé que está ahí. No me joda más, que no le voy a hacer nada. No va a poder evitarme toda la vida. Cuanto antes hablemos, mejor para todos. Solo quiero saber si tiene algo que contarme, no vaya a ser que le dé un patatús como el que casi le da en Ámsterdam y se vaya al otro mundo con la conciencia sucia.

Me abrió. El cabrón del viejo todavía quería disimular, pero yo le dije que no se molestara, que no valía la pena. Ya sabía lo de la entrada y me parecía una pasada que no me hubiera dicho nada y que hubiera dejado de traerme la compra por no atreverse a enseñármela.

—Es que no quería darte envidia.

—Menuda excusa, don Emilio.

—Si es verdad. Mira, yo soy viejo y no creo que pueda volver a ver al Madrid en otra de estas. A ti te quedan lo menos 50 años de vida, con lo que adelanta ahora la ciencia. Tú verás otras ocho si

Dios quiere. Esta es para mí.

—Me pasé un año entero en el hospital. Mi madre ha acabado en una residencia. Me he quedado cojo...

—Eso no fue culpa mía.

—Yo no he dicho que lo fuera. Yo solo quiero que sepa que llevo dos años sin salir a la calle, como quien dice, viviendo solo para que llegara este instante y ahora no tengo esa puta entrada que usted esconde para no darme envidia.

—Paco, no tienes derecho a hablarme así. Yo he sido para ti como un padre. Venías aquí cuando eras un crío y sabías que esta era tu casa. Yo te lo he dado todo. Todo lo mío ha sido tuyo. Pero eso no me lo puedes pedir, y tú lo sabes.

—Por lo menos enséñeme la entrada, para que vea cómo es ese papel por el que un padre está dispuesto a jugársela a un hijo por no darle envidia.

Entonces sacó la entrada de la cartera. En las películas ponen música y te avisan de lo que va a pasar, y aún así hay gente que da botes. Pero en la vida no es así. Tú no te das cuenta, pero te vas metiendo en un callejón sin salida y, cuando ves la trampa y quieres dar la vuelta, ya no se puede, ya solo te queda salir corriendo mientras te persiguen y huir hacia delante.

Todo fue demasiado rápido. Cogí la entrada y la miré como si fuera un tesoro. En aquel momento estaba en otra galaxia. Como un golpe de viento, me pasó por la mente el ambiente de la final de Ámsterdam, el gol de Mijatovic, el final del partido, el beso... El tiempo dejó de existir.

Yo no sabía lo que iba a pasar y, ahora que ya ha ocurrido, tampoco sé exactamente cómo pudo ser. Por eso me jode que la gente sea tan lista. Nadie estaba allí, pero todos te cuentan con pelos y señales lo que ocurrió y cómo. Yo era el único que estaba allí y no me enteré de nada.

De repente se me echó encima, insultándome, porque pensaba que no se la iba a devolver, porque tenía remordimientos, porque chocheaba, o yo qué sé por qué. La gente no siempre se comporta como los demás esperamos. Yo la quise retener entre las manos, porque aún la estaba saboreando. Fue un gesto instintivo. Él tropezó con la mesa baja y se dio contra mí. Ni lo toqué. Después de golpearme cayó al suelo mientras yo intentaba mantener el equilibrio. Luego me falló la muleta y me desplomé encima de él.

El viejo se había dado con el pico de la mesa en la frente. No sangraba mucho, pero había perdido el conocimiento.

La foto de la boda se había caído al suelo. El cristal se había hecho añicos y le había producido pequeños cortes.

El corazón le latía más o menos bien, aunque yo no entiendo

mucho de eso, y la herida no parecía muy grave.

Al principio tenía tal susto en el cuerpo que me quedé paralizado. Pero había que tomar una decisión de inmediato. Le corté la hemorragia. Le quité los cordones de los zapatos y le até con ellos. Le amordacé con una camiseta que tenía en su cajón. Luego le arrastré hasta su cama, me puse de rodillas y le subí.

Se me ocurrió sobre la marcha. No lo tenía pensado al pasarme por su casa, pero ahora vete tú a convencer a la gente, con lo fácil que es creerse siempre la versión más truculenta.

La Flora dice que lo hice todo para humillarlo, lo de los pantalones sobre todo. Y no te cuento lo que publicaron los periódicos. Yo era el culpable de la matanza de Tejas y del Huracán Mitch, para empezar. Me trataban como si fuera un asesino en serie que se ensaña con sus víctimas y disfruta haciendo daño a un pobre anciano indefenso.

Ya estoy harto de explicar que solo intentaba que todo le fuera más cómodo. ¡Cómo iba yo a saber lo de las pastillas! Y lo de los pantalones también tiene su razón de ser, aunque es cierto que no todos los tarados llegarán a comprenderla por mucho que se esfuercen. Además, vende menos que las que sacaron los telediarios.

El caso es que lo dejé atado y amordazado. Busqué en su cartera y en su mesilla, hasta encontrar el billete de tren. Salía aquella misma noche y llegaba a París por la mañana. No era mucho tiempo. A las diez y media de la noche del 24, si no había prórroga, todo habría terminado y yo podría llamar a alguien para que lo desatara. Nadie se muere por estar sin comer 34 horas

Luego se me ocurrió que lo peor era pasarse sin cagar ni mear durante un día y medio.

Aunque parezca que soy un borrico, a mí siempre me ha gustado leer. Libros de aventuras, sobre todo. Me iba a casa de don Emilio y me cogía los que más me llamaban la atención. No me duraban nada. Uno de los autores que más me divertían era Alberto Vázquez Figueroa. Eso sí que era acción, amor, maldad, peligro, países lejanos, piratas, marineros, cazadores de hombres... Así me hubiera gustado vivir a mí, si me hubieran dado a elegir. Pero claro, ninguno de sus personajes es como yo.

En uno que se llamaba *Tuareg* leí que el protagonista tenía que dejar atado en una cueva a un tío. Le dejaba agua para que no se muriera, y le bajaba los pantalones para que no tuviera que hacérselo todo encima. Eso luego escuece.

Por eso le quité los pantalones y los calzoncillos a don Emilio y le dejé un orinal a cada lado de la cama, para que no tuviera que darse la vuelta. Para mear o cagar, solo tenía que acercarse al borde y apuntar bien. No fue por humillarle, ni por verle el culo. Ni que

decir tiene que no se me pasó por la mente violarlo. Hace falta ser un pervertido para pensar esas barbaridades.

Hacérselo encima tiene que joder, y don Emilio, aunque se había portado como un cerdo, era mi amigo. Mi único amigo. No me quedaba nada, ni familia, ni la Peña, solo él. También me quedaba mi madre, es verdad, pero me refería solo a personas que estuvieran de mi lado.

Tenía que cuidarlo. No quería hacerle daño. Pero la entrada era mía. Me pertenecía por derecho. Yo había sufrido por ella más que él.

La herida de la cabeza no era nada grave. Yo le hubiera puesto a mano cosas para comer y beber, pero tenía que dejarlo amordazado para que no se liara a chillar.

Yo no sabía que estaba malo del corazón, ni lo de las pastillas. No me lo había contado. Nunca hubiera hecho daño a propósito a don Emilio. Pero yo había dado la vida para que él fuera a Ámsterdam y aquella entrada me pertenecía por derecho. Yo había bajado al infierno y él no. Por eso ahora me tocaba saborear el cielo. A mí, al gordo inútil sin trabajo, sin familia y sin amigos. Nunca se me ocurrió que aquel pudiera ser su infierno.

No había tiempo que perder. Con otros cordones lo até a las patas de la cama para que no pudiera tirarse al suelo y montar ruido, pero de modo que pudiera moverse para hacer sus necesidades. Me llevó algo de tiempo.

Cuando terminé, se despertó. Intentó decirme algo. Se le salían los ojos de las órbitas. Era algo muy importante. Claro, pensé, todo el mundo quiere ir a ese partido por encima de todo. ¡Cómo iba yo a saber que era lo de las pastillas! Me eché el dedo a los labios y le mandé callar. Pobre hombre. Don Emilio era para mí como mi padre. Pero la Octava era la Octava.

Y yo ya había pasado por el infierno. Que no se le olvide a nadie.

En su cartera llevaba dinero español y francés. Esta vez no quería sorpresas y se había preparado a conciencia. Lo cogí todo. Era un préstamo. Estaba dispuesto a devolverlo cuando pudiera.

Antes de irme, me di cuenta de que no podía permitir que se perdiera el partido. Don Emilio no tiene tele en su habitación, pero los albañiles le sacaron una toma de antena por si algún día se ponía enfermo. Me costó horrores llevarla del salón a su cómoda. Y porque encontré una mesa baja con ruedas. Se la dejé encendida y puesta en la Primera, sin volumen, para que pudiera dormir. Si hubiera tenido mando a distancia se lo hubiera puesto a mano, pero la tele de don Emilio es una reliquia y no conoce esos adelantos de la ciencia moderna. Además, hubiera sido capaz de ponerla a toda

tralla, y los vecinos hubieran acabado subiendo.

Recogí del suelo la foto de su boda, limpié un poco los cristales y la cambié de marco. Luego se la llevé a su cuarto para que no se sintiera solo. Su mujer miraba con unos ojos alegres y traviesos que conmovían y daban ganas de llorar. Es lo malo de los muertos que salen en las fotos, parece como si nos echaran en cara que los hayamos dejado solos. A mí me pasa igual con las de mi padre.

Don Emilio seguía agitándose y gimoteando. Me miraba con la expresión desencajada, pero yo no podía imaginar por qué.

—No se preocupe, que verlo, va a verlo. Ya sé que no es lo mismo que en el campo, y bien que lo siento. Me hubiera gustado ir con usted, como a Ámsterdam. Le voy a echar de menos. Pero, bueno, como no puede ser, al menos le dejo en buena compañía. Aquí tiene su foto favorita.

Cerré su puerta y dejé las llaves debajo del felpudo. Sé que es un truco muy viejo, pero era el mejor. Cuando saliera del estadio llamaría por teléfono a la Flora y le pediría que abriera el piso y lo desatara.

Cogí un taxi y me fui a la estación. Estaba tan nervioso que no me di cuenta de que faltaban horas para que saliera el tren, pero tampoco tenía el cuerpo como para quedarme al lado de don Emilio.

Se trataba de matar el tiempo para no pensar.

Me compré un bocadillo, el *As* y el *Marca*, y me puse a contar las chicas con falda que pasaban por la estación. A las más guapas les ponía puntos, del 5 al 10. Hubo dos dieces y un número exagerado de nueves. Estaba claro que me encontraba de lo más animado.

A veces me entraban dudas. No sobre la puntuación: eso lo tenía bastante claro. Me daban ganas de llamar a alguien para que desatara a don Emilio. Pero entonces me denunciaría, me cogería la policía y no podría ver cómo Manolo Sanchís alzaba la Octava.

Aquel tiempo se me hizo casi tan largo como un día de hospital. Pero al final el tren salió. No me enteré del viaje. Cerré los ojos, me acomodé al traqueteo que me envolvía, me puse a pensar en el partido y a imaginarme los goles. Cuando me quise dar cuenta, estábamos entrando en París. Es raro, porque normalmente yo solo puedo coger el sueño tumbado, pero era tal la placidez que sentía que dormí de un tirón durante todo el trayecto.

Menuda fiesta estaba montada por todas partes, desde la Torre Eiffel al Jardín de Luxemburgo, desde el parque Georges Brassens a la Basílica del Sagrado Corazón, desde Saint Denis al Bosque de Bolonia.

Todos los alrededores estaban llenos de valencianistas y madridistas. Era la hostia. En los otros partidos la gente está que

arde y se insultan y se pegan. Pero aquí era al revés. Todos iban juntos y cada uno animaba a los suyos sin meterse con nadie. Vi a muchas parejas dándose besos, cada uno de un equipo. La verdad es que el fútbol así es mucho más divertido. Pero, claro, eso no puede pasar si te toca contra un equipo de cabrones. El Valencia es otra cosa. Es un equipo señor.

Desde el principio tenía buenas vibraciones. No podía ser de otro modo. Estos partidos no los juegan solo once contra once. Allí estaban también Di Stefano, Puskas, Gento, Amancio, Juanito, Santillana, Míchel y Butragueño. Nuestra camiseta tiene detrás una historia que da alas a los que la llevan. Cuando el rival ve nuestro escudo, tiembla.

Qué voy a contar del partido, si lo vio el mundo entero.

Todo el año diciendo que la Liga de las Estrellas era solo de extranjeros mercenarios. Pero en el campo había 13 españoles de salida, y siete eran de mi Madrid. Mayoría absoluta: Casillas, Salgado, Karanka, Iván Campo, Helguera, Raúl y Morientes. Siete para empezar. Y para redondear, al final, salieron los dos monstruos: Hierro y Sanchís. Roberto Carlos, Redondo, Maca, Anelka y Savio jugaron también como dignos madridistas. Allí, más que españoles y extranjeros, había un equipo como la copa de un pino.

¡Qué partido! 3-0, paliza del copón, golazos de Morientes, del Maca y de Raúl.

Ya se acababa el primer tiempo cuando el mamón de Anelka se decide a hacer algo, controla un balón en la esquina del área, casi en la línea de fondo, y se lo devuelve hacia atrás a Salgado. Míchel se revuelve y saca un pase medido a Morientes, que le gana la espalda a la defensa y mete un cabezazo impecable. Jódete, Cañete, a ti que no te daba pena de los seis que nos metisteis en la Copa del Rey. Luego la volea de Maca, pegadita al poste, más o menos en el mismo minuto en que Mijatovic le había amargado la vida a la Juventus. Y, de postre, la apoteosis: pase de Savio y cabalgada de Raúl desde casi su área, se pega el balón a los pies, regatea a Cañete y, casi sin ángulo y con su pierna mala, evita al defensa y la coloca en red.

Joder, qué bien lo pasé. Ni siquiera hubo tiempo de sufrir, de lo bien que lo hicimos. Fue un paseo. Les dimos la pelota, y no sabían qué hacer con ella. Muchos se preguntaban si el Piojo había jugado. Gerard, Farinós, el Kili González y Mendieta habían sido solo fantasmas. No les dejamos ni tirar a puerta. ¡Y cómo echaba de menos a don Emilio! ¡Con lo bien que lo habíamos pasado en Ámsterdam! ¡Con lo bien que lo hubiéramos pasado aquí juntos!

Era el éxtasis, el acabose. Abrazos por aquí y por allá, besos,

lágrimas, botes, gritos. Esta vez no hubo beso en los morros, pero fue mejor aún que la Séptima, porque confirmaba la leyenda que le enseña al mundo entero que no es casualidad: que el Real Madrid es Rey de Reyes.

Cuando terminó el partido, aplaudí al Valencia de corazón. Qué lástima que aquel año no pudiera haber dos campeones. Se lo merecían. Además, le habían dado al Barça para el pelo, y eso es un puntazo.

Otra vez, mi Madrid, entrando en la Historia más chulo que un ocho. El mejor del mundo, apoteósico. Ocho. Ocho, como en el mambo.

Nada más terminar, quería irme del estadio para llamar a la Flora. Pero no sé qué me ocurrió. Fue como si mi cuerpo estuviera pegado al asfalto del estadio de Saint Denis. París, el sitio donde todo empezó. Donde le ganamos al Stade Reims la primera Copa de Europa del milenio, y al Valencia la última. No me pude mover hasta que salieron a dar la vuelta de honor con la Octava. Entonces reaccioné y eché piernas, antes de que todos los espectadores bloquearan los vomitorios.

Era difícil moverse entre tanta gente. Unos salían cabizbajos y otros eufóricos. Unos con prisa para no perder el autobús de vuelta y otros disfrutando del paseo.

No tardé mucho en encontrar una cabina. No sabía cómo cojones se llamaba a España, así que al final me tuve que meter en un hotel, aunque me imaginaba que me iban a clavar. Ni siquiera podía salir corriendo para no pagar, con las muletas: menudo espectáculo. En fin, que llamé a la Flora y le conté lo que pasaba.

La Flora se creía que era todo otro cuento chino y aprovechó para ponerme verde por haberle tomado el pelo y por lo de mi madre, a pesar de que yo la cortaba para jurarla que era una conferencia y que me iba a costar un huevo. Por más que insistí, no logré que se creyera que se trataba de un asunto importantísimo. Ya que don Emilio no había podido venir a París, por lo menos que pudiera bajarse a la Cibeles.

Al final me dijo que la dejara en paz con mis líos, sin escucharme siquiera. Entonces tuve que llamar directamente a la policía y explicarles todo. Ellos sí que se lo creyeron.

Me cobraron por las dos llamadas más de cien francos, casi tres mil pelas, los muy ladrones.

No podía irme sin llevarle algún recuerdo del partido a don Emilio. En uno de los puestos le compré una bufanda, una camiseta de Raúl con la fecha de la final debajo del número y un banderín con todas las Copas de Europa del Madrid, menos esta última.

Quería irme por ahí y cogerme un pedo de la rehostia, pero el

tren salía a las doce y lo que menos me apetecía era tener que quedarme en tierra de gabachos con una mano delante y otra detrás, sin dinero ni billete. Así que me metí para el cuerpo todo el vino que me fueron echando al gaznate los que andaban de celebración y me pillé un taxi hasta la *Gare* ya no me acuerdo qué.

Yo ya no sé si creo en los signos o no. Lo que estaba claro es que esta vez me iba derecho a mi casa y no se me ocurría acercarme a un puti-club, ni aunque me invitaran. Además, no quería perderme la fiesta del día siguiente, con los jugadores escalando la Cibeles y todo el mogollón de coches paseando la Copa. Y luego al Bernabéu, como Dios manda, a dejarla en su sitio.

Lo primero que iba a hacer era pedirle perdón a don Emilio. Él a veces podía ser un poco cabezota, como yo, pero era la mejor persona que me he echado a la cara. Seguro que lo entendía.

Cuando llegué, todavía no estaba muy borracho. No me dio tiempo ni a buscar mi andén. Allí me esperaban unos matones que, en cuanto me reconocieron, se abalanzaron sobre mí y me tiraron al suelo sin contemplaciones, aunque vieron que iba con muletas. Desde luego, en los países democráticos de toda la vida, no se andan con chiquitas. Yo no me enteraba de nada.

Al principio pensé que me intentaban robar y traté de pedir ayuda y llamar a la policía.

Sentí un cierto alivio cuando se acercaron un montón de gendarmes de uniforme, pero, en lugar de detenerlos, los saludaron. Supongo que la escenita sería solo para humillarme, porque estaba claro que un tío como no yo no tiene muchas posibilidades de escaparse corriendo de unos maromos como aquellos.

Uno de los matones hablaba español, muy bien, con acento andaluz de Cádiz. Me explicó que tenía un montón de derechos, pero me había puesto muy nervioso y no me enteraba de nada. Me estaba acordando de cuando me pegaron los nazis, y me entraban escalofríos. También me dijeron que me acusaban de robo con violencia, secuestro y homicidio.

Yo no entendía nada. Me parecía que estaba viendo una película, y no de muy buena calidad, por cierto.

VII El juicio

Aquí estoy, rodeado de mamones, que me tratan como si yo fuera un asesino en serie y ellos los ángeles de la guarda de don Emilio.

El único problema es que yo sí conocí a don Emilio y ellos no, que yo era su amigo y ellos no. Pero eso les trae sin cuidado. Para ellos no es una cuestión de justicia, sino de mecánica. Se han montado un quiosco para demostrarle a la gente que el que la hace la paga, y la verdad se la pasan no voy a decir por dónde.

Llevo un año metido en prisión preventiva, esperando que salga el juicio de una puta vez.

En el talego me siento más cómodo. Por lo menos sabes de qué va cada uno, no se esconden detrás de una sonrisa que le ha costado al dentista sabe Dios cuántas horas de trabajo bien pagadas, ni detrás de un traje de 80.000 pesetas.

La mayor parte de los otros reclusos están aquí por asuntos de droga, mientras sus jefazos se siguen frotando las manos, jugando al golf o al escuás y amasando millones. Así está el mundo. Nadie dijo que fuera justo cuando nos trajeron.

A los grandes capullos de este país les viene genial que las drogas sean ilegales: así se depura la sociedad de unos cuantos de sus excrementos, que acaban en la cárcel; la gente de a pie se cabrea bastante cuando los roban y asesinan a alguien de su familia, y al final acaban cargando contra los inmigrantes y los pringados; los que de verdad cortan el bacalao acumulan montañas de dinero gracias al mercado negro. Todo en orden.

Si se legalizaran las drogas, se les acababa el chollo. Bien mirado, España va bien. El mundo va bien. Todo está donde debe estar y los duros jamás se distraen y siempre acaban en el bolsillo correcto.

No sé por qué tardan tanto conmigo: a pesar de los consejos de mi abogado, conté toda la verdad desde el principio. No tengo nada que ocultar. No tengo por qué mentir. Yo tenía que ver aquel partido a toda costa. Era mi destino. Jamás pensé que le fuera a pasar algo malo a mi amigo. Hasta le dejé puesta la tele para que no se perdiera la final. Le arreglé la foto para que no se sintiera solo.

La entrada era mía por derecho. Yo había sufrido por ella y él no. Al final las cosas de la vida siempre se las acaba quedando el que no sufre por ellas: el patrón, en lugar del obrero. Pero esta vez

no podía ser así.

No sé de dónde se ha sacado el hijo de la gran puta del fiscal que yo soy *potencialmente violento*, además de un peligro para la sociedad de los capullos, que pagan sus impuestos y por las noches ven *Gran Hermano* o disfrutan con una película sobre Jack el Destripador, pero no deja de tener su gracia.

Lo que más siento es haber perdido el tiempo. De haber sabido que yo era una máquina de matar, no me hubiera pasado la vida soportando los motes, las gracias sin gracia de mis compañeros del Instituto, el bofetón que me llevé por intentar separar al chapuzas del pintor, los abusos de mis jefes, las calabazas de todas las chicas a las que ni siquiera me atrevía a acercarme para que no se rieran de mí.

Toda la vida aguantando como un cabrón, sin alzarle la mano a nadie y tragando mierda, para que ahora venga uno de esos capullos que se cree Dios porque se ha sacado un título en la universidad a costa de sus papás y diga que yo soy violento y que me he pasado toda la vida metido en broncas.

Dice que pertenezco a un grupo ultra, que por eso los salvajes de la furgoneta se ensañaron conmigo. Es el colmo. Encima de cornudo, apaleado. Lo más ultra que hay en la Peña la Amistad es un abuelete que hizo la mili en África, con Franco, y todavía lleva el escudo del águila pegado en el reloj.

Y lo peor es que el fiscal tampoco se lo cree. Lo dice porque está convencido de que es su obligación putearme, porque así sale en los periódicos, porque cuanta más pena me metan mejor va a quedar ante sus colegas, porque a nadie le importa que un gordo asqueroso se pudra en una celda, ni siquiera a mi abogado defensor. A mí tampoco me importa. Supongo que me lo merezco.

A los periodistas también les viene de maravilla sacarme como si fuera un psicópata rabioso. Así venden más. Cuanto peor le caes a la gente, más vende tu imagen. Lástima que yo no me lleve ni un duro. De momento. Si en el futuro me ofrecen exclusivas, no dudaré ni un instante. Por lo visto, la gente decente es tan morbosa que un asesino suficientemente canalla y cruel puede ganarse la vida sin dar ni chapa, simplemente contando sus crímenes y exagerando un poco, lo cual es bastante más fácil que ser pescadero o meter carne en una cámara frigorífica. Yo quiero ser un asesino popular.

A mí me importa tres narices caerles mal a todos: es su problema. Bastantes problemas me generan ya los que me caen mal a mí, para que yo tenga que solucionarles los suyos a los capullos que ven las noticias y compran la prensa y, cuando llegan a las páginas de sucesos, disfrutan con la desgracia ajena, pensando que ellos nunca pasarán por allí.

Ahora que me acabo de enterar de lo violentísimo que soy sí que me entran unos remordimientos de la hostia y me siento gilipollas del todo. Por no haberle partido la cabeza a más de uno cuando aún podía. En fin, nunca es tarde si la dicha es buena. Todo llegará. Hay un tiempo para nacer y otro para morir, uno para plantar y otro para arrancar lo plantado, un tiempo para llorar y otro para reír, un tiempo para lamentarse y otro para bailar. Eso también lo dice ese libro que no han leído los capullos.

De todos los capullos que he conocido, y te aseguro que he conocido un montón, el mayor de todos con diferencia es el fiscal. Un tío listo y elegante. Un tío curioso, que me quiere meter en el infierno. Él lo sabe todo, aunque no estuvo allí para verlo, aunque no me conoce, aunque no conoce nada de don Emilio. A él le basta con venir, ver que falta una manzana y mandarte del paraíso al infierno. Pero aún no ha comprendido nada.

¡Qué más da!

Me la suda.

Lo que piense el fiscal, me la suda; lo que piense la gente, me la suda; lo que publiquen los periódicos, me la suda. Según ellos soy un tarado peligroso que no puede andar suelto por las calles, que descuidó a su madre hasta dejarla en la más absoluta pobreza (mi madre vive de puta madre en la residencia: allí tiene a muchas más viejas que criticar que en el piso, donde, desde que no podía salir a la calle, se pasaba todo el día sin ninguna presa a la que despellejar), y asesinó con saña a un pobre anciano que casi lo había criado desde niño. Los vecinos declaran que siempre he sido un tío raro y que se podía esperar cualquier cosa de mí. Otros, que estoy tan fanatizado por el fútbol que no les extrañaría que perteneciera a algún grupo ultra. Para el psiquiatra y el psicólogo que me atendieron, padezco no sé cuántas calamidades de todos los pelajes, con nombres tan difíciles que no se me ha quedado ninguno. Ellos nunca se han debido de mirar en un espejo.

Mis vecinos ven en la tele que soy el enemigo público número uno y luego se abalanzan sobre los medios de comunicación para darles la razón y convencer a los otros espectadores de lo mismo que la tele ha conseguido meterles antes a ellos en el coco. Da igual que algunos me conozcan de toda la vida. ¡No irás a comparar lo que ven tus pobres ojos con la sabiduría que destila la televisión!

Qué lista es la gente, me cago en la mar. Sobre todo para hablar de lo que no han visto.

No sé cómo al psiquiatra no se le cae la cara de vergüenza cuando se echa sus parrafadas sobre mí como si fuéramos íntimos. O habla por boca de ganso, o por ciencia infusa.

Seguro que al final me declaran culpable del hundimiento del

Titanic o de la explosión del *Hinderburg*.

Mi abogado me ha dicho que les entregue mi diario para que vean que, a pesar de las apariencias, soy una persona y no un monstruo, para que vean que también siento, que quería a don Emilio más de lo que ellos se pueden imaginar.

En realidad, no es un diario. Cuando me pasaba algo importante escribía, y punto.

Que hagan con él lo que mejor les parezca. Si lo quieren usar como papel higiénico, me parece bien. Si lo quieren usar para acusarme del terremoto de San Francisco, yo encantado.

Desde el primer día, y contra el consejo de mi abogado, lo confesé todo con pelos y señales. Yo no lo hice a propósito. Nunca hubiera matado a don Emilio. Lo que hice está mal, pero yo no podía imaginarme hasta dónde podían llegar las consecuencias. Para él, me refiero.

Si tienen que meterme en la cárcel para toda la vida, que lo hagan. Que cumplan con su obligación.

El castigo no me asusta. La verdad es que no hay castigo suficiente para lo que he hecho. Lo que me jode es que sean ellos los encargados de castigarme. Como si fueran mejores que yo. Como si se hubieran preocupado alguna vez por don Emilio cuando el viejo no llegaba a fin de mes.

La única vez en toda mi vida que he ido al teatro me llevó don Emilio. Antes de entrar me invitó a tomar unas tapas en un bar donde ponen una tortilla española para chuparse los dedos. Don Emilio me contó que los espejos que estaban en la fachada del local le habían servido a un tal Valle Inclán para inventarse los esperpentos, que eran unos tíos muy feos, que daban pena y risa a la vez. Lo de los esperpentos me recordó a mi padre.

Además, de pequeño, él era la única persona que me trataba como un padre. Me dejaba tumbarme en su sofá y poner en la tele lo que me daba la gana. Cuando tenía dinero, me compraba un helado. Fue don Emilio quien me llevó a la Peña y quien me ayudó a encontrar mi camino. Sin él, hubiera acabado reventando de asco, aprovechando esa violencia innata que yo desconocía para asesinar al psiquiatra, o ciego de pastillas. Gracias a él encontré un sentido a mi existencia. Tal vez un sentido muy modesto, pero suficiente como para despertarme por las mañanas y saber que valía la pena levantarme. Se lo debo todo.

Esto lo cuento para que los que piensan que soy un monstruo se convenzan de una puta vez de que llevan razón.

Y también porque don Emilio es el único amigo de verdad que he tenido nunca. Se me hace muy difícil la vida sin él.

Por muchos años de cárcel que me metan, nunca podrán

devolverme lo que yo he perdido y ellos no.

VIII Todos los caminos conducen a Roma

El viajero cojea ostensiblemente y agita las manos para librarse de la nube de polvo que ha levantado el camión del que bajó. Tose sin taparse la boca y salpica a las partículas en suspensión de salivazos.

Es un hombre bajo y obeso, de edad indescifrable, que balancea con desgana todo su cuerpo, como si arrastrara un fardo, y camina con movimientos obstinados y torpes. Su aspecto desaseado y su mirada ausente le dan un aspecto de vagabundo, pero la suciedad y la gordura le quitan todo el encanto romántico de la bohemia.

Suda por todos los poros de su piel y se enjuga la frente con una manga sucísima y deshilachada. Alza sus piernas como si fueran pesados talegos y sigue avanzando con una lentitud exasperante.

Busca la sombra y le es indiferente caminar por el lado izquierdo o el derecho de la carretera.

Ha visto el nombre de un pueblo sobre un cartel: Los Salmeroncillos. Pero no está convencido de haber cogido la dirección correcta para llegar a Priego.

A la altura del río Garigay una chopera le ofrece sombra y fresco. El viajero se refresca la cara con agua, se tumba boca arriba en el suelo para tomar aliento y oye el canto de unos jilgueros. Se incorpora, curioso, y, de rodillas, adivina el nido que habrán levantado esta primavera para alimentar a sus pollos.

Después, otra vez el sol. Tiene que llegar a Priego antes de que le cierren el Ayuntamiento, como sea. Así conseguirá un vale de comida y, si tiene suerte, de transporte. Tiene que convencerles de que él es de Zaragoza y carece de medios para regresar allí.

Unas casas abandonadas, piedras, escombros, material de trabajo que ya no sirve. Los Salmeroncillos de Abajo. El esqueleto monstruoso de un antiguo invernadero. Las gotas de sudor escuecen al entrar en los ojos.

Vienen sembrados que el viajero no distingue. Él es de ciudad y podría repetir de memoria los nombres de las calles del barrio en el que se crió (Oliva de Plasencia, Navalmoral de la Mata, General Fanjul, Jarandilla, Nuñomoral, Logrosán, Monroy...), podría distinguir un Ford de un Renault y de un Seat, pero es incapaz de diferenciar la cebada verde y alta del trigo, de reconocer los girasoles aún en semilla, que no han empezado a levantar, los campos en barbecho, que reposan, más por imposición de la Unión

Europea que por voluntad del agricultor.

Eso no lo sabe el viajero que, cuando llega a Valdeolivas, lleva ya tres horas andando y apenas ha cubierto una distancia de nueve o diez kilómetros. Agradece la larga recta y sigue andando, más empujado por el estómago y la inercia que por las piernas.

El camino zigzaguea entre curvas y cuestas. Los campos no se cansan de enseñar su cebada. Tal vez haya también trigo y avena. El viajero no presta la menor atención. Solo mira al suelo y se lamenta de la prematura canícula.

Hace un calor pesado y el asfalto parece derretirse bajo las pisadas inseguras y pesadas del caminante. Siente un pequeño mareo y comprende que debe descansar y comer, pero la urgencia sigue moviendo alternativamente sus piernas. Recuerda que la noche pasada vació de provisiones la mochila que cuelga de su espalda. Después de haber quemado las naves, no queda sino andar o pudrirse bajo la solanera.

Van pasando las horas y parece como si no hubiera avanzado nada. Tal vez hubiera sido mejor seguir con el camión hasta Millana, pero le han dicho que los servicios sociales de Priego funcionan estupendamente y en eso tiene puestas todas sus esperanzas.

Atrás van quedando pueblos, desvíos o paisajes que son solo un nombre amortiguado por el cansancio.

Otro arroyo con chopos lo cobija durante unos minutos. Luego sigue caminando. Una hora después, en Albendea, el viajero advierte a lo lejos el verde polvoriento de unos olivos secos y afanosos, hijos de una meseta exigente y austera. Qué distintos de esos olivos andaluces que sembraban de monotonía los pueblos en los que pasó el invierno.

A la izquierda deja a un lado el cementerio con una cierta envidia. Ellos, por lo menos, no pasan este calor, balbucea. Pero tampoco podrán ver el partido, se dice, y eso le anima. A disgusto, aprieta el paso. El cortijo de los callados, masculla, recordando con una mezcla inexplicable de pena y alegría la broma de un amigo que tuvo, el único, y que ya murió.

El sol le aguijonea las sienes y una ráfaga de viento le siembra de cristales los ojos. El hambre le espolea los torpes tobillos. No ha desayunado.

En la parada de autobús se detiene y resopla. Mira el horario y comprende que no vale la pena esperar, por más que le fastidie reanudar la marcha. A lo mejor, si tiene suerte, puede que le coja un coche. Si no, tendrá que pedir comida en alguna de las casas que se encuentre. En la ciudad las cosas están más difíciles por la competencia, pero aquí cualquiera te da un plato de lentejas.

La gente que vive aislada suele ser más generosa, aunque solo sea por curiosidad, aunque solo sea por poder contar por la tarde lo que le ocurrió por la mañana, cuando un mendigo vino a pedirle pan.

Tiene que encontrar a los de los servicios sociales, aunque ya hayan cerrado. Si hace falta, los va a buscar a su casa. Tiene que convencerlos de que vive en Zaragoza, de que le ha ocurrido una desgracia familiar y de que no tiene dinero para pagarse el viaje de vuelta.

Le han dicho que los de Priego siempre tragan.

En Zaragoza estará chupado conseguir que un camionero de los que viajan a Europa lo lleve. Sobre todo si consigue ducharse. Los camioneros se aburren mucho y son buena gente. El problema es que él no es muy conversador. Pero ellos no lo saben cuando lo cogen y luego ya es tarde para echarlo. Les da pena, o vergüenza.

Tiene todavía mucho tiempo para llegar a la ciudad con la que sueña, pero es un hombre impaciente para según qué cosas y le gustaría estar durmiendo ya al aire libre en su destino, mientras se le agita el corazón soñando con el partido, con el revuelo de banderas, de voces, con el sudor y el vértigo del gol y la victoria.

Las curvas se van haciendo otra vez tortuosas y peraltadas, obligadas por el caprichoso fluir del río.

Lleva ya varios kilómetros sin ver una casa y las piernas le pesan como si fueran sacos de patatas. Se siente intranquilo y algo asustado. No teme que le roben ni que le hagan daño. No posee nada que los demás puedan codiciar. Tampoco teme que lo atropellen. Simplemente, le desasosiega la idea de no poder comer. Las fuerzas empiezan a flaquear.

La Hidroeléctrica del Guadiela tiene una pequeña presa en la zona de la Ruidera. Un guarda habita una casa justo al lado. El viajero siente la necesidad imperiosa de acercarse y pedir ayuda, pero descubre desde la carretera unos perros de aspecto amenazador y decide continuar el camino mientras recuerda las dentelladas que guarda aún en el costado y el brazo izquierdo.

El paisaje va descubriendo pinos y un camino que conduce a las barbacoas de la Cueva Tomás, paraíso de domingueros y de turistas. Pero es día de trabajo y, según le han dicho, hay hasta allí una buena caminata.

Salva la curva y se encuentra a la derecha con una casa, en el camino que lleva al molino viejo, el que se encontraba en el punto donde se unían los ríos Escabas y Guadiela. Por eso al molino lo llamaban de las Juntas, antes de que se viniera abajo. Cuando desapareció, el nombre lo heredó la finca por la que discurre el camino que conduce allí: Camino de las Juntas.

La parcela debe de medir una hectárea y media. La mitad es un pedregal que solo vale para arrojar escombro o sacar grava, pero en el centro se divisa un huerto primorosamente cuidado. También hay almendros, olivos, encinas y, más abajo, junto al río, chopos. Pero ya hemos dicho que no es este asunto que distraiga al viajero.

Un hombre con coleta, gafas y barba desperdigada de cuatro días riega un huerto mientras una niña de ojos pardos persigue a las gallinas y a los patos. Hay dos ocas y un ganso que parecen mirar orgullosos y altaneros a los otros animales.

El viajero se aproxima a la puerta de la valla y busca, sin encontrarlo, un timbre. Entonces, avanza un poco más y se dirige a voces al hombre que riega. Él no sabe mucho de jardinería, pero creía que no se echaba agua a las plantas cuando pegaba tanto el sol. En fin, se dice, no es asunto mío. Cada uno arruina sus plantas como mejor le parece.

Al principio el hombre no le oye, pero cuando percibe su presencia se acerca a él con curiosidad y recelo.

—Oiga, jefe, voy de paso para Priego. Tengo un hambre que no veo. Si no llego al pueblo antes de las dos, me quedo sin el vale del papeo y parece que todavía me faltan lo menos diez kilómetros. Además, ya ve que estoy cojo, de una paliza que me dieron unos cabrones de nazis. Si pudiera darme cien duritos o algo de comer, me hacía usted padre.

—Dinero no le doy a nadie, pero comida siempre hay aquí para el que tiene hambre. Ve a la puerta de la finca, que te abro. Nosotros ya hemos comido, pero tranquilo, que algo habrá.

El viajero se ha vuelto de repente más torpe, como si hubiera envejecido. Ahora avanza con una lentitud que sorprende al hombre que regaba, que seguramente se pregunta qué se le habrá perdido en Priego a este individuo y cómo pensaba alcanzar el pueblo antes de las dos, renqueando, jadeando y sudando como si le fuera a dar una congestión.

El hombre le conduce a la puerta de la casa llevándole entre los olivos y avisa a su mujer, que sale con el pelo revuelto y una sonrisa en la boca.

La niña, que aparenta unos cuatro años, se aproxima al viajero, que se agacha para ponerse a su altura, coge del suelo una flor y se la prende en el pelo con sus dedos mugrientos y sus uñas ennegrecidas, mordidas y descuidadas.

El padre mira, como si estuviera evaluando la situación, midiendo qué debe hacer.

—En la casa hace más calor que fuera. ¿Prefieres comer aquí, al aire?

—Usted manda, jefe.

Inmediatamente, prepara una mesa a la sombra y pone una silla. Saca una botella de vino, otra de gaseosa, unas servilletas de papel, los cubiertos, los vasos y una barra de pan.

La mujer revisa el frigorífico y la despensa y después sale de nuevo a la puerta de la casa.

—¿Le gustan a usted las judías blancas?

—A los pobres nos gusta todo. Es nuestra obligación.

—No, hombre, si no le gusta le hago otra cosa, unos huevos fritos con chorizo y panceta, o lo que usted me diga.

—No se moleste, señora. Las judías me encantan y tengo un hambre que no veo. No hay mejor aliño que el hambre. Es usted muy amable. Tienen que ser muy felices aquí, toda la familia, en mitad del campo.

—No vivimos aquí. Somos de Madrid. Venimos los fines de semana y las vacaciones. Estamos hoy por casualidad. Mi marido es ingeniero y ha pedido unos días de permiso.

—Tienen una hija preciosa.

—Se cría muy bien, gracias a Dios. Le encanta el campo. Nosotros ya hemos comido y no me queda más que embutido. Supongo que preferirá algo caliente, aunque haga este día de tanto sol. Voy a calentarle una lata de judías. ¿Le abro la grande o la pequeña?

—Hombre, para arrastrar este cuerpo, no me viene mal comer como Dios manda de cuando en cuando, pero tampoco quiero abusar.

—Tranquilo, hombre, que usted no abusa. A nosotros tanto nos da.

El marido ha terminado de regar, sin dejar de mirar de soslayo al recién llegado. Le gustaría bajar al río a comprobar por qué el motor bombea tan poca agua, pero no quiere dejar al resto de la familia sola con un desconocido. Algo de lo que ve en él no termina de gustarle. De entre las herramientas ha cogido una navaja y la lleva oculta en un bolsillo. Le observa de lejos y, finalmente, decide entablar conversación.

—Me llamo Eduardo, pero todo el mundo me llama por el apellido, Gaitán; mi mujer es Isabel y mi hija Estrella.

—Tanto gusto. Yo soy Paco. Perdone que no le dé la mano, es que la llevo muy sucia y estoy sudando de arriba abajo.

—No me llames de usted, hombre. ¿Quieres darte una ducha?

—Pues, la verdad, no, jefe. No se lo tome a mal, pero la higiene y yo estamos reñidos. Además, es mala para el trabajo. Si me presento en Priego limpio y oliendo a colonia no le doy pena a nadie y no me saco ni el vale de comida.

—Te la puedes dar tranquilamente. Si luego vas a seguir

andando hasta el pueblo sudarás tanto que le vas a dar pena a todo el mundo. Te quedan todavía doce kilómetros, no diez.

—Es igual. Se lo agradezco, de verdad, pero con la comida me sobra. Muchas gracias.

—Paco, hombre, llámame de tú, que no soy un viejo. Luego te acerco a Priego con el coche. Son diez minutos.

—Pues me haces un favor, porque tengo la pierna muy jodida. Me la dejaron así unos cabrones fascistas que se aburrían. Catorce meses estuve en el hospital. Perdí el trabajo. Y eso antes de ser vagabundo. Si me cogen ahora, con estas pintas, no me salva ni la Virgen del Carmen.

—¿Vives por aquí?

—Por aquí, por allá... Qué más da. Antes vivía en Madrid, hasta que se torcieron las cosas. En un barrio que se llama San Ignacio de Loyola, cerca de Aluche.

—¿No me digas? Nosotros vivimos a un paso, en Parque Europa.

—Ah, sí, al otro lado de la vía del tren.

—¿Qué tren? ¿El de los militares? Ese ya lo quitaron hace mucho. Igual que los cuarteles. Toda la zona de Campamento está ya construida. En su lugar han levantado urbanizaciones y un campus universitario.

—Joder, lo que cambian las cosas. Ahora me han puesto una fábrica de capullos en casa.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada, cosas mías. Que si me paso por allí, ya no conozco ni mi barrio. Yo vivía en la calle Monroy, pero cuando se jodió todo me eché a andar. Me da igual un sitio que otro. Los últimos meses los pasé en Andalucía y luego me fui para Albacete. Ahora voy a Roma.

—No me digas que eres un peregrino.

—No, no. Con Dios también estoy reñido. Me trata muy mal, ya lo ves. Voy a ver el partido.

—¿La final de la Copa de Europa?

—Sí, en cuanto terminó la semifinal me puse en camino. Tengo casi un mes para llegar. Unos ratos los hago a dedo y otros andando, aunque lo de andar, con esta cojera, está jodido, y lo del dedo, con estas pintas que llevo, ni te cuento.

—Pero, ¿qué vas?, ¿a pedir allí?

—No. Voy a ver el partido. Como todos.

—¡A ver el partido! ¿Tienes entrada? Son dificilísimas de encontrar, y muy caras.

—No, pero ya me he visto en otras y siempre he acabado consiguiendo una. Ya me las arreglaré. Algo he ahorrado. Lo llevo escondido en el tacón de los zapatos. Te lo digo a ti, porque sé que

no me vas a robar. Aquí donde me ves, yo no he sido siempre así. Hubo un tiempo en que tenía una familia, o algo parecido, pero me sucedió un pequeño problema que luego terminó enredándose y todo se fue al cuerno. Murieron mi madre y mi mejor amigo. Ya no me quedaba nada. Del trabajo me habían echado. Tanto me da estar aquí como allí. Por eso voy a Roma.

—Te va a costar conseguir la entrada, te lo digo yo. Están ya todas dadas.

—Mira, yo estuve en Ámsterdam viendo la Séptima y en París viendo la Octava. Si cuando me muera ese Dios con el que estoy peleado me da a elegir qué momento de mi vida quiero volver a vivir antes de irme al infierno, cualquiera de esos dos. Ya me las apañaré.

—Sí que te gusta el fútbol.

—El fútbol es mi vida.

—Pero me estás hablando de hace mucho años. El Madrid ya lleva once.

—He estado un tiempo fuera de la circulación, yendo de un sitio a otro. Demasiada bebida. Si me sacan de las tripas los tetra-bricks de vino que me he echado para el cuerpo, tienen la cosecha del año entero. Pero no me gusta mucho hablar de ello. Ahora ya lo he dejado. Un día me dije: Paco, ya no bebes más, que te estás jodiendo vivo; y hasta hoy. Es como si hubiera perdido estos años de mi vida. Como si no hubieran existido.

—Bueno, hombre, siempre se aprende algo.

—Si tú lo dices... De la última Copa de Europa casi ni me enteré. No salía de una borrachera y ya estaba metido en otra. Cuando te pidan por la calle para comer, no te lo creas, pero dales algo. A veces la bebida es lo único que te queda para no morirte de asco. Esta final no me la pierdo. Verás, ha habido algunas señales... No sé cómo explicarlo... Creo que después de esta Copa mi vida va a cambiar, que podrá volver a ser otra vez como antes. Por eso es tan importante que pueda verla, que pueda entrar al estadio...

La mujer sale sonriendo con una olla cogida con las dos manos. Aunque el mandil y el sudor no ayudan mucho, se adivina una cara atractiva y una mente despierta detrás de su mirada.

—He pensado que mejor le pongo toda y usted se sirve la que quiera.

—Muy amable.

—Coma todo lo que le apetezca, no vaya a quedarse con hambre. Si se le termina, tenemos más comida.

Gaitán decide continuar con las faenas.

—Bueno, te dejo solo un rato para que comas a gusto. Si necesitas algo, estoy abajo, junto al río. Voy a ver por qué el agua

sube tan floja. Algo tiene que pasarle a la bomba.

La niña se ha cansado de corretear detrás de los animales y ahora observa al viajero como a un marciano. Se le acerca lentamente y él mira con ojos de cansancio. Ella sonríe y se pone a correr hacia la jaula de los conejos. Quiere sacar uno y enseñárselo al extraño. El blanco de los ojos saltones, su favorito.

La mujer se ha vuelto a la cocina mientras se limpiaba las manos con un trapo. Es alta y lleva el pelo teñido de caoba. La melena recogida en un moño. Aún no ha cumplido los cuarenta y se le nota un aire de felicidad y de eficiencia que envuelve todo a su paso.

Gaitán es más nervioso. No sabe estarse quieto. Sube rápidamente del río, se mueve, organiza a los animales, se da una vuelta por el huerto sin dejar de vigilar discretamente al viajero. Después, cuando ve que está terminando de comer, aún con ansias no disimuladas, se vuelve hacia el vagabundo, le mira con un destello y se dirige de nuevo a él.

—¿Qué dirías si te dijera que tengo una entrada para ese partido?

—¿Cómo?

—Sí, para el Real Madrid-Milán. A mí también me gusta mucho el fútbol. Es la primera vez que voy a ver una final de la Copa de Europa.

—Te diría que te tengo mucha envidia.

—Supongo que envidia sana.

—Supones mal. Envidiar nunca es sano. Ni para el que envidia ni para el otro. Pero, si tengo que elegir, prefiero tener las cosas y que las envidien los demás.

—Veo que estás hecho un filósofo, Paco.

—He tenido mucho tiempo para pensar. Oye, Gaitán... Me has dicho que te llamas así, ¿no?

—Sí.

—Verás... Me encantaría ver esa entrada. Para mí es un sueño. Como estar en el paraíso.

—Es verdad. La compré en la reventa, porque yo no soy socio. Me costó una pasta, pero un capricho es un capricho. Voy a irme tres días y así, de paso, conozco la ciudad. A mi mujer no le gusta mucho viajar y odia el fútbol. Tienes razón. Es como tener el paraíso guardado en la cartera.

—Ten cuidado.

—¿Por qué?, ¿por si me la roban?

—No, por el paraíso. Después del paraíso siempre viene el infierno.

—Paco, pareces un profesor de Filosofía más que un vagabundo.

—La Filosofía se me daba fatal. Siempre la suspendía. Como la

Física. Todo lo que tengo en la vida es gramática parda.

—Que no es poco.

—Ni mucho. Gaitán...

—Dime.

—Déjame ver la entrada, por favor.

Gaitán duda un instante.

—¿Por qué no? Espera. Voy por ella.

El viajero ha terminado su segundo plato de fabada. Lo ha llenado hasta los bordes y lo ha engullido sin saborearlo. En la olla queda más. Se lo echa. Ahora comienza a comer con mayor parsimonia, más movido por la gula que por el hambre, como si tuviera que acumular en la despensa para cuando lleguen los malos tiempos, como si quisiera alargar la sobremesa.

Por la cabeza le pasan recuerdos. Unos buenos y otros malos.

El cielo sigue alto en el horizonte. Deben de ser ya más de las cinco. El tiempo vuela cuando se está cómodo.

Hasta el pueblo, a su paso, le quedan lo menos tres o cuatro horas, pero si le lleva Gaitán ya se las arreglará para encontrar a los de asuntos sociales. En cuanto al bono de viaje, bien puede esperar hasta el día siguiente. También puede acercarse a cualquier gasolinera y esperar a un camión que vaya para Europa, aunque, por esta zona...

El inesperado calor de este mes de mayo ha rendido a los animales, que descansan a la sombra y han dejado de alborotar. Los patos se zambullen en el agua de un barreño y van limpiando con meticulosa dedicación sus plumas.

La niña mira sonriente al viajero, con el conejo entre las manos, sin atreverse a acercarse a él.

—Niña, ven para acá, coño, que no me como a nadie. Ya no me cabe más en la tripa. Estrella, me han dicho que te llamas. Que nombre tan bonito. A mí me gustan mucho las estrellas. En Madrid no se veía casi ninguna, pero aquí miras el cielo y parece una feria. ¿Qué pasa? Se te ha comido la lengua el gato. Acércame ese conejo, hombre, que ya me he terminado la fabada y no me cabe más. No te pienses que porque sea un gordo voy por ahí quitándoles conejos a las niñas para zampármelos.

La niña se acerca dando pequeños saltos. El viajero le acaricia el pelo con un gesto suave y cariñoso y después coge al conejo, que está nervioso, como si algo del caminante le inspirara un misterioso recelo. Casi se le escapa.

—Es un bicho precioso. Y tú eres una niña muy guapa. Tienes que aprender a no acercarte a los gordos como yo cuando los veas por la calle. Son peligrosos para las niñas tan guapas como tú.

Estrella recupera su animal y sale corriendo. Está asustada y le

da vergüenza. Tal vez busque algún otro objeto con el que deslumbrar al viajero, o tal vez se ponga a jugar con los otros conejos.

Gaitán sale de casa y enseña emocionado, como si fuera un trofeo de guerra, el papel, que ondea como si fuera una bandera de guerra.

—Aquí tienes la famosa entrada.

—Dios mío.

—Se te ve emocionado.

—Joder. Es la hostia.

—No te vayas a echar a llorar.

—Daría cualquier cosa por una entrada para ese partido. No me importaría morirme al día siguiente.

—Pues lo siento, pero esta no está en venta.

—Ya me lo imagino. Además, no podría pagarla. Todavía.

—Ten cuidado con ella, no la vayas a estropear. Hay gente que mataría por una.

—No lo sabes tú bien.

El tiempo se detiene un instante. Hace demasiado calor. Un sopor borroso, impropio de mayo, invade el campo entero. Del río van subiendo cataratas de vapor que forma el agua a cada salto. Un viento seco y plomizo sacude tímidamente las arizónicas.

Por la cabeza del viajero desfilan en desorden las imágenes, a una velocidad vertiginosa, y se agolpan los sentimientos y las sensaciones. Éxtasis, ira, felicidad, nostalgia, remordimiento, plenitud, frustración, dolor, insignificancia, esperanza, miedo. A pesar de la temperatura, un sudor frío le recorre las sienes y el estómago se le encoge en un nudo. Ya conoce ese calambre.

—Bueno, ahora ya la he visto. Me voy.

—¿No tomas nada de postre? Tenemos de todo: manzanas, naranjas, peras...

—No, gracias, ya estoy lleno. Muchas gracias por todo. Quiero salir cuanto antes.

—Espera, que cojo el coche y te acerco en un momento.

—No, no, de verdad. Muchas gracias.

—No me cuesta nada.

—No insistas, por favor, prefiero andar. Muchas gracias por todo. Dale las gracias a tu mujer. Tienes una hija preciosa. Y una entrada que vale el cielo. Ese papel quema en las manos. Me das mucha envidia. No de la mala: de la peor.

—Pero hombre, quédate un rato más o deja que te lleve. No salgas con este calor.

—No puedo quedarme aquí ni un segundo más, te lo aseguro. Gracias, Gaitán. Gracias por todo.

El viajero se da la vuelta con cierta brusquedad y su anfitrión queda entre desconcertado y molesto por la impertinencia. Está claro que Paco no quiere seguir la conversación. Gaitán no sabe si interpretarlo como un gesto de egoísmo, de desconsideración o de simple desidia. Al menos se va a ahorrar el viaje hasta Priego. Tiene el aire acondicionado del coche averiado y no es precisamente lo que más le apetece.

El viajero continúa andando en silencio en dirección a la salida, sin volverse. Su anfitrión le sigue, extrañado por su escasa locuacidad, unos pasos por detrás, para cerrar la verja cuando salga. La niña contempla la escena desde el gallinero. Sigue con su conejo blanco entre las manos.

Gaitán tiene un extraño presentimiento y se tantea el bolsillo para asegurarse de que la navaja sigue en su sitio. Con disimulo, la esconde en la mano.

Apenas ha traspasado la puerta el intruso, Gaitán coge apresuradamente el candado para cerrarla y tensa la cadena con fuerza.

El viajero se da la vuelta, ya fuera de la parcela.

—Gracias por la comida. Y por ofrecerte a llevarme en coche. Y por tratarme como a una persona, aunque esté gordo y cojo, y sea desagradable a la vista. Y, sobre todo, gracias por dejarme ver la entrada. Significa mucho para mí, te lo aseguro. Perdona que me vaya así, tan bruscamente, pero te aseguro que tengo mis razones.

—No pasa nada, tranquilo. Vuelve cuando quieras.

—No volveré nunca, Gaitán. Mejor que te olvides de mí. Todo lo que toco lo convierto en mierda. Tienes una familia estupenda y te la mereces. Una vez cometí un error. Un error muy grave. Estuve en la cárcel por él. Pero no fue suficiente. No hay castigo suficiente para mi error. No creas que mendigo por necesidad. En Madrid tengo dos pisos. Uno me lo dejó en herencia un amigo que murió sin descendientes y otro mis padres. A lo mejor ya se los ha chupado Hacienda. No lo sé. Tampoco me importa. No pienso volver al barrio nunca. Lo que me molesta es que seguro que se los han quedado los capullos de siempre; algún subastero que nadará entre millones. Por mí se los hubiera dado a cualquier familia de inmigrantes. Cometí un error gravísimo. Nunca terminaré de pagar por él. Pero, eso sí, te juró que no volveré a cometerlo. Adiós.

El caminante se gira bruscamente, sin permitir que el otro pregunte ni responda. Pero apenas ha reanudado su camino vuelve sobre sus pasos y se detiene. La puerta ya está cerrada y Gaitán se marcha.

—Gaitán...

—¿Sí?

—Verás...

—¿Qué quieres, Paco?

—Se nota que eres un tío bueno e inteligente. Ten cuidado. Es muy mala combinación.

—¿Cuidado? ¿Cuidado por qué? No te entiendo.

Gaitán es un hombre suspicaz y se pregunta si el desconocido no intentará amenazarle, o intimidarle con su pasado carcelario. Aprieta con su mano derecha el arma, aún cerrada, y lamenta no haberse hecho con una más disuasoria o contundente. No obstante, la puerta cerrada le protege.

—Ya te lo he dicho. Eres un tío listo. Ten cuidado con la sabiduría.

—¿Con la sabiduría?

—Sí, es enemiga de la felicidad. Hay que elegir. O la una o la otra. Como Adán y Eva. O el Árbol de la Vida, o el de la Sabiduría. Los dos están en medio del huerto. Lo dice el Génesis. Hay que elegir.

Gaitán está cada vez más desconcertado. No sabe si habla con un sabio o con un loco.

—Ten cuidado con la sabiduría. Y con el paraíso. Sobre todo, ten cuidado con el paraíso. Que no se te olvide nunca. Después del paraíso siempre viene el destierro y el infierno. Está escrito. Cuidado con la entrada. Es peor que la manzana del edén. Adiós.

Sobre el autor

Alfonso Ruiz de Aguirre (Toledo, 1968) ganó el prestigioso premio de novela Felipe Trigo en 2000 con ***El Baño de la Cava***, el Diputación de Guadalajara con ***El árbol de la vida*** y el Ciudad de Toledo con ***Olivera de Bernuy***. En 2003 ***La Iglesia del Cosmos Fluyente*** quedó finalista del Ateneo de Sevilla: más tarde sería publicada con el título de ***Arde Troya***. En 2005 ***Isabel no se rinde***, la biografía de su hija muerta a los tres años y medio, alcanzó tres ediciones y en 2006 ***El difamador*** quedó finalista del Río Manzanares. Ha recibido, entre otros muchos galardones de relato, el Alcalá 70 de Narrativa, el Villa de Iniesta, el Fundación Gaceta Regional de Salamanca, el Peñón de Ifach, el Gabriel Suriot, el Dulce Chacón, el Arte Joven de Latina y el Premio de Narrativa La Pluma Exacta. Ha publicado investigaciones sobre Luis Landero y Felipe Trigo y ha colaborado con periódicos como articulista y crítico literario. ***Lobo en el purgatorio. Un sargento español en la Guerra de Iraq*** presenta la biografía de Sergio Santisteban, un militar español gravemente herido durante una misión humanitaria que resultó bastante inhumana. Después vino el ***Atlas ilustrado de La Legión***, escrito a cuatro manos con Luis Miguel Francisco, y ***La Legión en las campañas de Marruecos, 1921-1927***. ***Cristóbal Colón, más allá del océano*** (2012) es una novela para estudiantes extranjeros publicada en Estados Unidos por Galleon Press. ***Mañana te salvo yo*** (2012) relata el saqueo de Iraq durante la última guerra del Golfo. En 2013 salió al mercado su ***Brevísima historia de la literatura española*** y el conjunto de cuentos ***Arrabal sin tango***, publicado por la editorial neoyorquina Artepoética Press. En la

actualidad termina su tesis doctoral sobre Luis Landero. Tras su estancia en West Virginia University como escritor residente, no descarta hacer las maletas, como tantos otros compatriotas, y buscarse la vida en un país donde sí se valoran el mérito y el esfuerzo.

Puedes encontrar más información en www.alfonsoruizdeaguirre.com y contactar con él en ruizdeaguirre68@gmail.com. Hasta la fecha, y en tanto la fama no venga a perturbarlo, responde los correos.

Sobre la editorial

Literaturas.com Libros (LcL) es una editorial por completo independiente cuyo objetivo es difundir, en formato digital, las mejores y más actuales obras de autores en castellano; asimismo, buscamos poner al alcance de los lectores aquellas producciones que, agotado su recorrido en la versión impresa, por su calidad y sus valores literarios consideramos que deben seguir vivas y a disposición del público en este nuevo formato. Junto con estas tareas de difusión y recuperación, desde LcL queremos también dar salida a autores noveles y a obras de calidad que, por diversas circunstancias, han visto cerradas las puertas del mercado editorial clásico.

Nuestro proyecto se basa en integrar procedimientos tradicionales de la edición impresa, como la selección y depurado de los textos, con otros totalmente nuevos referentes a la producción y digitalización de las obras conforme a las últimas innovaciones tecnológicas, para que puedan ser visualizadas en cualquier dispositivo lector existente (eReaders, tablets, smartphones…).

Nacida en 2005, LcL ha acumulado en estos años un amplio y selecto catálogo, que no hubiera sido posible sin la colaboración de nuestros lectores, tanto a la hora de sugerirnos mejoras técnicas como de indicarnos autores y obras de interés. Aprovechamos para darles las gracias y pedirles que continúen apoyándonos en este proyecto conjunto.

Puedes contactar con nosotros a través de:

Facebook

https://www.facebook.com/lclibros

Twitter

https://twitter.com/lclibros

y por correo electrónico:

editorial@literaturascomlibros.es

Índice

Copyright
Dedicatorias
Preludio: Felicidad
I. Las puertas del edén
II. Muerte y resurrección
III. ¿Cuándo la jodí?
IV. La Séptima
V. Una idea genial
VI. La Octava
VII. El juicio
VIII. Todos los caminos conducen a Roma
Sobre el autor
Sobre la editorial